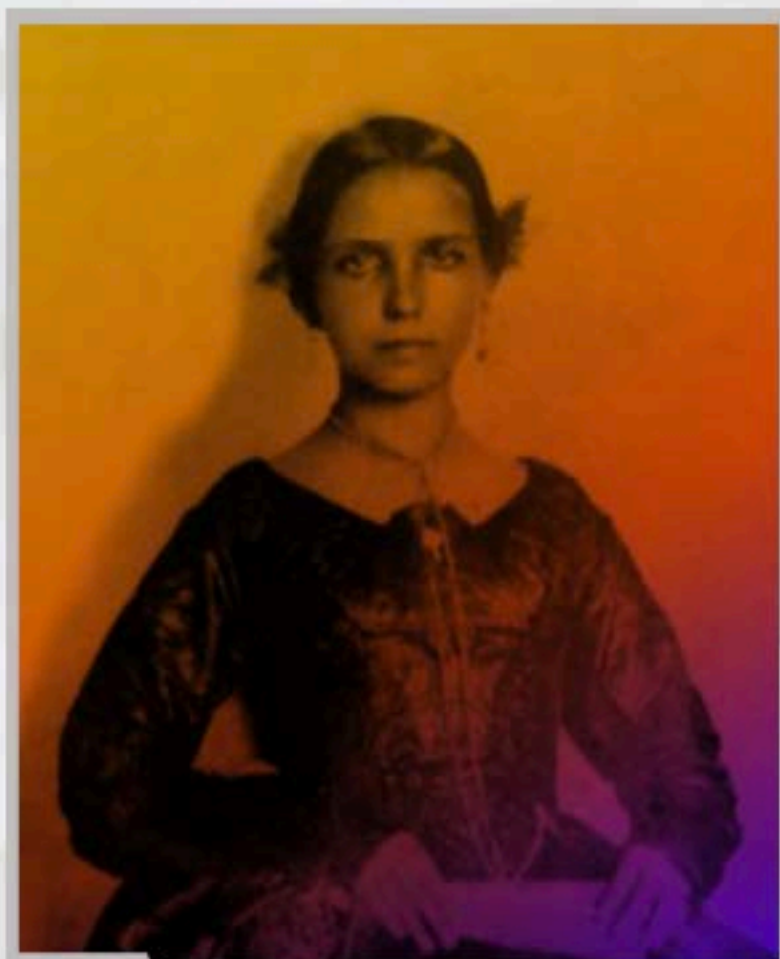


# **El cañón, la calle y las mentiras**

## **La historia de Fidencia**

**Vicente Gómez Montero**





**Vicente Gómez Montero, (1964).**

Escritor. Tiene publicados, entre otros textos, *Las puertas del infierno, relatos*, 1996; *Cuentos con las vocales, cuentos infantiles*, 1999; *La enfermedad de la rosa*, (novela) 2006, Gobierno del estado de Tabasco/UJAT/Sociedad de escritores tabasqueños. Publica en 2010, *El cargador de juguetes*, editorial GUESA. El IVEC (Instituto Veracruzano de Cultura) publica su libro de obras de teatro, *Cuando las hadas se volvieron locas* en 2011. En 2013 publica el libro de cuentos *El aquelarre barroco*, ediciones del Gobierno del estado de Tabasco. Publica en 2015, *La pandilla de la musa*, Editorial Vintage en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Publica en 2017 el libro para niños, *El príncipe y los sortilegios*, editado por el Gobierno del Estado de Tabasco. En 2018 publica *El árbol de los siete demonios, teatro*, editorial Letras de

pasto verde. En 2022 publica su novela *La tumba del andrógino*, con ediciones Kolaval. Ese mismo año publica *Los ladrillos que otros tiran, caminos para el éxito* en coautoría con Raúl Torres Fócil, el mago Chong Tall.

# **El cañón, la calle y las mentiras**

**La historia de Fidencia**

C O L E C C I Ó N

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

*Narrativa y Estudios Literarios*

**Guillermo Narváez Osorio**

*Rector*

# **El cañón, la calle y las mentiras**

**La historia de Fidencia**

**Vicente Gómez Montero**



**UNIVERSIDAD JUÁREZ  
AUTÓNOMA DE TABASCO**

Primera edición, 2023

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura  
Colonia Magisterial, C.P. 86040  
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

ISBN: 978-607-606-647-8

Diagramación: Yohana Noriega Alcudia  
Portada: Fredys Pérez Ruiz  
Foto de portada: Enrique Nogueiras Bueno

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

# Índice

<b>Prólogo</b> .....	13
<b>Cómo conocí a Fidencia.</b> (Historia de José Panurgo) .....	17
<b>Fidencia y Eduardo González Arévalo vistos por algunos escritores de ese tiempo</b>	
2.1 Arcadio Zentella .....	21
2.2 Manuel Sánchez Mármol .....	21
2.3 Bernardo del Águila .....	22
2.4 Tomás Marín, prefecto político .....	23
<b>El Barón Waldeck.</b> (Historia de José Panurgo) .....	25
<b>Un caballero de fortuna (A)</b> .....	29
<b>La cabeza de Sentmanat.</b> (Historia de José Panurgo) .....	31
<b>Un caballero de fortuna (B)</b> .....	37
<b>El Jahuactal.</b> (Historia de José Panurgo) .....	41
<b>Un caballero de fortuna (C)</b> .....	49
<b>215 días de terror.</b> 19 de junio 1863 - 20 de enero 1864 (I) .....	53
<b>Del diario de Diógenes López Reyes, historiador</b> .....	61
<b>215 días de terror.</b> 19 de junio 1863 - 20 de enero 1864 (II) .....	69

<b>Poemas y textos alusivos a la gesta del 27 de febrero de 1864</b> .....	73
<b>Habla Fidencia</b> .....	75
<b>Fidencia vista por una mujer de la época</b> .....	89
<b>Fidencia vista por una mujer de esta época</b> .....	91
<b>Fidencia el mito. (Recuerdos de Agustín Lutzow)</b> .....	93
<b>Resabios de un naufragio. (Recuerdos de Cándido)</b> .....	97
<b>Un caballero de fortuna (D)</b> .....	101
<b>¡Agua de quinta vendo! (Historia de José Panurgo)</b> .....	107
<b>La última mentira</b> .....	113
<b>Dramatis Personae</b> .....	115
<b>Pesquisas</b> .....	123

La verdad es que no sé qué  
significa su historia  
pero en estos tiempos de  
demencia y desquite –quise  
arrancar por un instante su  
nombre a la desmemoria.

**Olga Kirsch**



*Para Lorena y Morgana, las dos siempre en mi vida,  
en mis letras, en mi historia.*



## Poemas y textos alusivos a la gesta del 27 de febrero de 1864

El campesino de la chontalpa  
(Fragmentos).

Estaba el coronel Méndez  
con su tropa noble y brava  
en Comalcalco, ocupado  
en instruirla y prepararla  
para la próxima lucha,  
para la tenaz campaña,  
cuando un digno campesino  
sin disputa, de mucha alma,  
de esos campesinos rudos  
oriundos de la Chontalpa,  
se le presentó y le dijo  
con temblorosas palabras  
hijas de ese amor sublime  
que inspira la Madre Patria:  
“Señor: de muy lejos vengo  
sintiendo, por llegar, ansias,  
para poner a vuestra orden  
al servicio de las armas,  
a mi hijo, que es mi consuelo  
y mi sostén y mi guarda.  
(...)

El coronel conmovido  
le dio a aquel hombre las gracias  
y por sus tersas mejillas

rodaron dos gruesas lágrimas.  
De estas acciones descritas,  
que son acciones muy blancas,  
se registran en la historia  
muchas, muchísimas páginas;  
acciones que todavía  
son por el pueblo ignoradas,  
cómo se ignoran los nombres  
de tantos héroes sin fama  
que navegan en el piélago  
de la indiferencia ingrata;  
y de tantos campesinos  
de esos que tienen mucha alma,  
tantos patriotas humildes  
que murieron por la patria  
y que supieron quererla,  
y que supieron amarla.  
Pero todos esos héroes  
de existencias ignoradas,  
esos campesinos rudos  
de acciones nobles y blancas,  
tienen, para los que saben  
cuáles fueron sus hazañas,  
cuáles fueron sus acciones  
y cuáles fueron sus ansias,  
un templo de luz, ¡la historia!  
hará un altar: ¡nuestras almas!

**Rafael Domínguez**

## Prólogo

*¡AGUA DE QUINTA VENDO!* (Habla Fidencia por vez primera).

Aquí estoy, llevo mucho rato aquí. Pasa a veces muy temprano, o muy tarde, según se vea. Viene a comprar agua de quinta, la que después vende por las calles del centro donde no llega el agua de ningún modo. El agua de quinta, de las quintas alrededor de esta vieja San Juan donde vivo desde mi matrimonio, se vende bien porque es potable, es rica, es fresca, es muy sana. Eso nos dice don Emilio, el boticario.

*¡Agua de quinta vendo!*, es el grito con el que se ofrece el líquido por las calles del centro, la del Comercio, la de Sáenz, alrededor del parque Juárez, por el teatro Merino o por los andadores. El hombrecito viene todos los días. Todos los días a menos que algún percance lo haga desistir. Por ejemplo, una vez no vino por dos días. Al volver, me dijo que estuvo enterrando a su esposa, una mujer algo pasada de años y de peso, cuando no de copas. Esto último me fue avisado por mi vecina, la señora Concha, siempre metiéndose donde no debe.

El hombrecito guarda un respeto muy grande por esa mujer que otros dicen le jodió la existencia. Ni una mala palabra, ni un chisme de matrimonio que a los varones aquí en este pueblo donde aún amarran a los perros con longaniza, les gusta tanto esparcir. Sobre todo, de sus esposas, mire nomás. El hombrecito no es como don Emilio, que siempre tiene un chismecito caliente entre las retortas y matraces, entre anaqueles y polvos con que prepara los mejunjes que vende como muestras curativas de la peor especie. Polvo matarratas le digo yo.

Pues el hombrecito siempre tiene una cosa que contarme, no como chisme, sino como bocadito para el hoyo de la muela, según se dice por acá. No se crean, al principio me chocaba un poco. Era demasiado fatuo, eso creí. Demasiado pagado de sí mismo, con eso de que fue militar, de que peleó al lado del coronel Méndez, de que fue alto funcionario en

algún tiempo cuando bien supe que era el impresor de esos pasquines con los que fustigaba don Abraham Bandala a los gobernadores en turno. Después lo conocí mejor. Es una perita en dulce el hombre. Amable, caballeroso, ofreció pagar bien por sacar dos toneles diarios del pozo de mi quinta, la quinta del cerro como dan en llamarla.

Nunca le cobré. Venía con su nieto, un jovencito flacucho él que llenaba los toneles y cobraba. El que gritaba era el hombrecito, siempre con entusiasmo. Desde que salían del patio de la quinta, escuchaba el pregón aquel... *¡Agua de quinta vendo!*, fustigando a las mulas que parecían corear el estribillo en su lengua asnal, diría el burro que tocó la flauta. *¡Agua de quinta vendo!*, nuevamente, entre calle y calle, entre territorio y terreno, entre los patios de las casas, algunos abiertos, otros bardeados ya por aquello de los ladrones.

*¡Agua de quinta vendo!*, gritaba el hombrecito, coreaban las mulas, hacía sincopa su nieto completando el pregón... *¡Ñooooor!* Eran otros tiempos. Ofrecía el hombrecito pagarme, siempre le dije que no. insistía y yo que no. Era como una lucha de esas que a veces me contaba contra los invasores, que tuvo muchos la ciudad, desde hace muchos años. Contra los norteamericanos, contras los franceses o simpatizantes del imperio, como le gusta a Jorgito Priego que se les diga, contra González Arévalo. Ahí me detenía poniendo atención más que en otros momentos. ¿Conoció a González Arévalo? Sí, respondía él viéndome fijamente. Lo vi bailar a veces, me contaba. Era un bailarín hábil, parece ser. Si lo vio lo sabe, contestaba yo porque efectivamente, González Arévalo era un magnífico bailarín. ¿Dónde lo vio bailar?, pregunté otra vez. Por ahí, en esas tardeadas en Plaza de Armas, hace muchos años. Sí, decía yo por lo bajo, hace muchos años. Así platicábamos, decíamos cosas, recordábamos otros tiempos, tiempos de paz o de guerra. Sí, era un hombre agradable. Comencé a decirle el hombrecito porque mediría apenas un metro sesenta centímetros, la medida promedio de los tabasqueños de esa época. Él creía que medía hasta el cielo.

Por eso no le cobré nunca el agua que sacaba del pozo de mi quinta. Me traía recuerdos de ese tiempo donde la tardeada se anunciaba con toque de trompeta y tambor, cuando las chicas casaderas buscábamos al compañero de nuestras vidas con esa presencia de ánimo que poco a

poco perdíamos ante la realidad del matrimonio. Es más, lo que contaba de las dotes dancísticas del malvado Arévalo era cierto. Yo bailé con Eduardo González Arévalo. Bailamos mucho esa tarde en que se me declaró, mucho antes que me lo dijese mi padre yo ya lo sabía, que el aventurero me amaba. Esa es otra historia.

De repente, el hombrecito espació sus llegadas. Dejaba de venir un día o dos, a veces más, a veces no venía. Me dije que eso no era importante, que a mí me interesaba la venta del agua de pozo, el de mi quinta. Después reflexioné. Si nunca le cobraba, ¿no sería esa la causa de que no viniera ya el hombrecito? No lo creo, me respondía a mí misma, porque desde que noté la vejez, la que me cayó de sorpresa convirtiéndome en rea del sillón, entendí que muchas veces hablaba sola. No creía que el hombrecito no viniera porque no le cobraba el agua. Creo que dejaba de venir porque no encontraba eco al contar sus relatos de guerra o de paz. Porque de eso igual hablábamos mucho.

A él también le mentí.



## **Cómo conocí a Fidencia (Historia de José Panurgo)**

Éramos tres jóvenes. Muy jóvenes cabría la pena agregar. Dos varones y una muchacha. Ambos nos enamoramos de ella. Ella supo de él porque era altanero, agresivo y farolón. De mí, no sé si supo. Creo que sí. Su vida fue la de una heroína de novelas de aventuras. Tenía mucho de aquel personaje de Dumas llamado Milady sin su perversidad, claro. Igualmente, de aquellas heroínas de óperas de Verdi. Gentil y pura, hermosa y aguerrida. Era una mujer distinta. Distinta de cuantas conocí. Conocí muchas porque mi condición de soldado, siempre al servicio de mi patria, México y de mi breve terrón cuaternario, como lo llamaría el poeta Pellicer, me dieron ocasión de relacionarme con demasiadas mujeres, algunas generosas, otras díscolas, todas bellísimas.

Pero la historia no comienza aquí sino en el año de 1854. Una tarde, me escapé de los regaños paternos. Explico. No es que mi padre fuera un padre tortuoso y regañón, de esos que les da por conmovernos con lágrimas o desdenes. Era cariñoso y ocurrente. Jugaba conmigo cuando no lo agobiaba el trabajo. Recuerdo sus enseñanzas pues muchas de ellas me sirven hoy para contarles esta historia de la mejor manera que puedo. Esa tarde, papá trabajaba en la imprenta. Era el segundo impresor llegado a Tabasco, después de hacerlo el aparato, la imprenta, que llegó a nuestro terruño allá por los años veinte de aquel siglo. Mi padre fue el primer impresor de Tabasco. Por eso, por leer aquellos libros venidos de Europa, los que reproducía para beneplácito de los muchos lectores que tuvo entonces el viejo pueblo de San Juan Bautista, hoy Villahermosa, me puso este nombrecito. José Panurgo.

Trabajó mi padre en aquel taller hasta que la proliferación de acontecimientos políticos, que siempre nutre a las prensas, hizo que las imprentas fueran multiplicándose en el Sureste. Así, los dueños de ellas

no solo se dieron a la tarea de imprimir periódicos o semanarios, sino que igualmente imprimían tarjetas de bautizo o felicitaciones, aumentando con estos cotidianos devenires la frivolidad de aquella ciudad de nombre de santo y curiosidades infernales, su peculio. Obviamente, los hijos de los dueños aprendíamos el oficio porque era nuestro patrimonio. Querámoslo o no, era la herencia, la prebenda paterna, el negocio familiar. A veces mi padre se excedía en la explicación del manejo no solo de la imprenta sino del negocio. Entonces tornaba su afabilidad en fiereza, dándome un mamporro o dos, haciéndome ver el error, ya sea en las planchas o en el cobro del trabajo. Mi ceño fruncido lo hacía enojarse más. Exageraba el regaño, me amonestaba, me empujaba y decía que me fijara bien cómo se hacía, tanto en lo referente a las planchas como al negocio.

Así que esa tarde aprendía yo la manera de formar caracteres para unas invitaciones a una fiesta donde la sociedad tabasqueña se daría cita en unos días, cuando un descuido me hizo chorrear tinta sobre las hojas ya entradas a impresión. Aquello puso a papá fuera de sí. Lo hizo regañarme con palabras muy fuertes, con aspavientos que me hicieron tragar amargo. ¿Terminaste?, dije cuando tomó aire. Al momento me di cuenta de mi atrevimiento. En aquellos tiempos, primera mitad del siglo XIX, contestarle de ese modo a tus padres equivalía a una soyenca cinchiza en nalga, cabeza o pierna, donde el cinturón o la chancla paterna alcanzasen a caer. Apenas hecha la pregunta, salí del negocio sin ver a mi madre que se asomó desde la cocina, indagando el porqué de los regaños.

Salí entonces de la imprenta y corrí inundados los ojos de lágrimas hasta sentarme en la escarpa, algo más allá de mi casa. Empezaba a pensar que me iba a ir muy mal apenas regresara a la casa cuando la vi. Se acercaba a mí preguntándome.

–Niño, ¿por qué lloras?

–No estoy llorando, – le dije.

Se sentó junto a mí. Era una niña encantadora. Mas o menos de mi edad, un vestido muy bien planchado y un moño en el pelo que recogía unos rizos negros, negros. Era un ángel, un ángel que venía a consolarme de mis cuitas. Ya que vio que no confesaba mi pena, comenzó a

hablarme de otras cosas. De su casa, de que su mamá y ella vinieron a visitar a una tía enferma.

–¿De dónde eres, pues? – pregunté.

–De Cunduacán, –respondió enseguida.

Cunduacán, pensé. Estaba allá, camino a la Chontalpa, tierra de hombres ilustres y joya de aquellos lares. No en balde habían comenzado a conocerla como la Atenas de la Chontalpa, por la profusión de hombres ilustres nacidos ahí. En eso, una mujer mayor, mayor en serio, apareció en el umbral de una puerta, buscó por todos lados y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, ¡Fidenciaaaa! La niña se levantó diciéndome que su mamá la llamaba y que no la haría esperar porque el carácter de su madre era bien difícil. A veces estaba de buenas, a veces de malas. Ya no llores, dijo dándome un beso en la mejilla. Se fue.

Se fue así como llegó. Fidencia. El nombre, aun para nuestro estado era inusual. Mucho después supe qué quería decir su nombre. Esa fue una de las características que más me impresionó de ella. Pero su historia conmigo, de esos destellos fugaces que tuve, apenas comenzaba.

Recuerdo que, al volver a la casa, mi padre estaba más calmado. Había rehecho las tarjetas, limpió el desastre, respiró como solía hacerlo mamá. Me llamó para ayudarlo. Lo hice con cuidado, pues aunque el encuentro con aquel ángel me puso al borde de la estupidez, no quería volver a provocar el disgusto paterno. Mi madre nos llamó después de alguna hora y media de trabajo. Comimos un café suave, suave con alguna pieza de pan. Pensé en el beso de Fidencia. Era como una señal dejada en mi mejilla.

Si me hubieran dicho que iban a pasar cuando menos diez años para volver a verla, me hubiera reído del vaticinio. Pero así fue.



## **Fidencia y Eduardo González Arévalo vistos por algunos escritores de ese tiempo**

### **2.1 Arcadio Zentella**

Además de un hijo, don Cándido, tenía el matrimonio Veraud una bella y simpática hija Fidencia, de cuyas gracias se prendó el aventurero Arévalo, entonces gobernador de Tabasco. Arévalo requirió de amores a la preciosa doncella, y concertó su matrimonio con la familia. Llegó el día en que debía verificarse el enlace acordado, y Arévalo con un séquito numeroso y con todos los adminículos se presentó en la hacienda de Santa Rosalía para que se verificase el matrimonio convenido; pero he aquí, que el mismo día la bella prometida se fugó de la finca, acompañada de su hermano, dejando al pretendiente con un palmo de narices. Se buscó a los fugitivos por caminos y veredas, pero en ninguna parte fueron habidos. En pocos días se pusieron a salvo de las pesquisas de Arévalo, habiendo arribado a Guatemala.

### **2.2 Manuel Sánchez Mármol**

De los tres aparecidos, había sólo conocido al don Juan de la mañana; al centro cabalgaba con arrogancia un joven de bella figura y aspecto marcial, que por singular contrasentido vestía blusa roja, prenda y color con que en la Guerra de Reforma se distinguieran los liberales o rojos; y al otro lado, otro individuo ya entrado en años, de bigote entrecano y aire no menos marcial. Avanzaron hasta ponerse al alcance de Dueñas, haciendo el don Juan la siguiente presentación:

–El señor don Victorio Dueñas; el señor Gobernador don Eduardo Arévalo. Dueñas se encaró enojado con el don Juan, diciendo secamente, con su voz cansada de semibarítono:

–El Gobernador, soy yo. Ahí a mi espalda hay dos mil hombres que lo hacen bueno. Quedó muy cortado el don Juan. Dueñas dio la mano

al joven andaluz que se la alargaba, y al corresponder al saludo que le dirigía el otro jinete, exclamó con afectada sorpresa:

–¡Ah! Garrido ¿usted por acá?

–Sí, don Victorio; ya sabe usted, yo siempre con los míos.

–¡Qué me cuenta! Ignoraba yo que fuera usted francés –la sorna picó a Garrido, que replicó:

–Francés, no; aliado y amigo de ellos.

–Pues que sea para bien –contestó sonriendo el interlocutor. Llenadas las formalidades de cortesía, Arévalo abordó el asunto.

–He querido, señor Dueñas, tener con usted esta conferencia, por lo mucho que a usted y al Estado les va en ello.

–A mí... ¡pst! –Contestó el Gobernador, acariciándose tranquilamente la lengua, castaña y ya encaneciente barba–. A mí lo que me importa es echar a ustedes de mi tierra, y a eso vengo.

### 2.3 Bernardo del Águila

La poesía popular en la forma bien diferenciada del romance, por su reducida intención, pero no por reducida ni por incoherente, a veces deshilvanada y opaca, no ha dejado de aprisionar en sus mallas tanto la historicidad del hecho como la vivencia del personaje:

*Arévalo está muy malo  
Tiene mal de alferecía,  
Fidencia lo va a curar  
Con piezas de artillería.*

Y esta variante:

*Arévalo está muy malo  
Con dolores de barriga,  
Fidencia lo va a curar  
Con piezas de artillería.*

Y aún esta otra variante:

*Arévalo está muy malo  
Porque comió pitahayas,*

*Fidencia lo va a curar  
Con un saco de metralla.*

Además de las transcritas, la siguiente:

*Pobrecito bailarín  
¿qué es lo que te ha sucedido?  
Quisiste ser el marido  
De aquel bello serafín.  
Eduardo, ¿no te decían  
Que Tabasco tiene honor  
Y que sus mujeres daban  
Calabazas al traidor?*

#### **2.4 Tomás Marín, prefecto político**

“... sabe el señor Arévalo a su paso por la villa de San Antonio que hay una familia respetable, la de don Juan Veraud (...) tienen por únicos herederos (a) un joven y (a) una niña casadera (...) y a las pocas horas de llegado a la finca pide a la joven para casarse y la familia aturdida con tal presión, rodeada de gente armada, aparenta acceder y pide algunos días de tiempo para verificarse el enlace, del cual se ve libre la niña huyendo con su hermano disfrazada de hombre, por el rumbo de Guatemala ...”



## **El Barón Waldeck** (Historia de José Panurgo)

Ha llegado el momento de narrar ante la imaginación de quien esto lea, la historia de mi amor por la mujer que me sorbió el seso y a la que nunca he podido olvidar. La simpática Fidencia. Siento que, al referirme a ella, lo hago en un lenguaje quijotesco y divino. Puede ser. Pero recuerden que la carrera de las armas llegó a mí por una incongruencia de la mente mientras que la lectura hizo mella en mi ánimo gracias a los buenos oficios de mi padre y de su amigo barón Waldeck así como hizo con el personaje de Cervantes. Aquí sería bueno hablar un poco de ese extraordinario personaje, el barón, pues sus recomendaciones de lecturas, las de aquellos tiempos, forjaron mi espíritu haciéndome quien soy ahora.

Visitaba el barón la imprenta de mi padre, pidiéndole empastara algunos volúmenes que, en su viaje a nuestra ciudad, se humedecieron perdiendo pastas y hojas. Mi padre le comentó que nuestro clima no era el mejor para que los libros sobrevivieran, pero se avino al trabajo, encargándomelo a mí. Veía yo alto, enorme al barón, quizá no lo era tanto, pero yo era un crío apenas, por eso recuerdo esa enormidad. Mientras encuadernaba los libros encontraba palabras que me llamaban la atención. Del mismo modo ideas, dichos, nombres de países o lugares curiosos. El barón pasaba a veces a cotejar cómo iba el trabajo, mi padre le invitaba un café y conversaban de cosas y hechos de sus viajes. De repente, dio con mi interés por los libros que leía entre tira de hilo o pegamento. ¿Te interesa, muchacho? Vi nombres encantados, le dije, algún cuento sobre un genio y una lámpara maravillosa. Sonrió el barón. Esta es la historia de Aladino, la recopiló de un libro antiquísimo encontrado por el explorador Francis Burton hace un tiempo. Él recopiló estos cuentos que hacen ahora las delicias de los lectores allá en Europa. ¿Son reales estos cuentos?, pregunté con extrañeza. No lo sé, dijo el barón

después de pensarlo un poco, lo que sé es que el carácter aventurero de muchos ha comenzado al leerlos. Todos quieren encontrar sitios fabulosos, objetos mágicos y el amor de la princesa. El amor de la princesa. Esta frase resonó en mi mente durante mucho tiempo, el tiempo que tardé en conocerla. Más en reconocerla.

Nos hicimos amigos Waldeck y yo. Siempre estaba cuando lo necesitaba. Me sacó de la curiosa compañía de amigos poco brillantes, me appena el decirlo y me acompañó durante las extensas horas que pasé encuadernando, cosiendo y pegando los libros esos que me parecían encantados, libros donde los autores dirimían temas ardorosos como la libertad, la igualdad entre los hombres y algo que me pareció un poco aventurado, la muerte de Dios. Vivía Waldeck en unas extrañas construcciones que había en la calle del Comercio. Él las llamaba las casas de los ancestros de esa tierra. Yo las llamaba viviendas, porque en eso estaban convertidas. Mi amigo tenía varios enseres, cofres, retortas, cajtalejos, astrolabios, botellas de un succulento vino, mismos que lo ayudaban a darse vida de rey, de príncipe, de uno de esos de *Las mil y una noches* con que me deleitaba mientras recomponía sus volúmenes, muchos, muchos, traídos desde la lejana Europa, con su pipa encendida. Me daba vergüenza porque además, conocía muy bien las tierras americanas, más que yo, por ejemplo. Me hablaba de su reciente incursión a Palenque, una ciudad encerrada entre la maleza, allá por Chiapas, donde era fama que la selva se tragaba a quienes no respetaban sus secretos.

El barón me explicaba que ahí había vivido un pueblo de los más antiguos llamado los mayas, ingeniosos habitantes de la región que hicieron esas construcciones monumentales. Me mostraba dibujos que él realizó, de unos palacios enormes, de piedra, enclavados en mitad de la selva. Para mí, un mocoso tonto apenas, era imposible que esos palacios fueran obra de unos... indios. Y cometí el error de decírselo a Waldeck una tarde en que leíamos un discurso de un señor Eckerman recordado principalmente por su obra *Conversaciones con Goethe*. Para mí, todo está muy viejo, dije mientras encuadernaba los bocetos del barón, mientras él leía el libro en cuestión de don Eckerman. Quizá seres extraños fueron los que las construyeron y no esos indios, agregué. Y cuando lo dije, Waldeck se puso primero blanco de ira pasando después al rojo

vivo, era como un gran tomate de bigote rubio, se le trabaron los dientes y casi, casi, me da un mamporro en la cabeza, como los que me diera mi padre, sin llegar a ello. Se contuvo y lo más que llegó a decirme era que no minimizase la existencia de aquellos que debían ser mis antepasados. Que sólo algunas cabezas huecas pensaban que había hombres superiores a otros. Nunca entendí, la verdad, pero siempre agradecí las enseñanzas de este hombre al que acompañé durante buena parte de su estancia en estas tierras de Dios a través del trabajo de sus libros y la lectura de estos, de sus enseñanzas y su talento.

Waldeck me hablaba de su paso por San Juan Bautista, en la época del cólera, hacía unos años, de cómo vio la ciudad y de cómo escapó de ella con fuertes presagios. Yo le hablaba del oficio de mi padre, de los chismorreos de mis vecinas, algunas casaderas y otras casadas, de cómo me dio algún cocotazo, mamporro como decían los escritores esos que manejan capa y espada, espadachines de alto duelo y poco monto en la bolsa. Así cómo fue que se me pusieron mis nombres. Él reía cuando le decía que uno de mis nombres era Panurgo, quizá porque nunca imaginó que alguien pudiese llamarse así. Es que ni en los más encumbrados esperpentos de madame de Stäel se encuentra un personaje más curioso, prorrumpía a reír. Pronto me dijo que Panurgo era el pastor de una obra, una novela sobre dos gigantes, llamada *Gargantúa y Pantagruel* de un escritor francés que no venía entre los libros que trabajé.

Este pastor engañaba a los gigantes haciéndoles creer que pasaban muchos corderos bajo sus manos cuando en realidad pasaba el mismo Panurgo con una piel de cordero, pero como daba vueltas muchas veces y pasaba entre las manos de los gigantes, estos creían que contaban muchos de ellos. Reí. Se me hizo jocosa la broma de mi tocayo aquel, de la novela de un sacerdote, el abad Rabelais, autor de esas generosas historias. Pero más reí cuando le dije que era parecida a la estratagema que utilizó Jacob para conseguir el título de primogénito, robándoselo a su hermano Esaú. Y reí, no por la historia en sí, sino porque el barón no sabía que era una de las muchas entresacadas de la Biblia, libro que fue uno de los que mi padre imprimió terminando como envoltorio de tripas y de hígado en el mercado de San Juan pues nadie entendía que era la palabra divina.

Waldeck escupió mientras dejaba su pipa sobre su mesita de noche. ¡La Biblia!, lo escuché murmurar. Ahí tuve un momento de alerta. ¿Era un hereje, de aquellos de los que nos enseñaba el cura a cuidarnos? No tenía pinta. El barón era un buen hombre. Sólo que cuando hablábamos de la cuestión religiosa, se ponía verde, del mismo modo que cuando alguien sobajaba a los indios... a los ancestros, se ponía blanco y rojo. Preferí volver a preguntarle sobre más cosas de la novela donde mi nombre era un personaje y el barón se regocijaba relatándome capítulos enteros. Es más, decía, cuando vayamos a Francia te enseñaré la tumba del abate Rabelais. ¡Ése sí era un cura cabrón!, decía sacudiendo el tabaco ya consumido de su pipa. Malhablado, perdulario, soez, digno hijo de la Galia famosa. Sí. El abad y el barón eran dos hijos dignos de la Galia, aunque Waldeck parecía de otros lares. Lo comprendí muchos años después, pero en ese momento, pensé que el barón y el abate eran franceses. No, después supe que el barón era alemán, austríaco o belga. Nunca supe con exactitud, pues lo mismo hablaba un fluido francés que un superiorísimo, como él mismo decía, alemán. Gracias a él, a su permanencia con él en esos curiosos oficios, conocí la historia más fabulosa que nunca imaginara en mis más desafortunados sueños.

El final de todo este capítulo bien puede ser aquello que me contó, uno de sus últimos relatos, mi amigo el barón. A saber. Entre otras cosas que vi en esos libros maravillosos, vi aquella en que el sabio mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora ya había hecho una excavación en otras ruinas, como las de Palenque, pero más allá de los ríos Grijalva y Tonalá, y que había realizado un túnel del que varios arqueólogos después no encontraban la explicación. Quise saber si era el túnel hecho por el sabio don Carlos o era hecho por los habitantes antiguos de aquellas tierras llamadas Teotihuacan, y unos citaban a Humboldt quien había estado en México por 1811, aunque no estuvo en la zona, y otros hablaban de Brantz Mayer quien, por ese tiempo, sí había estado en Teotihuacan y no encontró vestigio de entrada en la Casa del Sol. Moría de envidia, pues quería estar en esos lugares, correr tras el barón descubriendo tierras, objetos, libros, mujeres fabulosas. No pude hacerlo.

La vida tuvo deparadas otras historias, no sé si maravillosas igualmente, pero sí deliciosas en cuanto a amor y sensibilidad. Todas para mí, todas resumidas en una, la de mi amor por la hermosa, la simpática Fidencia.

## Un caballero de fortuna (A)

Salió de La Habana con la esperanza en los ojos y un costal de bravatas a la espalda. El arcabuz más lleno de recuerdos que de tiros y la vieja espada de sus mayores con poco filo, pero ansiosa de probar sangre enemiga.

Se llamaba Eduardo, como su padre y su abuelo, como ellos soldado, como ellos aventurero. Salió de La Habana buscando su destino donde lo hallaron aquellos que solo conoció en retratos o por las historias que su tía Engracia le contó. Travesía por delante, la mar bramosa o calma, marineros que lo vieron desconfiados porque el uniforme lo llevaba con gallardía y lujo.

En el trayecto un bello cardumen de sirenas lo deleitó con sus más hermosos cantos. Se sintió Butes, aquel marinero en la nave de Jasón que quiso amar a las criaturas marinas, lanzándose por la borda. Tenía un propósito más alto, hasta después sabremos si más noble. Dejaron de cantar las sirenas al ver la decisión en su rostro. No quisieron detener el ímpetu conquistador, la certeza de gloria, el ansia del nuevo mundo.

Vio muchas otras maravillas Eduardo, esperanza en los ojos, arcabuz con fogonazos, espada al cinto, de las que no daremos cuenta en esta relación porque, al llegar a tierras mexicanas, al poner pie en tierra firme, supo que su destino estaba ahí, en ese mundo nuevo que contenía bellezas, ardores, calor, mucho calor... Sudaba a ríos encimados, a lagunas que se estancaban en sobaco y entrepierna. En el trayecto al zócalo veracruzano, Eduardo González Arévalo se desmayó. Se repuso pronto pues vergüenza le dio que se acercaran vecinos y vendedores brindándole auxilio a él, al conquistador. Volvió a desmayarse porque la humedad, el bochorno del trópico lo incordiaba.

Al abrir los ojos vio paredes blancas, enjalbegadas y difusas. Estaba en un camastro, alguien le quitó la ropa, alguien lo curaba diciéndole palabras sanadoras, palabras de ángel, no de sirena, palabras que curaban,

alguien que refrescaba su frente con un paño húmedo. Alguien lo confortaba. El confort era de las manos y los ojos, unos ojos castaños que de inmediato hicieron la sonrisa del guerrero, la vista misma celebraba la vista del castaño titilar. Los ojos lo vieron, la boca destelló igualmente, las palabras fueron paz y armonía. ¿Se siente mejor? Cómo no sentirse mejor en manos de la hermosura. Cómo no sentirse mejor viéndose en los ojos de la insignia. Cómo no sentirse mejor cuando las manos oraban en su frente pecadora. ¿Se siente mejor? Se sentía en la gloria, en el paraíso, en un edén conformado por ojos, boca y manos de una de esas once mil vírgenes que alguna vez conoció en las vidas de los santos que le hizo leer la tía Engracia. ¿Se siente mejor? Se sentía mucho mejor porque no había ya ese río corriendo por su cuerpo, ya no había esos tiempos líquidos, esa franja delicuescente que lo ahogó a su llegada al puerto.

Me siento mejor, sí. ¿Cuál es su nombre, señora? Daficién, le dijo con una sonrisa. Estuvo usted postrado aquí durante tres días. Una fuerte insolación, lo que llamamos golpe de calor por estos lares. Señora, ¿mis pertenencias? Entonces se dio cuenta de lo poco galante de la pregunta. Daficién estaba para ser cortejada, no como custodia de sus espadas, cintos, alforjas y miradas.

Aquí, caballero. Y ya que le dije mi nombre, espero me diga el suyo. Eduardo, González, Arévalo, soldado y servidor de su merced, deletreó comeando su nombre. Aunque quiso saltarse la mala impresión por pelear sus pertenencias, la mujer se levantó y le mostró una silla. Todo estaba ahí, al menos eso parecía. Gracias, debo irme, aun tengo que hacer un largo viaje hasta la ciudad de México. No puede, caballero, dijo Daficién. Su cuerpo necesita aún más agua para restablecerse. ¿Quién necesita agua teniendo cerca sus ojos, señora? Daficién sonrió. Parecía acostumbrada a los requiebros de los caballeros, de esos que se acomodaban en la sala de enfermería, esa donde le tocaba a ella darles un reposo a los guerreros que, como éste, eran tan valientes como para ser galantes.

Usted necesita agua, y quien lo cuide, señor Arévalo... Así quedó acordado el encuentro, la reunión, la cercanía, el ascenso al cielo del guerrero. No supo que esa sería la primera estratagema amorosa del nuevo mundo, ese lleno de sorpresas, como el jardín del edén.

## **La cabeza de Sentmanat** **(Historia de José Panurgo)**

Hablaban. Mucho hablaron ese día bajo la sombra de la antigua ceiba del camino de Atasta. San Juan tenía poco menos que mil habitantes y era un villorrio estrecho, junto al Grijalva, río tan caudaloso que llevaba cómodamente esos inmensos paquebotes por entre sus olas y por sus aguas.

Quienes hablaban eran el entonces gobernador de Tabasco, don Victorio Victorino Dueñas y el terrible coronel Eduardo González Arévalo, a quien Dios confunda, que venía a impedir la instauración del régimen liberal en Tabasco. Mientras los veía hablar, gesticular, dar algún sorbo a los vasos de agua de guanábana con que Dueñas obsequiara la sed de ambos, pensaba cómo había llegado a meterme en esos vericuetos curiosos a los que los letrados llaman política y que no es más que el grotesco canje de poderes entre unos bandos y otros. ¡Ojalá mi país nunca vea estos desamorados y perversos ires y venires de la política! Creo que no iba a soportarlos.

Me despedí un día de Waldeck con un abrazo. Nos volveremos a ver, pequeño Rabelais, me dijo y se embarcó hacia su tierra. No dudo en decirles que las charlas con Waldeck me hacían falta. Estaba en el San Juan Bautista, después de muchos años, aburrido, letalmente solo y con mi padre que se enfurruñaba más seguido que de costumbre. Éramos pobres, algunas monedas se enmohecían en la lata donde mi padre las escondía de la voraz tenacidad de mi madre, que le dio por tener lujos a esa edad cuando ya se quiere tener nietos. Tuve algunos centavos de trabajos que hice cerca de mi amigo el barón. Así era mi tierra, esa donde un muchacho como yo, magro en economías, pero harto de conocimientos, mismos aprendidos con el barón y sus muchos libros que encuaderné pacientemente.

Creo que era junio, no recuerdo bien el año, pero junio es un mes terriblemente cruel para los naturales, imagínense para los extranjeros. Esa mañana calurosísima, fui a ver una biblioteca que necesitaba encuadernados, cosidos, reposición de páginas. Al decirle el precio de mis servicios al dueño, me corrió con cajas destempladas, con muchas palabras altisonantes y con la desazón juvenil de no servir para los negocios. Bajé del bote que hacía la ruta al otro lado del río. Venía confundido entre pasajeros, comerciantes y soldados. Caminé por algunas calles de San Juan, antes de ir a ver a mi padre de lo dolido que estaba por mi fracaso. San Juan era el mismo. Lleno de barro, gente y zopilotes en los aleros de las casas. El comercio florecía con creces pues era la obligada estancia del que iba o venía hacia el Sureste de México, el que hacía negocios en Campeche, el norte de Chiapas y la lejana Guatemala. San Juan Bautista. Quise ser como esos personajes de los cuentos del barón, que hacían su vida solitarios, sin que nadie les indicase caminos o ciclos. Pensando en estas cosas, caminaba por Plaza de Armas. Un calor abrasador, sucio y corriente hacía que sudara por todo el cuerpo. Hasta en esas partes donde callo por su recóndito escondrijo en el cuerpo. Como el calor era insoportable, cualquier cosa podía suceder. Y, de hecho, sucedió.

Caminaba por Plaza de Armas, listo a informar a mi padre del fracaso de la biblioteca, cuando escuché una grosera multitud que aullaba, vociferaba gesticulando, prorrumpía en sonoros gritos, todo al mismo tiempo, como si estuvieran festejando una misa negra o un aquelarre de esos de los que me hablaban los amigos del barón, esos libros maravillosos de los que me regaló uno que otro, cuando sentí que los gritos de un hombre se proyectaban por encima de los que daba la multitud. Me acerqué al tumulto pensando que martirizaban a un pobre preso o soldado cuando me cayó en las manos una cosa. Parecía una bola de esas hechas con resina, tela vieja e hilo, pero al tocarla, sentí que mis dedos ardían y cuando le di vueltas para verla mejor, la bola me vio a mí. Era una cabeza. Una cabeza frita en aceite. Aún conservaba sus rasgos humanos, pero el achicharramiento la había apergaminado, la había arrugado de tal manera que parecía uno de aquellos chicharrones que venden los sábados, todavía, en algunos poblados cerca de la ciudad. Ver que la cabeza me veía, ver que la gente me veía, verme a mí mismo

viendo a los que me veían viendo la cabeza que me veía fue todo uno. La solté, grité algo así como: *¡Putá madre, un muerto!*, lo que provocó la risa de los reunidos y mi pronto desmayo.

Cuando recuperé el sentido, estaba en una especie de consultorio médico muy elegante. Me pasaba las manos por la frente un hombre ya de cierta edad. Sus manos, humedecidas en agua de romero, hacían que el mareo fuese pasando. Al notarlo, el hombre me dijo: Descansa, descansa. Has pasado una dura prueba. Mira que venirte a caer a ti precisamente la cabeza de Sentmanat. No comprendía nada de lo que el hombre hablaba. Iba a decir algo cuando tocaron a la puerta. Era otro hombre, mayor, de finas facciones y, lo que más me llamó la atención, llevaba un bastón que lo ayudaba a caminar pues cojeaba del pie derecho. Estará usted contento, dijo apenas entró al consultorio. Déjese de burradas, Longino, murmuró el hombre del agua de romero, dije que cauterizaran las arterias con un poco de aceite, pero los salvajes de esta villa, acuciados por su hermanito de usted, hicieron un perol como si se tratara de freír un puerco y después comérselo.

¡Librenos, Dios de semejante absurdo! Si el tipo ése, Sentmanat, vivo *jedía*, dijo a la manera coloquial de San Juan, muerto ni quien fuera a su entierro, terminó con una sonrisa el hombre del bastón. La costumbre de cortarle la cabeza a un enemigo público para después freírla en aceite la heredamos de los españoles quienes a su vez la heredaron de los moros, agregó don Longino dándoselas de culto e informado. Después, dirigiéndose a mí: El que vino a pagar los platos rotos fue este muchacho. ¿Qué era eso, eso que me cayó?, alcancé a preguntar entre delirio de agua de romero y de explicación. Parecía una cabeza. Lo era, respondieron los dos señores y rieron ante tamaña coincidencia. Me levanté con prisa. Creo que volví a decir lo del muerto.

El más alto de ellos, el que me puso agua de romero, me hizo sentar. Tomó tres vasitos de un estante, escanció en ellos un licor muy suave que después me dijeron era anís y me preguntó si no sabía qué pasaba en San Juan. Tuve que responderle que sí, aunque la verdad estaba poco enterado de lo que no fueran libros o textos maravillosos, de su cuidado y reconstrucción. Los señores se miraron y comenzaron a hablarme de uno más de los aventureros que quiso tomar la ciudad. Su nombre era

armonioso y digno de un capitán de aventuras como él, se llamaba José Francisco de Sentmanat y Zayas, guerrero por pasión y de profesión bandolero. Ya había participado en la insurrección aquella de Maldonado, jefe militar de la ciudad que se levantara en armas hacía varios años, cuando yo era un niño, por lo que no recordaba bien a bien el suceso.

El tal Sentmanat, depuso a varios gobernadores, Gutiérrez, Ruiz de la Peña, Requena y Jiménez, aposentándose como egregio campeón de la intriga y la desavenencia, haciendo que nuestras familias se enfrentaran entre sí. Logró por fin, imponerse como comandante militar de la plaza y como gobernador, cargo del que lo sacó con bombo y platillo el general Pedro de Ampudia. Envalentonado por sus tropas, Sentmanat había reunido un ejército precipitándose el mes pasado contra San Juan hasta que las fuerzas del capitán Clemente Castro lo hicieron rendirse y caer prisionero después de que sus secuaces se dispersaran. No se supo más de ellos pues, siendo extranjeros todos, no conocían el terreno y no encontraron refugio.

Fue juzgado, condenado y ajusticiado y, por órdenes del general Ampudia, se dispuso que se le cortara la cabeza y se pusiese como ejemplo de todos los posibles revoltosos. Se cumplió la orden, pero el verdugo, que es poco ducho en estos menesteres, cortó la cabeza y preguntó qué hacer con ella. Aquí intervino el hombre del bastón: Y aquí, el doctor Sarlat ordenó que la sumergieran en aceite.

¡No, señor! Dije que cauterizaran las arterias con aceite para que no se despedazase al ser exhibida en la plaza. El caso es que el verdugo hizo lo que le dijimos, pero como unas gotas de aceite cayesen en sus dedos, soltó la cabeza del aventurero que cayó en el cazo y la achicharró completamente. La gente que estaba ahí no pudo menos que gritar: ¡Vivan los chicharrones! Mi hermano gritó más fuerte que nadie, dijo el hombre del bastón. Vamos a ver si no le cobra la historia el burlarse de los caídos en desgracia, dijo el doctor Sarlat. Prosigo. Como resultado de la cabeza frita, con la gente arremolinada, hubo quien volteó el cazo para sacarla, rodando de mano en mano, hasta que te vino a caer.

Mira que venir a perder la cabeza precisamente en San Juan Bautista, dije queriendo hacerme el gracioso, pero mi chiste no surtió los efectos deseados.

Dejé la compañía de don Simón Sarlat y del hombre del bastón, un hombre llamado Longino Díaz. La macabra escena me persiguió durante mucho tiempo. Una noche, de esas en que salí a distraer el insomnio que muchas veces me acongojó, pasé por la destruida casa de piedra, muy al sureste de la Plaza de Armas. Escuché el ulular de una lechuza y oí al sereno comentar: Es el fantasma de Sentmanat. Es un alma en pena. Desde esa noche, le llevo comida al fantasma, algunos ratoncillos y fauna menor para el hambre del desventurado coronel, aunque no sé si con esto lo ayude a descansar.

Gracias a los buenos oficios de don Longino Díaz y de su hermano, Calixto, conseguí un empleo de revisor en un paquebote que hacía el camino de Frontera. El recorrido a Frontera, desde San Juan, era enormemente bello. Parajes, chozas, fincas, niños corriendo y diciendo “adiós” con sus manos mugrientas, eran el perfecto escenario donde nos zambullíamos, donde yo cobraba los boletos y verificaba las piezas de valor, mientras el barco, conjugando el *plas-plas-plas* de sus paletas con el monótono silbido del vapor, provocaba una sinfonía digna de las buenas plumas musicales de Tabasco. Lo único malo era que, a veces, el bote se averiaba, lo que nos hacía quedarnos en Frontera, en alojamientos donde, cerrando la puerta, todo era cama. De ser erudito reparador de libros, era ahora un viajante, un mercero casi, un cobrador de paquebote. No debería darme pena, lo sé, pero lo cierto es que renegaba muchas veces al día de este trabajo de sueldo exiguo y permanente zozobra.

Hice varios viajes y me enamoré del puerto, eso sí, de sus costumbres, de su gente. Una noche, allá por los extraños días de octubre, cuando no hacía ni frío ni calor, la nave en que hacíamos el recorrido sufrió un desperfecto, así que varios de mis compañeros en la travesía decidieron quedarse y no regresar a San Juan sino hasta el día siguiente.

Permanecí varios días en el puerto de Frontera, después de los sustos con San Juan y sus cabezas, la del santo y la del aventurero. No se me dan los chistes. Una noche, cuando mejor dormía soñando con los escenarios eróticos de la lectura de los cuentos árabes, escuché un pavoroso estruendo. En un principio, soñé que eran fuegos artificiales de esos, de los que platicaba el barón, pero pronto desperté asueñado. Rápido, pues mis pocos años me tenían acostumbrado a la vivencia del trópico

donde todo se hacía muy temprano, me levanté de la estancia donde dormíamos seis o siete personas, no había moda de hoteles ni de posadas acomodadas en aquel tiempo, ya lo dije, y juntos vimos uno de los más increíbles arribos a aquel lugar llamado Frontera.

No sé si continuar esta declaración o si debo transcribir antes algunas de las cosas ocurridas en San Juan por ese instante. El gobernador Victorio V. Dueñas tuvo que huir hacia Tacotalpa, donde se parapetó de las andanadas militares del aventurero González Arévalo. Poco les duró el gusto a los invasores pues ya habíamos retenido a los imperialistas en buena lid y ahora no nos iba a degradar este capitancito mal encausado a coronel, pensé cuando regresaba a San Juan en ese paquete de mis recuerdos.

## Un caballero de fortuna (B)

Lo que tenía que ocurrir ocurrió. Daficién y Eduardo se enamoraron. Muchos días olvidó el guerrero su viaje a conquistar territorios, tesoros, lugares con los que condonar su vejez.

Al principio, todo parecía miel sobre hojuelas, como dicen los viejos textos. Después, el mismo Eduardo se dio cuenta que su compañera salía de repente, cuando todo estaba en sombras, cuando la noche cerrada tendía las estrellas para no poner los pies en descampado. Algunas noches dejaba la puerta abierta. Otras, cerraba con llave, con pestillo, cerraba con cuidado, sin dejar entornada la puerta o sin cerrar una por una las ventanas. Eduardo comenzó a sospechar de un rival, de un amorío de la ingrata. Quiso salir pero la puerta, cerrada a piedra y lodo, impedía que siquiera asomase la nariz por una rendija. Ni un ratoncillo hubiera pasado por ahí. Ante la desesperación pensamos demasiado. Eduardo comenzó a buscar el modo de sorprender a Daficién en el acto mismo del engaño, matarla, matar a su cómplice y después huir. Huir pues no quería comprometerse en su honor a responder por ambas muertes. Esa fue la primera mácula que hizo el guerrero a su blasón. Matarlos, vengar el honor, sí. No pagar por ello. Ahí estaba el *quid* del caso.

Noches pasaron, días fueron y vinieron. Simulaban ambos no saber lo que pasaba por la mente del otro. Simulaban no saber qué pasaba en el cerebro, en la sesera, donde se ocultan los más indignos pensamientos humanos, de su pareja. La vida transcurría como en un infierno, no solo por el exterior, maldito cómplice del coraje sino en el interior, donde el corazón, achicharrado ya por la duda, no funcionaba igual que cuando decidieron unirse.

Las mujeres del vecindario, ávidas de tragedia, murmuraron al oído del guerrero que Daficién se convertía en bruja, saliendo por las noches, dejando las piernas en el fogón, convertida en vaca, para realizar sus

tropelías con hombres, no en singular, muchos, que daban a la hechicera lo que ya Eduardo no podía dar. El guerrero fruncía el ceño ante las invenciones de las mujeres. No, nunca la vio convertirse en vaca, aunque ella acechaba desde su lugar del camastro que ya el sueño venciera a Eduardo. No, nunca la vio dejar las piernas en el fogón, nunca vio que Daficién fuera una bruja, en el sentido literal de término. Lo era por el engaño, lo era por la maldad, lo era por la soberbia.

Pasaron más noches, más vela, más insomnio. Eduardo pondría fin a la traición. Para ello alimentó los celos con saña, con insolencia, les dio de comer maldad, desgracia, silencios. Dio el alpiste de la indignación en el pico de la desdicha. Acumuló soberbia, distancia, perversión e hizo lo que los celosos hacen. Vomitó toda la bilis, el humor contenido, la saliva y los aros babosos de enojo para sacarlo todo y encontrarla en brazos del imbécil aquel que se la robaba.

Esa noche, antes de ir a acostarse, puso un poco de cera en la cerradura. Daficién cerraría la puerta pensando que estaría cerrada por fuera. La cera impidió que el cerrojo entrase. Así que Eduardo pudo abrir la puerta, salir a la calle siguiendo a la infiel con la espada bajo el brazo, lista para matarlos en cuanto los viese. Le dolía el cuerpo, le dolía la honra, le dolían los ojos al pensar en el espectáculo. Se preguntaba muchas cosas. Por qué la ingrata cometía esa engañifa, por qué lo torturaba así, por qué buscaba en otro lecho lo que el guerrero siempre le daría. La vio más allá, iluminada por la luz de la luna, otras veces cicisbeo de Daficién, ahora suyo. La luna alumbraba sus pasos, los de ambos, seguidor y perseguida. La luna era lámpara votiva y guía de la vergüenza.

La vio detenerse ante una casona. Oscuro todo, apenas un farolillo delineaba el marco de una ventana. La ventana se abrió y la luz dejó de dibujar el marco para que por ella asomase un rostro. Un hombre. La punzada en el corazón, esa que sientes cuando te duele el esfuerzo concentrado, le dijo al guerrero que la sospecha era verdadera. Ahora lo más inmediato era qué hacer. Irse con toda la cólera acumulada contra los malvados, gritándoles frases plenas de odio, de rencor, de vileza. Esperar a la mañana para verla salir, así como si nada, de la casona aquella, dejar al hombre de la luz y esperarla a la vuelta de la esquina para hundir la espada en el pecho donde el corazón aun gozaría de la traición. No, eso no iba a soportarlo.

Se lanzó Eduardo contra la infiel y su amante gritando consignas despechadas. Llegó ante la ventana. Daficién se volvió sin creer en lo que veía cuando sintió el acero explayarse dentro del pecho, rompiéndole el miembro rey, como lo llamaran algunos poetas, cayendo al piso, donde la sangre brotó esclarecida ante el fulgor lunar que propició un río de locura inmanente. Volvía el guerrero su arma contra el hombre de la ventana, ese que le robó el amor de Daficién, cuando lo escuchó decir con un acento peor que sus gritos de despecho. Hija, hijita querida, ¿qué te hizo este maldito? No entendía Eduardo la pregunta porque el lance era muy claro. La he matado, ahora voy a matarte a ti, felón, soez, verdugo, bajo y soberbio gañán. Lo detuvo, como si el arriero de su rencor jalase las riendas, el llanto del hombre. El hombre lloraba, lloraba como un niño al que arrebataran un dulce. Gimoteaba, lloraba, se mesaba los cabellos. Hijita, hijita, decía una y otra vez hasta que el llanto dijo lo que Eduardo comenzó a sospechar. Has matado a mi hijita, malvado. Ella venía a traerme sustento todas las noches, era mi pilar y mis ojos que perdí en una de esas escaramuzas con que los hombres nos creemos inmortales. La mataste, la mataste, ¿quién verá ahora por mí? Maldito, mil veces maldito seas.

La piedad se instaló en el pecho del guerrero. No iba a dejar desamparado al ciego padre de su amada, la que yacía en el suelo, augustamente manchada por la sangre, la sangre piadosa que Eduardo creyó traidora. La piedad movió su siguiente paso. Se impulsó hasta llegar a la altura de la ventana para hundir el acero en el pecho del hombre, que murió de inmediato. Huyó el guerrero pues escuchaba a la ronda correr hacia el lugar de los hechos. Se escondió en la bodega de un barco. Escuchó que iba camino de la laguna de Términos. Ahí se quedó, quietecito, como escolar reprendido. Salió el barquito moviendo manivelas. Aun debía conquistar otros lugares. Ya no el amor, ese iba a dejárselo a quienes no sospechasen, aun cuando las sospechas fueran verdad.



## El Jahuactal (Historia de José Panurgo)

Leí muchos años después las crónicas del poeta Arcadio Zentella, venerable hombre de letras nativo de Cunduacán. ¡Cómo le caían mal los contendientes de esta comedia que se desarrolló en ese tiempo! A don Arcadio no le eran gratos ni unos ni otros, sólo habló bien, dentro de lo que cabe, de mi amada, de la única, de la simpar Fidencia. Pero eso puede quedar para después también. Sólo debo decir en estos esbozos de crónica, porque ni a eso llegan, que la milicia sentó sus reales en mí, que nos pusimos a laborar siguiendo al correlón de Dueñas, según le dice don Arcadio, y que pronto nos hicimos de alguna fortuna gracias a la leva, al cobro de impuestos y a la “distracción” de alguno que otro buen viandante que nos hizo tomar sus pertenencias, escoger lo que más nos agradase de ellas y dejarlas para que el susodicho se diera cuenta que trataba con caballeros. Obviamente, nunca imaginé terminar mis días como soldado del bando juarista, pero las circunstancias, mientras pasé aquellos días en Frontera, me hicieron ir amando poco a poco la tarea de las armas. Después de reconstruir San Juan, un aventurero más fuerte y poderoso llegó a nuestra tierra. Eduardo González Arévalo.

Era el mes de octubre o noviembre, creo que de 1863. El coronel Gregorio Méndez expulsaría a los franceses tras una breve escaramuza que ahora explico. Parece ser que el coronel era hombre pacífico, curioso, delicado y de un sublime amor por las artes, en especial la música. Tuvo una escuela dedicada a Euterpe en Comalcalco y de ahí se decía que sus alumnos eran los primeros becados en Tabasco, gracias a las curiosas dádivas que les ofreciera el coronel. Un hombre de estas características era muy raro que se involucrase en las artes de la guerra, pero pienso en los guerreros que fueron músicos y poetas en la Edad Media, según los libros que me hizo leer el barón; pienso en ese hombre portentoso,

Cervantes, que hizo la guerra al par que las letras, precisamente; pienso en Boscán y Juan de Mena, hombres de caballo, de armas, de ajedrez y de poemas, y no veo con extrañeza que el coronel Méndez se dedicase a las sutiles enseñanzas de la armonía, del ritmo, de las notas, las corcheas y melismas. Pues bien, el coronel Méndez, oriundo de la villa de Jalpa, se dedicaba a sus menesteres musicales, y de otro tipo, cuando la leva lo llevó a ser comandante de un regimiento y ascender al grado de coronel, quizá por ser hombre letrado, es decir, que sabía leer y escribir.

Don Arcadio Zentella, que era un viejito lengua rayada, dice que don Gregorio era menos que mediocre, aunque más adelante señala que como militar tenía bellas cualidades, unía su valor a la prudencia y cautela que siempre le dieron el triunfo en campaña. Tenía este coronel un hermano de nombre don Pedro, que fue el causante indirecto de mi tragedia en estos tiempos de guerra. Uno de los principales méritos del coronel Pedro Méndez, a diferencia de su hermano, era ser muy mujeriego, lo que puedo consignar más adelante. Pero vamos por partes.

Las tropas de los imperialistas se fueron sobre Cunduacán en la madrugada del 1 de noviembre de 1863. Sí, creo que esa es la fecha exacta. Gregorio Méndez esperaba resguardado con sus tropas en un lugar llamado El Jahuactal. Eran casi trescientos republicanos en una emboscada que debía darles la vida, la gloria y la honra sobre sus ofensores imperialistas. Porque digámoslo de buen modo, no hubo franceses en Tabasco, hubo imperialistas, hubo simpatizantes del emperador blanco y barbado. El invento de la presencia de los franceses fue para reafirmar lo blanco y ojo azul de muchos tabasqueños. Todo iba muy bien hasta que un mocito de finca, un chamaco medio atarantado de nombre Abraham, salió corriendo y gritando: ¡Ahí vienen, ahí vienen! Esto puso más sobre alerta a las tropas del aventurero Arévalo. Pronto se dieron cuenta de la emboscada. Los gritos del menso aquel, sólo hicieron que las tropas de don Gregorio se descuidaran y ahí comenzó la fiesta de las balas.

Un hombre llamado Jacinto López, amigo mío desde los tiempos de Frontera, se lanzó sobre la pieza de artillería imperialista, solo, con un machete en la mano. Logró detener el avance de la pieza, pero no pudo con los disparos que lo mataron. Aquello desmoralizó a unos y otros.

Los hombres de Pedro Méndez se apoderaron del cañón, pero esto no fue impedimento para que el terrible Arévalo ordenara luchar sin misericordia causando grandes bajas en nuestras huestes. El sudor nos corría por la cara. La pólvora me sabía a amargo cobre cuando debería ser un gusto diferente, a gloria, a satisfacción del deber cumplido. Ambos, sudor y pólvora, compusieron un extraño brebaje del que no podíamos dejar de beber. Nuestros ideales eran buenos, lo sabíamos, pero el parque se acababa, algunos compañeros nuestros comenzaban a desertar y sólo la recia voz de don Pedro y los recuerdos de nuestro amigo Jacinto, nos hacían seguir en nuestros lugares, impedir el paso de los cochinos traidores y ver la risa mugrienta y rabiosa de González Arévalo.

Ni modo, macho, dijo Nazario, un joven que conocía también de Frontera, dándome la mano, aquí acabaron nuestras vidas. Te encargo que lleves este retrato a mi mujer, allá por el rumbo de Cupilco, si es que sales con vida. No bien tuve el retrato en mis manos cuando una bala perforó el cráneo de Nazario quien cayó como muñequito de aquellos a los que se les acaba el hilo. El retrato era de Nazario vestido con un uniforme que, evidentemente, no era el suyo pues lo ornaban medallas y reconocimientos que no pudo haber obtenido pues su carrera militar apenas iniciada en la toma de Frontera no era considerable. La realidad era que llevábamos bien fajada la camisa y el fusil al hombro, aunque íbamos sin zapatos y traíamos terciado el chontal porque el calor de nuestra tierra cocinaba el cogollo si nos poníamos el quepí militar. Le menté la madre cariñosamente a mi amigo caído en el cumplimiento del deber, pero también, para mis adentros, me dije que mi suerte estaba echada... a la basura.

Ya con pocas balas, de pronto se oyó una violenta sacudida que venía tras de nosotros, corrimos entonces hacia el enemigo que, aunque ustedes no lo crean, huía en polvareda tal que nos encantaba verlos correr saltando arbustos y sacando polvo del polvo. Nunca supimos bien a bien qué pasó. La risa cabroncita de Arévalo se volvió mueca hirviente mientras ordenaba a sus soldados, desgañitado, febril, histérico, regresar, combatir, hacer frente a los mugrosos, a los desarrapados. Sí, cabrón, muy mugrosos, pero hombres, pero machos, le gritábamos con enjundia cerril al hijueputa más grande que ha pisado las tierras de Tabasco.

Alguna vez, cuando sean mayores quienes leen estas líneas, contaré de la vida azarosa del aventurero.

Cuando volteamos a ver, a nuestras espaldas una recua de vacas corría aun levantando una tremenda polvareda, lo que seguramente nuestros adversarios confundieron con algún ejército que venía a reforzarnos. Alguno que otro disparo atrás del ganado creó la ilusión de una fuerza superior que asustó a los imperialistas que sólo vieron polvo y oyeron los disparos. La idea fue de un hombre cercano a nosotros en todo momento y que respondía al nombre de Bibiano García quien festejaba con gritos y echando al aire su sombrero de paja, haciendo correr a Arévalo y sus tropas hasta la mismísima San Juan Bautista.

Corrieron... Uuuuh, cuánto corrieron los tales, pero no fue sino hasta muy entrado el año siguiente cuando pudimos deshacernos del problema de los partidarios del Imperio. Mientras tanto, en Jonuta, una población cercana al otro extremo del estado, desembarcaban tropas de franceses. Las señoritas casaderas se alinearon en fila india, haciéndose tejer y coser las mejores ropas de sus roperos, maquillando sus *yas* para que parecieran *todavía*s, y haciéndose el sutil ricito en la sien que conocieron nuestras abuelas como “bésame aquí”. Oh, decepción. Cuando bajaron los “franceses” las señoritas casaderas de Jonuta vieron desfilar ante sí a diversas clases de negros, negros de La Martinica, negros que eran carne de cañón, pues los franceses nacidos en Europa peleaban en el benigno clima del centro de la república mientras los negros eran enviados al calor tropical. En ese momento, las señoritas casaderas de Jonuta deshicieron los “bésame aquí”, se quitaron los afeites y se volvieron juaristas.

Yo ambulé después por la población cunduacanense algunas tardes, mientras esperábamos que se apaciguaran los ánimos con miras a entrar otra vez en combate cuando ocurrió la peor cosa que podía ocurrirle a soldado de buena refriega y listo para el borlote. Me casé. Ahí les va la historia.

En una de esas vueltas, entré a una casa en ruinas, aparentemente destruida por las escaramuzas recientes y, según yo, abandonada por sus habitantes. Me di un día de asueto pues el muy mula del coronel Pedro Méndez, hermano de don Gregorio, a quien por cierto no vi en la batalla de El Jahuactal –y esto no me lo contó don Arcadio– hizo que me

quedara arrestado dos días. A las veinticuatro horas me salí del cuartel aprovechando el cansancio de mi custodio y me di a la vagancia para ver si no se había quedado alguna prenda u otra cosa por ahí perdida, abandonada, sin nadie que la cuidara en el tumulto de la batalla.

La casa no era muy grande, ni estaba deshabitada como yo pensaba, al entrar en ella, oí una voz que decía: ¿Eres tú, rey, cielo, ángel? Era una voz de mujer. Me asomé cauteloso a la recámara de donde la voz provenía y ahí estaba, sólo con su enagua puesta, la mujer más hermosa que ojos humanos hayan visto jamás. Buenota, frondosa, con unas pantorrillas, ¡ay, madre!, como de buena potranca y adormilada, adormilada como para acostarse junto a ella y poseerla con encono y solicitud mientras sentía mis partes ponerse al rojo vivo, infladas de deseo. De pronto, escuché en la puerta un grito de ranchero enamorado y en el grito reconocí la voz del coronel Pedro Méndez. Ah, caray, pensé, si me encuentra, me manda fusilar, sobre todo porque ésta es su vieja y yo me la devoro con los ojos. No pude pensar más que en salvarme y me lancé de cabeza a un ropero que estaba en la habitación, un roperote de aquellos que se hacían de cuatro lunas donde cabría fácil, una familia entera, dado el caso. Me metí ahí y contemplé por entre la ranura de la puerta como el coronel llegaba medio briago, se quitaba las botas, se subía a la cama y comenzaba una sesión de dale que te pego con la mujer buenota que dormía allá afuera.

Me lleva..., y yo como plátano bien maduro. No sé si dije esto o lo pensé porque entonces, en este preciso instante, me di cuenta de que no estaba solo en el ropero. Junto a mí apareció una mujer, chaparrona, gordezuela, con manitos pequeñas, pies hinchados y boca grande, no vieja, ya no joven, pero que, poniéndome un cuchillo en la garganta, dijo en un susurro: Si te mueves o gritas, te voy a abrir desde aquí hasta los huevos; y para demostrarme que no jugaba, me hizo un hoyito con el cuchillo en el cuello. Me quedé mudo. No supe dónde habría más peligro, si en esta arpía de los roperos o en la ira de mi coronel Méndez cuando me encontrara desobedeciendo el castigo.

Pasaron unos minutos en que la punta del cuchillo me tenía con los ojos fijos en mi carcelera y en los que los gemidos del coronel y su hetaira, unidos a los ruiditos de amor del colchón donde ambos se refocilaban, comenzaron a hacer su efecto en mí. Me quise quedar quieto, pero

el amigo aquel, el de abajo, no entiende razones. Se puso al doble de lo que estaba viendo a la buenota, y no porque la del ropero fuese más guapa, que no lo fue nunca, si lo sabré yo, sino porque la situación era impresionantemente rara. La mujer del ropero notó que algo ocurría y bajó el cuchillo hasta donde estaba mi amigo, el de abajo. Abrió con el cuchillo cuidadosamente los botones de mi pantalón y salió la cosa espléndida, haciendo como goma de caucho, cuando se la comprime mucho.

Ah, cabroncito, murmuró la celadora volviendo a ponerme el cuchillo en la garganta, ahora me lo vas a tener que hacer hasta que se te reviente el nabo. No tuve alternativa. Holgamos, no sé, muchas veces, llevándole el ritmo al coronel Méndez y a su pareja, pero imprimiéndole bailes mulatos al ropero que cayó con estruendoso alarde fornical ante los asombrados ojos de la pareja de la cama. Total, otros seis días de arresto. Pero lo curioso fue cuando salí del calabozo. Me esperaba la mujercita del ropero. Quise pasar de largo, pero dijo al verme: Tengo en este saco cien monedas en oro, te las puedo dar de dote si me ayudas a buscar a mi padre y si te casas conmigo. Me tentó, la verdad, la idea de poseer esas monedas, total, a la dueña ya la había yo poseído.

Lo difícil fue encontrar a su padre. Murió en una de las batallas, mientras buscaba quién lo ayudara a sacar el dinero y a su hija, virginal y delicada, de entre los malsanos manejos de la tropa. Cuando el padre se dio cuenta de que los soldadotes no iban a ayudarlo y sí a joderlo, metió la bolsa con cien monedas de oro, sentó a su hija en ella, igual que el dragón que cuidaba de los tesoros en los cuentos que me contaba el barón, y escapó haciendo que aquellos viles lo persiguieran. Brunilda Gameta se quedó ahí, obediente al mandato paterno. Cuando llegué, llevaba seis días encerrada y cuatro oyendo al coronel Méndez y a su hetaira coger como bestias. Claro que, al entrar yo en el ropero, encontró quién la ayudase y quién desahogara sus instintos tropicales, enardecidos viendo la jodienda monda y lironda. Primero juró que le regalaría el oro a quien la sacase del encierro. Después juró que le regalaría la mitad del oro a quien la sacase del ropero. Al final, ya encabronadísima y hambrienta, juró casarse con el primero que apareciese ayudándola a encontrar a su padre... vengándose de toda la milicia haciéndole la vida imposible a alguno de esos miserables, por los que permanecía ahí, sola y dragona de un tesoro que no podía gastar.

Nos casamos. Pero cuando quise tomar la bolsa, ya la había gastado en comprar una casa y un terreno y un suntuoso ajuar para la boda. Quise poner orden en mi casa, pero la muy bruja me dio dos cocotazos bien dados y una cachetada, a más de que me aventó todos los platos que pudo a la cabeza. Además, se llevó el ropero de nuestro primer encuentro amoroso, mismo donde procreamos a nuestros tres hijos, Diario, Semanario y Anuario pues les juro que nunca pude coger con ella en la cama, en la cocina o en algún otro lugar, por muy buenas condiciones que fueran las condiciones. Y los nombres de mis hijos fueron según el tiempo en que cogíamos, al principio a diario, después cada siete días y al final, tuvimos la cola de nuestros hijos pues ya nos juntábamos cada año que yo venía a saludar por navidades o fiestas patrias. Brunilda fue carcelera, capataz, ordeñadora –sin reírse, por favor– de mi vida, de mi casa y de algunas vaquillas que conformaron nuestra pobre heredad y en las que se fueron las últimas de las cien monedas.

Supe después, que el coronel Pedro Méndez recibió unos cuernos bien cabrones por parte de la mujer de la cama. No es que me alegre, pero esas cuentas ya son con otros númenes.



## Un caballero de fortuna (C)

Seguramente me llenará de aplausos el cotarro que espera ser recibido por su majestad. Seguramente el emperador dirá a su secretario más cercano que le haga saber de mis credenciales y el nombre de mi padre y abuelo. Seguramente, al saberlos, dirá algo así como esto.

–Cómo no. Conocí a su padre, a su abuelo. Fueron hombres de pro-sapia e inteligencia superior. Hábiles en el combate, estrategias de prestigio. El mismo visitante es un soldado de enormes cualidades. Hazle pasar, secretario.

El secretario, con una profunda reverencia, se dirigirá a la antesala, hará una señal hacia mí. Dejaré el vaso con agua de Jamaica que me ofreció un doncel, paje seguramente al servicio del ujier y el secretario. Entonces caminaré siguiendo el protocolo que indica se den dos pasos largos, uno corto, dos pasos largos, uno corto, dos pasos... para que el emperador tenga tiempo de leer mi petición que en este caso es verbal.

Llegaré entonces a la sala del trono. El emperador, de pie frente a su escritorio hará una pequeña inclinación con la cabeza. Me verá risueño. Se adelantará un paso y yo caeré de rodillas pidiéndole su mano. El emperador, circundado por la risa de su séquito, me levantará y me dirá si deseo algún refrigerio, una copa, un café –tan de moda en ese momento– o un pisco. Acepto el alimento porque no he probado bocado en dos días. Saldrá el paje a cumplir el encargo mientras su majestad recibe el pliego que llevo resguardado en mi chaquetín.

Me dirá, mientras lo abre, que sabe mi recorrido desde Veracruz hasta la capital. Mis andanzas desde la posta hasta el castillo de Chapultepec donde el emperador me recibe ahora, ante la extrañeza de los notables. Damas, condesas, princesas, marquesas murmuran tras sus abanicos que quién es este hombre tan apuesto, gentil, gallardo. Los varones me ven con envidia, con admiración algunos, con furor otros pues se saben

preferidos por el emperador mientras que yo aun vengo a ponerme a sus órdenes.

Tomará, pues, mi petición en sus manos el emperador. Ordenará que me den el pisco labis ofrecido. El paje se apresurará a darme con una inclinación hasta más debajo de las rodillas, un bocadillo en una fina bandeja de plata. Una confitura salada, perdón por el contrasentido, un tentempié le dicen en México, en La Habana no tenemos nada de esto. Cuando se quiere comer algo para fortalecer el ánimo se toma un poco de chocolate disuelto en agua con un marquesote. Aquí me da el paje un taco. Una oblea de maíz que viene enrollada conteniendo un guiso de frijol con carne. Es delicioso, aunque colma el paladar.

El emperador termina de leer mi petición. Sonríe con ternura. Me ve como vería al hijo que no tuvo. Me ve como vería un padre al hijo que parte a la guerra. Se le iluminan los ojos y murmura algo así como necesito más súbditos como vos, Eduardo. Se volverá a ver al comandante de su ejército.

—Este joven quiere servirnos, Bazaine. Decidme dónde podremos aprovechar sus servicios.

Bazaine me mira con su gesto adusto, ese con el que lo retratará la posteridad poco antes de morir en 1888. No le simpatizo, lo notaré de inmediato.

—Majestad, los tiempos veleidosos que vivimos no pueden ser minimizados. Un joven como este podría ayudar mucho como sumiller de corps o como uno de los guardias de la emperatriz. No creo que debamos mandarlo a combatir contra generales hechos y derechos como Porfirio Díaz o Mariano Escobedo que han diezmando nuestro ejército.

Veré al emperador sopesar el argumento de Bazaine.

—No lo creo así, general.

Al decirle general distanciará su posición. Es galante el gesto de su majestad. Después continúa viéndome comer el tentempié.

—Creo que las oportunidades de los jóvenes dependen del talento de los viejos. Ofrecámosle una plaza. Una donde tengamos problemas, una donde el ambiente, la sociedad, el temperamento de sus habitantes no nos haya dejado imponer la salvación.

Veré a Bazaine hacer ese gesto que ya he comentado. Me verá, verá al emperador. Lanzará un suspiro que me hará pensar que piensa en mi juventud, en mi inexperiencia cuando en realidad está pensando en cómo va a deshacerse de mí. Por fin, lo veo mover las cejas y plegar los labios. Entonces dirá con su acento francés que no puede, no quiere, quitarse a pesar de tener casi dos años viviendo en México.

–Solamente está ese lugar, muy adentro de la selva, majestad. San Juan Bautista, en Tabasco, que como su nombre lo indica, tiene fama de cortar cabezas.

El emperador tronará los dedos como si fuera un prestidigitador de esos que nos asombraron de niños. Dejará los papeles en el escritorio para decir con beneplácito.

–¿Oye usted, Eduardo? –Me preguntará el emperador.

–Sí, –responderé y agregaré para que no quepa duda en Bazaine del talante que tengo. –Usted envíeme donde guste, majestad. Sus leyes y su protocolo serán impuestos donde esté su servidor.

Aplaudirá su majestad mi declaración. Bazaine se reirá por lo bajo. El zorro viejo sabe que esta plaza no es un lugar fácil. Es un lugar selvático, agreste. También lo son Cuba, Venezuela, la amazonia toda, me diré por lo bajo. Ahí los ejércitos de España hicieron conquistas formidables. Qué no podrá hacer el imperio más poderoso del mundo.

Tomará el emperador los galardones que le ofrecerá el paje en cojín de raso y cordones de oro. Impondrá los de general en mi hombro y los de gobernador en mi pecho. Después, sellará con presteza el nombramiento de gobernador plenipotenciario del imperio mexicano en Tabasco.

Saludaré noblemente, me inclinaré otra vez buscando la mano bienhechora. Nuevamente la evadirá su majestad.

–No soy una reliquia, Eduardo. Váyase pues y traiga buenas noticias pronto.

Responderé que así será. Saludo militarmente a Bazaine que me obsequiará un irónico ademán con la mano. Saldré a la sala de espera donde me aplaudirán los notables, las damas, los caballeros de las muchas cruces de honor repartidas por su majestad. El paje, el jovencísimo paje se acercará para decirme que quiere ir conmigo. Que será un honor servir a la patria bajo mis órdenes.

Sonreiré ante la ingenuidad del muchacho, ese bello muchacho de corta estatura, de músculos preciosos, de catadura juvenil, de dientes parejos y sonrisa deliciosa. Aceptaré sus servicios. Es el primer soldado de mis huestes. Abrirá la puerta de salida, se adelantará a mí y gritará muy fuerte: ¡Paso a su excelencia, el gobernador de Tabasco, Eduardo González Arévalo, por obra y gracia del emperador Maximiliano de México!

Frente a mí veré abrirse un porvenir dorado.

\*\*\*

¿Dejarás de soñar estupideces? Tú, a ti te hablo, Arévalo. Llevamos once días navegando en este paquebote de mierda y tú solo sabes dormir y soñar con que vas a ser grande.

Deja de soñar despierto, los sueños son para dormir a las mujeres, con promesas nunca cumplidas. O a los acreedores.

Sueñas despierto, dormido, recostado en la barandilla del barco o balanceándote en el chinchorro que mece el cuerpo a merced del agua.

Ah, cómo serás tonto, Arévalo. San Juan está hecho un polvorín que defienden los liberales. Esos que no quieren a los extranjeros, a los que no pertenecen al terruño.

Seguro que el majestá ni te recibió, ni lo viste. ¿Dónde traes el nombramiento, a ver? Nada. Ese papelito no sirve ni para limpiarte el culo. Si es que te lo limpias, claro.

No, no te pongas así. El majestá te vio la cara junto con sus soldaditos esos de plomo que mandó Napo. No te achicopales, Arévalo, seguramente algo viniste a hacer a estas tierras. Algo que será muy, muy grande. Ya lo verás, ya lo veremos.

## 215 días de terror

### 19 de junio 1863 - 20 de enero 1864 (I)

Del diario de José Panurgo, que no de su historia.

Pertrechados en Cunduacán, repeliendo la entrada de los invasores, pronto abandoné las letras de imprenta. Me enrolé en las fuerzas de los liberales nuevamente. Peleábamos desde la oscuridad y eso nos proporcionaba ocasiones de ganar y ocasiones de perder, pero lo más importante era que cada nuevo golpe asestado a las pomposas milicias de González Arévalo eran cantos de gloria en nuestros oídos. Sin embargo, pronto, el cruel Arévalo supo dónde asestarme un golpe muy bien dado.

Reunió el aventurero, porque nunca estuvimos seguros si realmente el majestá lo nombró gobernador, un ejército de mercenarios, piratas, ladrones, asesinos. El peor de todos era un jovencito que venía con él de quien pensamos era su mujercito. No, supimos que, aunque refinado en sus gustos, Arévalo era un jayán de la peor especie. El jovencito era su lugarteniente, su cicisbeo, su seguidor de mujeres. Esa era su hoja de servicio. Era quien se infiltraba en la sociedad, atisbaba quién era rico y quién no para informar al gobernador que de inmediato enviaba a su ejército.

El ejército iba a la casa o negocio y robaba, saqueaba, violando además a las mujeres de la casa –criadas, doncellas, niñas o matronas–, escudándose en las indicaciones de Arévalo que así cobraba impuestos, prebendas, consignas del majestá que nunca fueron claras para nadie. La población, indignada, pronto comenzó a soliviantarse.

Se levantaron en armas el coronel Sánchez Magallanes primero secundado al poco tiempo por los hermanos Bastar Zozaya y en la Chontalpa chica, los hermanos Gregorio y Pedro Méndez de quienes ya hablé en algún momento. Por parte de la Sierra, el coronel Lino Merino y por Pichucalco, los hermanos Eusebio y Cornelio Castillo. El maldito

Arévalo se puso morado, verde, azul y colorado. Mandó a su ejército de marras con órdenes de acabar con los insurrectos. Al poco tiempo volvían los facinerosos con la cola entre las patas. A veces, volvían con trofeos, caballos, dinero, armas de artillería que arrebataron a las huestes liberales. No supieron nunca con quién se metieron.

Las huestes liberales, envalentonadas por la derrota francesa el 5 de mayo, se enfrentaron valientemente, bajo el mando del general Ignacio Zaragoza, al ejército del Segundo Imperio francés, dirigido por Charles Ferdinand Latrille. El resultado fue la victoria contundente de los mexicanos. Es significativo que el 5 de mayo se puede señalar como la principal celebración que conmemora la población mexicana en muchos lugares del mundo. En la Batalla del 5 de mayo el mando francés concentró su esfuerzo en el Fuerte de Guadalupe, por lo que lanzó un primer embate a este punto. A pesar de la superioridad en armamento de las fuerzas de Lorencez, y el apoyo de militares del bando conservador mexicano, fueron detenidas por las tropas nacionales. El ataque francés hacia el Fuerte de Guadalupe se repitió dos veces más, sin embargo, los soldados mexicanos lograron rechazarlos en ambas ocasiones y provocar con ello la retirada francesa. Ante tamaña derrota, pensamos en San Juan, qué nos duraban los mugrosos imperialistas.

Así las cosas, llegué a San Juan una mañana, aun el picor de la pólvora en mis manos, con la ilusión de ver a mi padre. Lo encontré en la imprenta. Trabajaba. Me daba gusto verlo trabajar pues cada día lo veía más apático y con la consabida cantaleta de los viejos: Ya me voy a morir, ya no sirvo para nada, lo que provocaba sonrisas en mí, así como una desazón terrible en mi madre. Estuvimos charlando un buen rato hasta que descubrí algo que me enfureció sobremedida.

El viejo imprimía un vil pasquincillo titulado El orden, órgano al servicio del imperio con el que los partidarios de éste se atrevían a regañarnos, sermoneándonos por liberales y juaristas. ¿Cómo es posible, papá? ¿Has perdido la vergüenza, el juicio, cuánto te paga el infeliz Arévalo por imprimir sus mentiras? Por mucho que sea es poco para la ruindad que cometes. Mi viejo me dejó hablar. No sabes lo que es morir de hambre sin que nadie te ofrezca cómo ganarte el pan honradamente, José Panurgo. Hago mi trabajo, me pagan, eso es todo. No, papá, eso no

es todo, esto es vil, es basura imperialista contra Juárez, contra mí, contra Castillo, Méndez y todos los que peleamos por una justicia que los güeritos franceses y los secuaces de Arévalo no quieren darnos. Para ti todo es muy fácil, José Panurgo, pero los que ya somos viejos debemos velar por los nuestros, y tú eres de los míos, hijo. No, ya no, y salí de la imprenta jurando no volver a ver a mi padre mientras imprimiera el atroz pasquín.

Esa tarde, varios compañeros y yo nos disimulamos y nos fuimos a pasear por Plaza de Armas, hasta llegar al Casino Tabasqueño, en mi querido San Juan. Era uno de esos momentos de calma chicha en la refriega. Allí vimos a las muchas damas casaderas y hermosas que tuvo la capital, a los apellidos más celebrados en bodas y saraos, pasear exhibiendo su deleite por Plaza de Armas, ir como los reyes del breve imperio que fue San Juan Bautista hasta llegar al Casino donde seguramente, habría baile y jolgorio. ¡Daba pena estar casado, por vida de...! Pero así era la cosa, yo estaba casado y la inmoralidad de mi matrimonio me amargó mucho más. Nunca supe que así iba a vivir hasta que ocurrió la muerte de mi padre.

Más se recrudeció mi amargura cuando vi salir de su casa, que hacía las veces de palacio de Gobierno, al militarote aquel, González Arévalo, con su runfla de achichincles. ¡Ya lo odiaba, mucho, sí! Por ladino, por vendepatrias, por cabresto. Más lo odié esa noche cuando hizo a un lado al petimetre atildado que bailaba con una de las damas y se puso a bailar con ella. Mi odio se tornó en breve admiración. ¡Qué bien bailaba el muy...! Sin perder el compás, a tiempo, marcando con sus botas el ritmo de la mazurca, del vals, de la gallarda. Pero lo que hizo que mis ojos se deslindaran de las dotes eutéricas de mi odiado enemigo, fue la dama con la que bailaba el tal. Qué porte, qué delicia de ojos, qué belleza en sus movimientos, qué donosura en su paso. Alelado, seguí el chismorreo de unas señoras ya entradas en años que se secreteaban tras los abanicos.

Según las mujeres, la joven era hija de un matrimonio ilustre de Cunduacán. Don Juan Fernández Veraud y doña Leonarda de Fernández Veraud, dueños de la finca llamada Santa Rosalía y padres de la joven y de un hijo llamado Cándido, de quien según don Arcadio Zentella, ese conspicuo historiador de la Chontalpa chica, era un joven al igual

que su nombre... cándido hasta la pared de enfrente, por no llamarlo de otro modo menos decente. González Arévalo, aprovechándose de su condición como espurio gobernador de Tabasco, pretendía a la hija y los padres estaban de acuerdo en casarla con el usurpador, más por miedo que por convicción propia.

Entonces me puse fúrico. ¿Qué pretendía el milarote este? ¿Robarnos las doncellas, así como estaba robándonos la honra? Me condolía ya de la chica cuando un vuelco del corazón me hizo verla detenidamente. Era ella. Sí. La niña que se acercó a consolarme aquella otra ocasión que peleé con mi padre. Ella, la que me dio un beso quedándose con mi corazón, con mi ánimo, con todos mis deseos. Fidencia. Sí, Fidencia, la del arrebol en la mirada y los labios en flor, me dije recurriendo a los más deslizados poetas de aquel tiempo. Era ella, Fidencia, Fidencia en manos del traidor. Ah, pero no iba a quedarse eso así.

La dama, mi hermosa y adorada Fidencia, se negaba a participar de estos amores por no considerar al enamorado a su altura y por buena patriota. ¡Coño, me dije, si yo hubiese estado soltero! Pero como el malvado Arévalo era muy buen bailarín, según las damas del abanico, ya pronto iba a rendir el carácter de la arisca doncella. Ah, pérfido, pensé otra vez, así que quieres quitarle al vergel cunduacanense su más hermosa flor pensando que aquí no hay hombres. Sí, decían las viejas, hoy cede la moza y se lleva gobierno y todo entre las piernas de... bailarín de Arévalo. Viejas chismosas.

Mi primer impulso fue lanzarme contra el malhadado y quitarle la moza, lo cual era una temeridad grande cuanto que sus esbirros estaban por todo Plaza de Armas. El baile seguía pues el cochino pedía y pedía con el ánimo de forzar a su pareja a pedir clemencia queriendo sentarse (dama cansada, pieza ganada) y ordenaba a la banda un ritmo tras otro cual si diese órdenes militares (¡gavota, polka, minué, zarabanda, gallarda, mazurca, polonesa, galopas, barcarola!) haciendo que las demás parejas se alejaran de la pista de baile, ya exhaustas, y sólo quedaran él y mi amada dando muestras de vigor y de juventud altanera, pues si él quería vencerla, ella no se iba a entregar tan fácilmente.

Mi odio crecía mientras nadie hacía nada y el hermanito veía los esfuerzos de su futuro cuñado cuán cándido era. Fíjense cuán cándido

era Cándido. Los padres, sentados en los lugares de los mayores, solo veían los esfuerzos de su hija por no rendirse, suplicándole con la mirada que cediera a los requiebros del usurpador. Impotencia, eso sentí en ese instante encontrándole sentido a la palabra vista muchas veces en los libros del barón. Impotencia, cruda y salaz por no poder hacer nada. La muchacha volteó a ver a sus padres. No había nada que hacer. Les pedía auxilio. Don Juan y su esposa suspiraban. Su hija iba a entrar en razón, domada cual bestia en los corrales cunduacanenses.

Hasta que me enojé de veras. Pero mi enojo no estuvo hermanado con la insensatez. Se me ocurrió un plan, algo más o menos chusco pero eficiente. Tomé unos dulces, de aquellos redondos, de la bolsa que unos niños dejaron junto a las mujeres del abanico. Caminé hasta el lugar donde Arévalo estaba efectuando una de las figuras de la gallarda y lancé los caramelos discretamente por el piso, haciendo que se entremezclaran entre las botas del general. Dio traspies y zapatetas, que los circunstantes creyeron parte de la danza y aplaudieron a rabiar mientras el director de la banda de música, creyendo a su vez que era otro de los ritmos extraños solicitados por González Arévalo, imprimió más brío a la banda para ejecutar un *sciassé*.

González Arévalo cayó como caería unos meses más tarde, de golpe y porrazo. Cuando los circunstantes se dieron cuenta de que eso no era danza sino atroz resbalón, se mordieron los labios. ¿Cómo iba a desquitarse González Arévalo de quienes se rieron de su caída? El general tomó las cosas por lo sano. Se levantó enfurruñado, pero al poco rato se reía de su mal paso, convidando a todos a tomarse una horchata fresca para aliviar “la calor”, como él decía. Mi amada se dio la vuelta y regresó con su familia instándolos a irse. Arévalo quiso detenerlos, pero el ánimo de mi amada lo hizo recapacitar. Pronto será diferente, murmuró Arévalo en los oídos de la moza mientras ponía en sus manos un vaso con el blanco líquido, burda analogía de lo que le esperaba a la dama. La rabia hizo temblar la mano de mi amada, derramándose la horchata. En mis venas no corría horchata sino sangre. Estuve a punto de buscarle los bigotes al muy... cuando una mano se posó en mi hombro. Déjelo, me dijo, ya habrá ocasión. Me volví. Era un joven. Alto, no desaliñado, aunque se limpiaba el sudor a cada rato con un albo pañuelo que tenía,

a veces en el bolsillo, a veces en la mano. Su faena con los caramelos fue muy oportuna, si seguía bailando con ella, Fidencia era capaz de rendirse. Sí, le dije.

Me presenté, pues eso de andar hablando con desconocidos no era lo mío. Oh, claro, dijo con un leve acento, parecido al que tenía el barón, permítame, soy Agustín Lutzow, dijo españolizando el nombre. Me cayó bien el alemancito aquel, perdido en tierras del sureste, y como tenía el recuerdo vivo de mi amigo el barón, lo convidé a tomarse un café conmigo. Hablamos, hablamos, hablamos. De la nueva arremetida contra el Imperio, de la tremenda figura de González Arévalo, de su próxima caída, teniendo que entregarle la plaza al general Manuel de la Vega, de la juventud del gobernador de Tabasco y de su obsesión por Fidencia, de Sánchez Mármol y de las glorias que iba dando la tierra cunduacanense.

¿Crees que se dé la salida pronto de este cabresto?, pregunté a mi nuevo amigo, ya tuteándonos. Sí, contestó, hay cosas que ni el Imperio puede dejar pasar, mira lo que comenta El orden de esta semana, por ejemplo, da por sentado que la lucha de los liberales, al mando de Juárez, no es más que para desestabilizar al país y que su ambición máxima es tener un título o una condecoración nobiliaria próximamente, lejos de la vergüenza de haber sido opositores al gobierno de su majestad. Me sonrojé pues la publicación mencionada, El orden era impreso en el taller de mi padre, por lo que habíamos roto con fanfarrias y platillos esa mañana. Me dolió, pero nunca volví a poner un pie en la imprenta, nunca hasta que murió. Sin embargo, la charla con Agustín Lutzow, como empecé a llamarlo, fue memorable en mi vida. Aprendí a reconocer un pensamiento de otro, a escuchar con agrado el desmenuzamiento de intereses filosóficos, a distinguir entre corrientes del conocimiento, así como las literarias. Lutzow fue uno de mis mejores amigos de aquel tiempo.

Hablaba mucho sobre la utopía del escritor Joaquín Fernández de Lizardi, nombre desconocido para mí, y sobre los riesgos que éste indicaba para tener una república de veras justa, basada en leyes igualitarias para todos. Bueno, respondía yo, según la Constitución de 1857, somos un pueblo libre. Sí, libre mas no soberano, mas no igualitario, contestaba Lutzow. Debe pugnarse por una igualdad de castas, de ingresos, de oportunidades, agregaba tomando sus lentes, limpiándolos de la

humedad recalcitrante. Vives en una nación ajena a los postulados de la Independencia aun cuando estos fueron verdaderamente interesantes. Tabasco, por ejemplo. ¿Cómo te imaginas un representante como Arévalo en tierras donde pocos comen una vez al día? Se creen los políticos que con su patriotismo y su buena intención basta. Creen que citando a Constant, a Filangieri, a Montesquieu, a Payne, a madame de Stäel, a Bentham y otros clásicos de la política pasarán por sénecas.

Además, teniendo nociones de la constitución inglesa y del código napoleónico, tenemos políticos de primer nivel... según ellos. Pero el patriotismo, me aventuré a decir y mi amigo sorbió su café diciendo: Esa virtud ayuda, pero no basta. Un charlatán en medicina, por mucha caridad que tenga, matará a cuantos enfermos pueda. Un charlatán político dictará malas leyes por mucho patriotismo que rebose. Y al final de sus argumentos, Lutzow ejemplificaba con verdaderas muestras de la inteligencia mexicana. Opinaba maravillas de su constitución política de un país imaginario, que le vendría muy bien a países reales como México.

Al preguntarle cuáles serían estas medidas a tomar en su constitución, me daba una lista:

1).- Son ciudadanos todos los hombres que sean útiles de cualquier modo a la república, sean de la nación que fuesen.

2).- Los derechos de los ciudadanos serán los mismos que la naturaleza nos concede de libertad, e igualdad, seguridad, y propiedad.

3).- Todo ciudadano que posea tales virtudes, será acreedor a obtener los empleos de primer rango, sin exigírsele que tenga rentas o caudal conocido, por no ser justo que la virtud y el mérito se castiguen como crímenes por la mezquindad de la fortuna.

4).- Ningún ciudadano será conducido a la cárcel pública por delitos que no irroguen infamia, como el robo, el asesinato, lenocinio, etcétera; sino que será conducido a una prisión decente que se denominará: *Departamento correccional*.

5).- En los templos o concurrencias públicas, los que tengan suspensos o estén privados de los derechos de los ciudadanos, cederán el asiento a los que estén en posesión de ellos.

Y así continuaban los capítulos y artículos de aquella ley para los países imaginarios que, según mi interlocutor, le había de hacer mucho

bien a México. Nos despedimos como grandes amigos y quedamos en verno pronto para seguir tratando de las leyes y las historias de los países imaginarios. Nunca supe que nos veríamos más pronto de lo que se pretendía ni que seríamos compañeros en una de mis andanzas por ese Tabasco mío que tanta cólera derramaba gracias a los malditos imperialistas.

## Del diario de Diógenes López Reyes, historiador

Repentinamente el 17 de junio de ese año (1863), por la noche, se presentaron por el Grijalva frente a San Juan Bautista, el barco de guerra intervencionista, *El conservador* (a) *el Guaraguao*, con las canoas francesas *La Corine*, *La Tourmaine* y *La Pique* con tropas escogidas en más de 150 hombres, conducidos por el comandante conservador Eduardo González Arévalo. Situado *El conservador* frente a la desembocadura del arroyo del Jícaro, hoy primera de Zaragoza. Al día siguiente el comandante Arévalo intima la rendición de la plaza de San Juan Bautista, a lo que se negó a mediodía el gobernador Dueñas, era jefe de la plaza tabasqueña el comandante don Francisco Vidaña. A las tres de la tarde comenzó el tiroteo por los barcos intervencionistas contra la plaza, siendo las primeras víctimas el joven tabasqueño de 18 años Pedro de Ampudia, hijo del general del mismo nombre que en 1844 fue gobernador de Tabasco. Pedrito de Ampudia (como le decían) era empleado del Gobierno y murió por una bala de cañón que cayó en el puente de Ampudia que comunicaba las calles del Comercio y la Soledad (hoy Juárez y Venustiano Carranza). También murió Apolonio González y algunos más, resultando gravemente heridos el comandante Vidaña en el tórax y el abanderado y corneta de órdenes, Doroteo Reyes en la pierna derecha.

\*\*\*

El 15 de septiembre hubo una gran función patriótica en el Teatro San Juan, donde se coronó con laurel a Arévalo, diciendo el discurso oficial el licenciado don Marcelino Burelo.

\*\*\*

El 6 de octubre de ese año, daba el grito de insurrección contra el gobierno intervencionista de Arévalo en Tabasco en la villa de Cárdenas, el capitán Andrés Sánchez Magallanes, en tanto que en la de Comalcalco, don Gregorio Méndez Magaña, hermano de don Pedro, tenía juntas secretas con don Regino Hernández y don Mamerto González para levantarse en armas, como desconfiase también Arévalo de don Gregorio, comerciante, le impuso la pena de expulsión del Estado, concediéndole ocho días para preparar sus asuntos.

\*\*\*

11 de octubre.

Al entrar Arévalo en Cunduacán fue bien recibido por los aristócratas de esa población, decidiendo atacar inmediatamente a Comalcalco y sorprender a los insurrectos de esa villa en donde después de cambiar varios tiros con la gente de Méndez, ocupó la plaza, haciendo dispersarse a los rebeldes, los que perdieron un soldado, Gil Flores, un herido José de la Cruz Broca, perdiendo pólvora, armas, una corneta y una caja de parque, dirigiéndose en su mayoría rumbo a la costa, hacia Paraíso, reconcentrándose después en la finca rural del señor Rogelio Pérez, donde estaba don Gregorio Méndez y conducidos hasta allí por el comandante don Regino Hernández.

\*\*\*

El 1° de Noviembre al amanecer se presentó al comandante Méndez el campesino Abraham de la Cruz, enviado por el dueño del rancho de *La Trinidad* señor Eulalio de la Fuente, para avisarle que el comandante González Arévalo marchaba por tierra, desde San Juan Bautista con tropas de infantería y caballería y un cañón, para atacarlo en Cunduacán. Inmediatamente, los jefes del movimiento se reunieron en consejo de guerra, decidiendo resistir el ataque de los intervencionistas en las inmediaciones de Cunduacán, en un lugar llamado *El Jahuactal*, en el camino de San Juan Bautista, donde se dispusieron a 300 hombres de infantería a los lados del camino, 50 de caballería en los flancos para evitar

sorpresas, quedando todo en la siguiente forma: 4 exploradores de a caballo a las órdenes del teniente Juan Solís al frente, la primera compañía de Cárdenas de 50 hombres, con su capitán Antonio Reyes Hernández, fueron emboscados al lado derecho del camino en el punto más avanzado, encargados de atacar la retaguardia del enemigo, la compañía de Huimanguillo al mando de su capitán Anastasio Gil con 50 hombres emboscados a la izquierda del camino, como a unos 40 metros de la de Cárdenas para evitar cruzar sus fuegos con la línea anterior, siguiéndole después la segunda de Huimanguillo, con 40 hombres al mando del teniente Eligio Escudero, primera compañía de Hidalgo, con 45 hombres, al mando del capitán José A. González, y finalmente la compañía de Libres Costeños, de 30 hombres, con su capitán don Encarnación Alejandro (...) La reserva estaba constituida por la segunda compañía de Cárdenas compuesta de 40 hombres, al mando del teniente Antonio Adriano, casi a la entrada de la población.

\*\*\*

A las 11 de la mañana del día 1º de noviembre de 1863, se levantó el campo de *El Jahuactal*, por las tropas republicanas, cuyos trofeos consistieron en una pieza de artillería de a 4, con 133 botes de metralla, 12 cajas de parque para fusil, 70 fusiles, 10 mosquetes, 17 lanzas, 3 espadas y 15 caballos ensillados.

\*\*\*

Ante el descontrol y la ingobernabilidad que existían en el estado, la regencia del imperio decidió destituir a Eduardo González Arévalo como gobernador de Tabasco, nombrando en su lugar al General Manuel Díaz de la Vega quien llegó a San Juan Bautista el 20 de enero de 1864, logrando entrar a la ciudad por el único punto de acceso controlado por los franceses: el río Grijalva. Después de su salida, Arévalo se trasladó a la ciudad de México, donde continuó sirviendo al gobierno imperialista.

### **El artillero del amor. (Intermedio).**

No pos sí. En ese puesto hay que tener dos cosas, muy buena vista y mucha paciencia. De repente los de nuestro bando se atraviesan. Por más que les dices que se quiten, que esta madre mata, que no son dulces lo que les va a caer, nada. Se quedan pasmados viéndome cargar el cañón, poner la artillería a pleno, descomponer el bosque para que el musgo se adentre bien y provoque buen estallido. Mis dos piezas de artillería estaban hechas de hierro, con algunas capas de metal, lo que hacía casi imposible la corrosión porque utilizábamos mucha pólvora en nuestros avances. Una pieza de estas debe estar muy bien forjada. Sé de algunos artilleros a los que les explotó en plena cara, quedándose sin ella. Me da coraje que mis paisanos no entiendan.

Creen que esto es un juguete. Como los que nos regalaban nuestros padres por navidad o reyes, allá hace mucho tiempo. Incluso esos juguetitos se han puesto re caros. Lo más que pude comprarle a mi muchacho fue un caballito de esos de palo pa que jugara con él a los soldados cantando aquello de *caballo de pita, caballo de lana, vamos a la guerra del cojo Santa Anna*. ¡Cabrones muchachos! A todo le sacan estribillos, burletas o cancioncitas de risa. Como esa de Santa Anna. Por eso me da coraje que no entiendan que este cañoncito, como le dicen, mata. Hay que tener ya preparados los saquitos con pólvora. Después revisarlos muy bien, que no esté húmeda, que se retaquen fácilmente, que huelan a gloria, a triunfo... a veces a muerte. Ah, sí, sí. Los versitos...

Pos no me digas de estos versitos que le sacaron a don Arévalo. Está bien, ¿quién lo manda a venir a joder aquí en nuestro estado? Bien se sabe, el tabasqueño no tiene pelos en la lengua. A poco de llegar se puso de grillo y farolón, no que si la alcabala no alcanza, que si los impuestos, que si la desorganización militar. Más hablaba así con su vocecita esa checha, ceceando como si fuera español el muy ladino, más nos caía mal el tal Arévalo. Sobre todo, cuando se puso a beber en el Casino, sacando a bailar a las damitas de sociedad, así sin pedir permiso a los papás. No es que nos caigan bien los señores esos linajudos, los perfumaditos esos, pero qué cabrón don Arévalo. Irse a meter con los dueños de fincas, haciendas, terrenos y casas. Enseguida los señores se levantaron y se fueron. Pos al otro día, llegan los soldados del imperio a los negocios y

que decomisan sacos de harina, de azúcar, de arroz, de frijol. Se llevan las especias, las bebidas, las latas de galletas, así como los embutidos. Los señores, avisados por los dependientes, sangrando alguno que otro porque los soldados les dieron con la culata de los rifles en el mero jocico, corrieron a ver qué pasaba.

Los soldados igual golpearon a los señorones. Uno más que otro dejó que se llevaran los bastimentos. Otros se pusieron al brinco y la guardia los detuvo llevándoselos al cuartel. No lo creían los señores. Los tuvo detenidos, que no presos, aclaraba a cada rato, muchas horas. Las familias venían a ver qué pasaba con sus esposos, padres, hijos, hermanos. Fue inflexible el tal por cual. Cuando las señoras casi se arrodillaron pidiendo que los dejara salir, fue cuando los señores comenzaron a gritar desde el enrejado. ¡A ver, Arévalo, cuánto quiere por nuestra libertad! ¡No te arrodilles, Juana, Elvira, Moraima, Rosa! ¡No te arrodilles! Ahí don Arévalo puso condiciones sonriendo como un tigre relamiéndose el bocado. Tanto por resistirse, tanto por cada saco de más que encontraron, tanto por no saludar militarmente a la insignia del majestá. Tanto por decirle su nombre así nomás, como si fuéramos hermanitos, como que no, ¿verdad? No, pos qué joda se llevaron los ricachones estos.

El caso es que don Arévalo no se conformó con sacarles dinero a estos. Después volvió sus ojos a los más pobres de la villa. Como no teníamos dinero, comenzó a decir que le enviásemos a las hijas para que lo atendieran. Ah, no pos sí, mira qué abusado salió don este. Comenzaron las familias a esconder a las muchachas. Comenzaron incluso a esconder a los muchachos, porque al no encontrar mujeres, se llevaban a los jóvenes para ser soldados. Soldados del imperio, además. Qué poca... Muchos nos opusimos y el muy jijieputa ¿no mandó azotar a dos o tres? Entre ellos a mi compadre Chon. Quedó el pobre más ñengo que cuando tuvo la malaria. El castigo del látigo se volvió como que muy común en San Juan. Ya esperábamos después de la faena que vinieran los soldados del muy jijuelagranpuc por alguno de nosotros. Mi edad y mi socarronería dieron al traste alguna vez, por lo que me escapé. No siempre resultó de ese modo.

Una noche, mientras festejábamos en Santa Cruz una fiesta donde lucieron nuestras mujeres sus vestidos más hermosos. No lo hubiéramos hecho. Vinieron los tales por cuales y deshicieron las mesitas que

tanto cariño pusieron nuestras madres y esposas. Cuando llegamos los hombres, los pinches soldados ya se habían ido llevándose la comida y bebida, tirando los manteles y meándose los jijueputas sobre todas las viandas. Ahí se comen eso, decían riéndose. Qué coraje. Fuimos una comisión a ver a don Arévalo. El muy cabrón se comía un pan de caja con la carne que prepararon para la fiesta. Con la boca llena dijo que qué queríamos. Comenzamos a hablar todos al mismo tiempo. Ese fue nuestro error, creo. Debíamos haber nombrado uno que hablase por todos, pero no pensábamos correctamente del coraje. El tal mandó a sus soldados a que nos echaran agua y si no nos íbamos de inmediato, que nos dispararan a los pies. Nos fuimos, mojados, encabronados, jurándole a don ese que nos la iba a pagar. Como fue.

Cuando nos convocaron los hermanos Bastar Zozaya y don Andrés Sánchez Magallanes, no lo dudamos ni un momento. Yo fui cohetero, le dije a don Gregorio Méndez. Sabía para qué era la pólvora. Fui ducho en hacer explotar arsenales, bodegas, casas. Sabía qué hacía un cañón de esos que estaban ahí empaquetados porque nadie se atrevía a desembalarlos. Lo hice de inmediato. Separé mechas, saquetes, obuses, balas, yescas para encender el fuego. Lo alineé esperando la revisión de los superiores. Cuando pasaron el coronel Méndez y su hermano Pedro, junto con los oficiales ya nombrados, se sorprendieron por la corrección con que puse todo para utilizarlo de inmediato. Me cuadré. Enseguida, mi coronel Méndez me nombró artillero. Así que a la tarea me puse. Preparé y limpié las piezas de artillería con más esmero. Balazos limpios, que destruyeran, no que se hicieran como luces de Bengala. Que dieran en buena diana, aniquilando enemigos, no eran para acariciar. Me reía mientras acomodaba las piezas. Pedí un ayudante. Me asignaron un hombre más o menos de mi edad, llamado Nazario. Lo aleccioné de inmediato en el manejo de los bastimentos. Le hice ver muy bien que la pólvora y las balas podían matar enemigos, pero que cualquier descuido podría matar alguno de nuestro bando. Dos cañones eran nuestro arsenal. Entonces vino la jocosa historia que es más leyenda que certeza.

A un cañón los soldados le pusieron Fidencia en honor a la dama que rechazó al tal Arévalo. Al otro le pusieron Cándido. Los hermanos Fernández Veró ya habían huido para que ella no se casara con el

jijuelagranpuc más grande que haya pisado nuestro suelo. Los soldados ensalzaban el hecho como una acción guerrera, loándola y exagerando su sentido del deber. Y era muy agradable escucharlos gritar cuando me veían con la yesca en la mano: *¡Arévalo, ahí te manda un besito Fidencia!*, porque era el cañón que disparaba en ese momento. O cuando enfilábamos al otro, al llamado Cándido, contra las tropas del majestá, le gritaban henchidos de fervor, de dignidad, pero del mismo modo, de chacota y burla: *¡Arévalo, aquí te manda un abrazo tu cuñado!* Antes de poner la yesca, después de haber retacado el saquete con la mecha y la pólvora, la bala o el obús, hacía un bailecito al son de aquello de *Adiós, mamá Carlota, adiós mi tierno amor* que era como el himno de los juaristas en todo el país, entonces disparaba yo a los hermanitos Fernández Veraud con gusto y mucha puntería.

No pocos estragos causé entre las tropas del imperio. Una, otra, otra, otra. Se dispersaban los muy jijueputas al ver el bailecito aunado a los gritos de la tropa y el bailecito coreado por todos, viéndome agitar la yesca anunciándoles que ahí les iba otra bala, otro besito o abrazo de mis piezas fatales. Muchos soldados cayeron al son del son o de los cañonazos. Muchos se pasaron al lado nuestro viendo que estaba perdida la causa del majestá y con él la del maldito don Arévalo. Sin embargo, la que falló un día fue Fidencia. Inconstante como las mujeres, me dije mientras recogía los pedazos de cañón. A ver, les cuento.

Una tarde estábamos muy quitados de la pena tendidos cual guiñapos esperando un avance de los contrarios. Era finales de octubre, lo recuerdo bien. La guerra se mantuvo en una calma chicha que nos daba en la madre. Todos tirados en mitad de la trinchera, sin hacer poco más que abanarnos con los sombreros, tan dura era la calor. Cuando escuchamos un tiroteo desde el campo enemigo. Disparaban rompiendo la calma, esa calma conjurada con el calor que nos hacía sentirnos apabullados. Tocó a zafarrancho nuestro corneta. Acomodé las piezas de artillería, primero a Fidencia, la heroína nuestra. Más atrasito a Cándido, que como era un muchachito de esos distinguidos, no le gustaba embarrarse los zapatos, las ruedas en este caso, de lodo. Salieron nuestros muchachos con empuje y desafío. No nos dimos cuenta de que era una aña-gaza de estos jijosdelagran puc... Aparecieron por todos lados los de

Arévalo disparando, sacándole brillo rojo a los nuestros. Rojo porque la sangre brillaba al primer destellazo del sol.

Ah, mira nomás qué cabroncitos, dije. Mi ayudante iba a ya a coger un fusil. Lo detuve. No, no. Ayúdame aquí a mover a Fidencia para apuntalarla contra esos. Así lo hizo. Enfilé a Fidencia con mucho tino. Entonces hice el ritual de siempre. Metí la bala, retaqué, puse pólvora suficiente. Inicé el bailecito que nadie cantó por estar más pendientes de lo que sucediera que de otra cosa. Tomé la yesca y grité bien fuerte que ahí le iba un besito de Fidencia, con todo cariño para don Arévalo. Terminé mis dos pasitos de baile y prendí la mecha. Disparé. O más bien, ese día Fidencia no quiso darle un besito a su enamorado. No encendió la mecha. Es decir, encendió. No detonó.

Qué raro, me dije. Pensando qué habría ocurrido no me di cuenta de que mi ayudante, Nazario, metía la cabeza en el cuello del cañón. ¡No, no!, grité. Ya era muy tarde. El cañón disparó llevándose la cabeza del pobre soldado ese, tan pendejo como para querer ver la falla del cañón por dentro. Cayó el cuerpo al pie de Fidencia que lo vio como diciendo, Otro más que muerde el polvo por mí.

Reprimí lágrimas de coraje, de impotencia. No podía perder tiempo. Cargué el cañón aún más rápido que nunca. Obvié el ritual del bailecito, el disparo, la andanada y encendí la mecha nuevamente. Fidencia volvió a fallar. No disparó. No estaba ese día para besos la señorita. Por eso me pescaron los jijueputas estos imperialistas de mierda. Cayeron sobre mí, sobre la pobre Fidencia y le dieron con todo. Cándido se salvó porque puso pies en polvorosa, es decir pudieron rescatarlo los muchachos defensores. Bueno, el caso es que Fidencia, veleidosa y marrullera, como todas las mujeres, se disparó en ese momento, aprovechando que tenía dos cargas listas, lanzándonos a muchos imperialistas y a dos o tres de nosotros por los aires. Entre ellos yo.

Aquí, en estos pagos, desde las nubes, veo cómo sigue la batalla. Vamos ganando, eso sí. Una argucia de mi coronel Méndez, o de su hermano, es la que dirimirá esta batalla, ya sin mi cañón preferido, ese al que llamamos Fidencia.

## **215 días de terror.**

### **19 de junio 1863 - 20 de enero 1864 (II)**

Del diario de José Panurgo, que no de su historia.

Pronto llegó la destitución de Arévalo como gobernador, quedándose sin embargo en San Juan como jefe militar de la villa. Era enemigo todavía peor pues sus habilidades eran más de la milicia que de la administración pública. Peleábamos contra el ejército imperialista una vez más, queriendo expulsarlo de San Juan. Nuestras huestes estaban cansadas, ajetreadas y una noche, cuando no debía quedarme dormido pasó exactamente lo contrario. Me dormí. Despertaron mi sueño susurros y murmullos provenientes de la puerta de salida, misma que el sueño me distrajo de vigilar. Y ahí los vi. Eran tres. Tres señoritos muy bien atildados que escapaban sin dar santo y seña, aprovechando la somnolencia de este tonto que ahora les escribe. Los detuve y empezaba a dar la voz de alarma cuando el más jovencito de los tres que se me echa encima, me derriba de un golpe y me quita el fusil amagándome con él.

¡Déjalo!, gritó otro, ¿qué haces? Estoy cansada de que me jodan los machos, dijo el que me apuntaba con la culata del arma encima de mí. Ah, qué la que se cayó..., pensé. Este tiene voz de pito y maneras de señorita. ¿No será de esos que salen a la hora de los carnavales, manolonas vestidas de mujer, pero con sendos bigotazos? El tercero, el que se había quedado más allá, encendió una yesca y a la luz lo reconocí. Era mi antiguo compañero de la república imaginaria, Agustín Lutzow. Dígale que me suelte, le dije al ver que me reconocía. Déjelo, le dijo a mi atacante, es amigo, de nuestra causa.

Perdón, dijo el que me tumbara de tal modo que aún me duelen las costillas al recordarlo. Cuando la luz alumbró sus facciones, me di cuenta de que era una dama, la dama misma que había resistido los embates bailarines de González Arévalo en el baile allá en Plaza de Armas.

Mis compañeros y yo, dijo Lutzow, venimos huyendo. Ella es la señorita Fidencia Fernández Veraud, y éste es su hermano Cándido. Cándido, así como su nombre, seguía cándido. Pero Fidencia..., ella era violencia dentro de la paz y guerra entre la banalidad del pueblón aquel que era San Juan. Vamos huyendo, dijo ella. ¿De quién? Es una historia muy larga, necesitamos alguien que nos guíe hasta el vado más cercano, ahí nos espera un bote de remos con el que huiremos a Frontera, de ahí veremos cómo llegar a La Habana. Mientras los escoltaba al bote, me contaron sus cuitas.

Los papás de Fidencia, don Juan y doña Leonarda, hicieron todo lo posible porque su hija casara con el curioso general Arévalo. Viendo la muchacha que todo era imposible, que sus argumentos de nada servían para deshacer los planes de sus progenitores y que González Arévalo ya había mandado hacer a Nueva Orleáns una vajilla con sus nombres entrelazados, así como un elegante vestido de novia, amenazó con huir si se la obligaba a casarse con el aventurero aquel, aquel buen bailarín, pero enemigo encarnizado de su patria. No hay más que hablar, dijo don Juan, la boda se celebrará mañana. Fue cuando aparece en escena mi amigo aquel de la república imaginaria, el atildado alemancito llamado Agustín Lutzow, con una solución al problema, tan novelesca como los detalles de su constitución de la república ya mencionada. Propuso a Fidencia que huyese vestida de hombre, a la manera de las noveluchas aquellas – *Rocambole* o *Los Pardaillan* – donde las heroínas escapaban de sinos tremendos como el que sus padres les deparaban vistiéndose de muchachos y engañando a nobles y plebeyos, soldados y civiles.

Así, protegidos por las sombras de la noche y trayendo a su hermano, pues Fidencia era una señorita que no escapaba por locura sino por defender su honor y sus creencias sociales, huyeron los tres con atuendos semejantes y una bolsa con vestidos diferentes para cuando estuvieran a salvo. Caminar con ellos por la noche de amor, de amor sin igual por la dama arrojada y valerosa que yo llevaba delante, fue mi mejor día, más bien noche de toda mi vida. Iba a defenderla, cómo no, contra mil Arévalos que la persiguiesen, contra todo el ejército del emperador aquél, blanco y barbado, contra el mismísimo Satanás que se nos pusiera delante, iba a sacar mi fusil y a disparar sin misericordia.

Inquirí si no tenían miedo. Fidencia me miró con detenimiento. Vestida de hombre se veía hermosa, mucho más que con su vestido aquel de niña con la que la recordaría siempre o con el otro, ese con el que bailó hasta el aturdimiento con el traidor.

–No lo tengo –respondió. –Estoy segura de que hago bien.

–Pero, salir así, sola...

–No vengo sola, si lo notas. –Me gustó que me tuteará. Era un viso de modernidad, cuando las mujeres comenzaron a hablar de tú a tú con los varones. –Me acompañan dos caballeros. El querido Agustín que es una joya en esto de los montajes. Seguramente sus lecturas de teatro, ese de Lope o de don Leandro Fernández de Moratín, de Fernando Calderón, muy diferente del Calderón español, o de Fernández de Lizardi, le dieron la idea de mi travestimiento. Me acompaña mi hermano, Cándido.

Vi detenidamente al hermanito que levantaba los pies diciendo con febril estulticia que si se los mojaba contraería un catarro tremendo, cosa que no le hacía ninguna gracia. Admiré la inteligencia de Fidencia. Si se iba solo con Lutzow, jamás podría casarse. Huyendo con su hermano también, certificaba su honor, ese honor sin el que no vivimos los machos. Inteligente, sí, muy inteligente la señorita Fidencia.

Al fin, vimos el bote de marras ya pertrechado y subieron invitándome a seguir ruta con ellos. No, pensé, si desierto ¿qué pasa con mi compromiso, con la gloria, con el honor de mi uniforme? Iba a ser inútil el pleito con mi padre. Váyanse ustedes, esto no va a durar mucho, les dije. Se fueron. En la penumbra, aun veo la mano de Fidencia diciéndome adiós, la mano de Lutzow que me hace el saludo militar y la mano de Cándido hundiéndose en el agua para certificar si mojaba o no. Recordaré siempre a Fidencia, arrodillada en el bote que se la llevó a tierras donde pudiese salvarse. Y aunque fue verdad, pronto destituyeron a González Arévalo y éste se pasó al bando liberal mismo en el que murió. Después de muchos meses volví a ver a mi amada... casada ya con un hombre de apellido Sastré del que hubo un hijo, César Sastré Fernández Veraud, diputado y dueño de lo que sería la Casa del Cerro de Guadalupe, hogar de los gobernadores muchos años después, según sé.

No volví a ver a Agustín Lutzow ni al cándido Cándido, pero aprendí que, aunque bella y audaz, una mujer siempre ve por lo mejor para sí, antes que por sus amados. Ni modo.



## Poemas y textos alusivos a la gesta del 27 de febrero de 1864

El propio día de la entrada a Villahermosa, estaba el brigadier español (Arévalo), sobre una azotehuela o parterre que había entonces en la casa de altos de Don Julián Dueñas (esquina del Águila) con varios acompañantes del orden militar, y vio venir un oficial al frente de su guerrilla, que bajaba desde la iglesia de Esquipulas en medio de un baleo tan nutrido que los soldados se abrieron en dos alas y se resguardaban algo con las casas; pero el oficial seguía bajando en medio de la rampa, impávido, como en un paseo. Algunos le apuntaban con el rifle, estando ya bastante cerca, cuando don Eduardo dijo: —¡Eh! ¡Cuidado! Nadie tire a ese hombre, ¿no ven que es un valiente? Esos ejemplares son raros y se les debe respetar. A esa clase de hombres no se les asesina. —Señor Milciades, tome usted los gemelos y diga quién es. Don Fernando tomó los gemelos y dijo:

—No le conozco. Acto continuo el teniente Cazal con el catalejo o largavista en la mano, dijo: —Mi general, ese bravo joven es mi paisano, es de Teapa, se llama Anastacio Luque. “¡Qué tipo, vive Dios! ¡Eso se llama despreciar el peligro!” Y Arévalo, al decir estas palabras, se quitó el kepi para saludar al héroe de la libertad.

Manuel Merino.

(Tomado de la novela histórica *Juana Santa Anna*, edición de 1901)



## Habla Fidencia

Porque he mentido. Soy la mujer más mentirosa del mundo, o al menos de esta ciudad que cambió su nombre. Ahora es Villahermosa. Qué pienso, si vuelvo a divagar, no terminaré nunca. Digo que he mentido porque no soy esa mujer que todos piensan, honesta y virtuosa. Bueno, virtuosa sí. Honesta también en lo que se refiere a mis relaciones, que solo fueron dos. Lo que no dejo de reprocharme es esta fatua intensidad en la que me detengo al pensar en mis cosas. Una vez, de muy niña, tomando en cuenta que nació a mediados del siglo XIX, que parece tan lejos dice el poeta Pellicer, me comí un mango que mamá Leo dejó en el bastidor. Lo vi enorme, gordo, jugoso. Rezumaba néctar delicioso, supremo avance de mi golosa infancia. Pues me lo comí. Así, sin más. Después escondí los restos enterrándolos bajo un limonero que crecía en el patio. Me senté mustiamente a enhebrar una madeja simulando no saber nada.

Cuando mamá Leo vino a buscarlo, pues lo guardó para después de la friega diaria de la casa y de atender a papá, que era un hombre muy estricto, en algunas cosas, en otras no tanto, encontró con que su mango enorme, delicioso, succulento, se había esfumado. Se enojó, se enojó como nunca la vi enojada. Enseguida, oliéndose quién era la ladrona de mangos, me llamó.

A ver, Fidencia –al no decirme Fide o Chenchita, que no me agradaba en lo más mínimo, entendía yo que estaba en problemas– ¿quién se comió el mango que estaba aquí? Hice pucheros. No sirvió de nada. Te estoy hablando, niña. Otro puchero. Por lo regular, con mi padre ese puchero servía para dejar el altercado en paz. Nada. Con mi madre no sería tan simple. Mamá Leo seguía en sus quince. Por última vez, Fidencia, ¿quién tomó el mango? Iba a confesarme cuando apareció Cándido, que lo era en verdad, echándose la culpa.

Mamá Leo nos vio detenidamente. Tomó a mi hermano de la mano y se lo llevó a la recámara donde oí como lo conminaba a decir la verdad. Cándido no dijo que sí, tampoco dijo que no porque se encerró en un silencio totalitario que me dio mala espina. Estuve a punto de entrar y decirle a mi madre que Cando no era el culpable, declarando la falta cuando escuché el primer golpe. Golpe seco, sonoro, cuerudo pues era dado con la sandalia que mamá Leo utilizaba para disciplinarnos, mejor objeto no hubo en ese tiempo para tal menester. Ya no podía decir nada.

Si lo hacía, mamá Leo nos castigaría con la sandalia a los dos. A mí por la falta y a Cando por la mentira. Salió mamá del cuarto muy acalorada. Volteó a verme con una mirada de perro al que le echaron agua y solo dijo, de verdad que tu hermano te quiere... y mucho, agregó antes de sacudirse el sudor con el dorso de la mano yéndose después. Fui a ver a Cando. Al verme mi hermano, aun subiéndose los pantalones, cubierto de lágrimas el rostro, no pude contenerme. Lo abracé, me abrazó y lloramos ambos como los niños que éramos. Lo consolé, le dije que el próximo mango lo compartiríamos, cosa que no le hizo ninguna gracia.

A la noche, después de acostarnos, mamá Leo nos habló muy bonito. Dijo que le gustaba que fuéramos hermanos así, solidarios, unidos, prestos a sacrificarnos por el otro. No le comprendí en ese momento. Era apenas una niña. Puso en mi mano el silabario de San Miguel, el maestro Antonio Cabeza. Ahí explicaba sobre la mentira, niños, es una mala enseñanza que no deben seguir por más que los saque de apuro en un principio. Después hay que decir otra, otra, otra, hasta que se derrumba como una casa hecha de ilusiones. Como un castillo hecho de naipes.

Junto a mí delectaban los jóvenes Arcadio Zentella Priego y Salomé Taracena, que después fue un connotado bardo nacido en Jalpa cuando aún no era de Méndez. Crecí en la agreste heredad, teniendo el aroma de los cedros florecidos o mirando mecerse cadenciosas las grises espigas de los cañales de la finca Santa Rosalía, ubicada en el territorio de Cunduacán, cuna de hombres ilustres a quienes la sociedad en pleno, admirábamos.

Debo, creo, presentarme porque así quien me escucha, tendrá la certeza de que no habla con extraños, con seres de ficción, esos de las novelas

de aventuras que tanto nos gustaron a mi hermano y a mí. Soy Fidencia Fernández Sastré Veraud, vi la luz primera, en la ciudad de Cunduacán el día 2 de noviembre de 1844, primogénita del matrimonio formado por los señores Juan Fernández Veraud y Leonarda Sastré.

El 3 de agosto de 1863, tengo grabada esa fecha como si fuera una pintura en mi piel, Eduardo González Arévalo, que se había posesionado de Tabasco, con sus fuerzas intervencionistas, me vio. Sorprendido por la espléndida belleza de mis dieciocho años floridos, así los definió el poeta Salomé Taracena, decidió que antes de un mes tomaría por esposa a tan guapa mujer.

Vino entonces el mequetrefe ese, el tal Arévalo queriendo desposarme. Ahí comprendí la lealtad que tuvo Cándido para mí. Soy una mentirosa malvada, porque supongo que habrá mentiras que no dañan, que habrá mentiras piadosas. La del mango no lo fue por supuesto. El caso es que, cuando supimos que mamá Leo y papá estuvieron de acuerdo con el casamiento, entonces sí me asusté. Fui con mamá, hablé con ella con paciencia. Me miró detenidamente. No, Fide, no. Tu padre quedó en muy mala posición, los negocios nunca se le dieron. Por eso debemos casarte con el gobernador pues así algo tendremos de solvencia y tu padre, con el crédito que le dará ser su suegro, rehará la fortuna. Dejé salir una o dos lágrimas. No lo amo, no lo quiero. Es muy guapo, dijo mamá Leo. No me importa, cástate tú con él. Lástima que no sea un mango para que tu hermano se eche la culpa, ¿verdad? No iba a verse nada bien. Sí, mamá lo supo desde un principio, no me asombraba. Esa fue la segunda mentira. Claro que me gustaba el tal Arévalo. Era como un príncipe de esos de cuento de hadas. Gallardo, alto, de una belleza militar que infundía miedo... o respeto, no sé. Los melindres de señorita que hice fueron porque no debía ceder así tan rápido a las insinuaciones del militarote. Porque lo era. Un burdo oficial más metido en la conquista que en la finura de nuestro gentil estado.

Muchas visitas hizo el señor ese a la casa. A veces con regalitos para mi padre –una pistola, un caballo, unas botas–, a veces para mi madre –un ramo de flores, chocolates, telas y barnices preciosos–, a veces para Cándido –un juego de ajedrez, unos zapatos de charol, un terno venido de Yucatán. Siempre con algo para mí. Vestidos, sedas, botines,

partituras pues al enterarse de mi afición por el piano, afición de todas las señoritas de esos tiempos, traía la música que se escuchaba más allá del océano. ¿Ha estado en Europa?, preguntaba mi padre fumando un habano, otro de los presentes de su presunto yerno. No, decía con entonación lúgubre, pero iremos allá de luna de miel, si le parece bien, don Juan. Mis padres a todo decían que sí. Una tarde llegó con la noticia de que el piano pronto llegaría. ¿Piano?, dije asombrada. Claro, para que toque en él estos vales, estas piezas, esta música alegre o melancólica.

Salí corriendo de la habitación. No podía seguir esto así. El hombre aquel convencía a mis padres, escudriñando que conmigo no iba a poder. Ay, dios mío, rezaba yo, haz que el señor Juárez, que igual no me era muy simpático, acabe pronto con el horrible emperador, ése al que le dicen majestá, que lo eche pronto de México para que se lleve a este horrible ser, que se lo lleve con todo su ejército de malvados. Dios no oía, al menos eso pensé. Mándame un ángel de tu cielo que me ayude, continuaba la melopea de mi rezo. Mándame un angelito que me apoye, que me ayude en este trance, señor. Te ofrezco no bailar en lo que resta del año, te ofrezco cortar mi cabellera hasta la nuca, dejar de comer higos de esos que traen cada diciembre, pero ayúdame, ayúdame a que este matrimonio no ocurra.

Qué complicadas somos las mujeres. Me gustaba, pero no quería ser la que cediera. Cómo me iban a ver las Muzquiz, las Casasús, las Méndez. Todas mis amigas, juaristas de hueso colorado, proclives al indio ese de Oaxaca, al que no entendía yo la admiración del pueblo en general. Qué quieren. Sentía que la sociedad me veía como su heroína, como la mujer que desharía entuertos, la que le daría calabazas al traidor, como ya comenzaba a cantar una cancioncita por ahí. Un ángel, pedía yo, un ángel que me ayudase en este trance rezaba.

Aquí está tu angelito, escuché una voz junto a mí. Al volverme lo vi. Era ese joven amigo de Cándido, Agustín Lutzow, que visitaba la casa frecuentemente jugando con mi hermano partida tras partida de ajedrez hasta que el tedio los vencía y se daban a charlar hasta muy entrada la madrugada cuando mi padre salía con el quinqué en ristre para pedirle al visitante que se fuera. Ahora estaba aquí, cercano a mi oído, dueño de mis oraciones, de mis plegarias. Me asusté en un primer momento.

¿Quién me decía que este joven no era partidario de Arévalo y que iría, traidor y malsano, a decirle lo escuchado? No te preocupes, Fide. Cuando me dijo con el mote cariñoso de mi casa, confié en él, confié en él para siempre.

Si no quieres casarte con el traidor, no debes hacerlo. Mis padres me obligan, Agustín... No dejes que eso te incomode. Hay que irnos. ¿Irnos?, dije con algo de miedo. ¿A dónde? Irnos. Después veremos dónde. Si no lo haces, no veo cómo no casarte con ese tipejo. No me gusta la propuesta, tú tan cerca, tan a propósito, dije otra vez viéndolo con recelo. Estoy para darle en la torre a los planes del malvado, Fide. Armaremos un plan. Tiene que ser pronto, ya ves que incluso ha encargado un piano. Y una vajilla a Nueva Orleans con el anagrama Arévalo y Fidencia. No lo creo, dije. Me sentí halagada en mi interior. Mi terror era ya decididamente explícito. El hombre ese me haría ceder por fuerza, cosa que también me pareció digna de las novelitas de amor, esas que leíamos Cándido y yo, a veces a escondidas de mamá Leo, a veces con recelo o con sentimientos encontrados. No, no, comencé a llorar. Lutzow me abrazó. Calma, Fide, calma. Ya encontraremos la manera de darle esquinazo a tu novio informal.

La manera llegó más pronto de lo que pensé. Lo que me hizo comprender que Agustín igualmente tendría algún interés en la huida. Al día siguiente, Cándido y Agustín vinieron a decirme que esa noche, para no aplazar más tiempo, debíamos huir. Yo vestida de hombre, siguiendo el jueguito teatral de Agustín, Cándido y él vestidos de mujeres, cosa que a Cándido pareció no molestarle en lo más mínimo. Rapé mi pelo hasta el cogote. Me disimulé lo mejor que pude. Cándido y Agustín, finalmente, salieron con sus trajes de paisanos hacia la noche horizontal del pantano. Esta frasecita se me quedó pegada de la manera en que hablaba Lutzow, siempre con un verso, una cita, un estribillo a mano.

Huimos pues dejándole a mis padres una carta escueta donde explicaba los motivos para no casarme, ni siquiera en kermés, con el aventurero. Lutzow tuvo todo aparejado. Ahí entiendo que soy mentirosa. Lutzow me cortejaba igualmente. Lo entendí viendo la complicidad entre él y mi hermano. Ay, dios mío, pensé. Qué haré con este nuevo pretendiente. No lo supe. Solo supe que, si quería salvar mi honra, debería

hacerle creer que correspondía a sus avances, a sus tímidos escarceos, porque eso sí, quiero dejarlo muy claro. Agustín Lutzow era un caballero. Nunca intentó sobrepasarse conmigo. Siempre formal y serio, apenas rozaba con su mano el dorso de la mía, me ofrecía su pañuelo siempre oloroso a lavanda o a pachulí, hazaña de finura pues anduvimos durante dos semanas más o menos de un lado para otro. Caballo, barca, paquebote, cabriolé. Creo que ocupamos todos los vehículos inventados por el hombre hasta ese momento. Tren no porque aún no hubo uno en Tabasco, de haberlo hubiéramos subido a él sin menoscabo de su comodidad.

De Pichucalco fuimos a San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, luego a Tapachula. Salimos de México. Atravesamos Centroamérica y en Panamá embarcamos para Cuba. Llegamos a La Habana a finales de agosto donde vivimos Cándido y yo hasta 1864.

Llegando a la capital de Cuba, tuve que decirle la verdad a Agustín. Alquilamos una casa modesta en las cercanías de la calle Vedado. Ahí estuvimos largo rato hasta que la dueña, una mujer de talle desgarrado y afeites denodadamente impíos, nos pidió la casa. Nos mudamos a un departamentito cerca de la plaza, cerca de la catedral. Iba yo a misa invariablemente todos los días pares. Lutzow o Cándido abandonaban sus partidas de ajedrez, uno u otro, para acompañarme. Esperaban, uno u otro, afuera de la catedral porque eran liberales, hombres de ciencia, señores de palabras ajenas a la liturgia. No iban a entrar en el reducto de la ignorancia como se jactaban en decirle. Claro, cuando Lutzow no lo veía, Cando se santiguaba con agua bendita o rezaba un padrenuestro en el altar dedicado a la Virgen de los Remedios, silencito, silencito, para que su amigote no lo tachara de tibio, de conservador, de imperialista. Palabras, me dije una ocasión que los vi discutir en uno de tantos cafés que había cerca de la plaza, con otros señores liberales de aquel tiempo, tan huecas ya, a tanto tiempo de nuestra huida de Tabasco.

Quisimos muchas veces escribir a nuestros padres. Lutzow opinaba que habría que esperar un poco más. Las noticias de la batalla en una población cercana al terruño, llamada El Jahuactal, donde recibiera sus buenos balazos el aventurero, hicieron que saltáramos de gozo Cando y yo. Podríamos regresar pronto. Sí, murmuraba Agustín con encanto. Sí, decía Cando en plena euforia. Sí, decía yo encantada de regresar a mi

Tabasco amado. Esa noche, Lutzow me pidió lo acompañase al teatro. Daban una obra sobre una joven que huía de un matrimonio forzado. En su camino se encontraba con un atractivo joven que le declaraba su amor salvándola del compromiso. Sonreí. ¿Cómo dices que se llama este entramado?, pregunté a mi acompañante que venía con dos sorbetes de limón porque el calor dentro de la sala era poco menos que insoportable. Los abanicos y los pañuelos empapados de lavanda o jazmín eran inútiles ante el infernal calor de esa noche. Es una obra inglesa, la tradujo Leandro Fernández de Moratín, se llama *El sí de las niñas*. No sé su nombre en inglés. Algo así como *A vuestro gusto*, que es de una pedertería irritante, agregé mi acompañante con ese dejo intelectual que le quedaba siempre muy bien.

Salimos del teatro. Paseamos por La Habana que de noche guarda secretos que el mar nunca acaba de llevar y traer porque nunca quiere separarse de la isla. Las calles aparecían mojadas, reflejando las luces de los faroles, de las esquinas donde los cafés, colmados de parroquianos, coreaban canciones o discutían de política. Lutzow hablaba mucho, mucho. Que si Kant, que si una novela escrita por una mujer. Claro..., dije para demostrarle que yo no era una inculta pueblerina del vergel Ahualulco. Es la de Emilia Brönte, claro. No, no. La escribió una mujer llamada Mary Shelley. Es sobre un hombre que crea un monstruo al que después no sabe cómo destruir. El monstruo, finalmente, destruye a su creador. Una historia rara, dije, ¿estás seguro de que la escribió una mujer? Sí. Fue muy comentada hace poco en una tertulia donde fuimos Cando y yo. Ah. Creo que fue lo único que dije. Creo que fue lo que no quería escuchar Lutzow. Creo que fue lo que le dio pie a detenerme al llegar a la puerta de nuestro departamento.

Fide, comenzó a decir. No, no, pensé. No lo hagas, Agustín, pensé creyendo que lo escucharía. Fide, hay momentos en la vida de los hombres que deben ser comprendidos por quienes ama. No, no, volví a pensar. Vas a arruinarlo todo. Vas a hacerme decir lo que no quieres oír. Fide, desde que te conocí pienso que eres la mujer más hermosa del mundo. O sea, estás por mi belleza, quise bromear. Es que vemos primero lo bello. El alma, tu alma decidida, valiente, hermosa, la descubrí durante nuestra huida. Eres un dechado de amor, de fortaleza, de honestidad.

Otras mujeres se hubieran dado a la vida fácil o a la extorsión de imbéciles. Agradezco no me tengas en esos conceptos, Agustín. Cuando dos almas así se encuentran, deben unirse, Fide, siguió sin prestar atención al comentario. Agustín, no lo hagas, eso sí ya lo dije en voz alta. No puedo menos que hacerlo, Fide. Y se arrodilló. Ay, dios, ¿por qué debemos lastimar a quienes nos aman? Vi tu aceptación por mí desde antes de conocer a Arévalo. La vi en tus ojos, en tus labios, en toda tú.

Mira, amigo querido, eres un enorme apoyo en este tiempo difícil. Creo que si tú no te hubieras unido a nosotros –dije malamente pues la idea de la fuga fue solo suya– no estaríamos vivos, ni mi querido hermano, ni yo. Me duele mucho decirte esto, pero no me das otra opción. En el corazón no se manda. Lo vi derrumbarse. Así, como se derrumban los edificios que tiran para construir otros. Un edificio hecho de temple, corazón, sentimientos y nobleza cayó como argamasa, ladrillos, vigas y silencios. Nunca me sentí peor que en esos momentos.

Se levantó con lentitud. Disculpa, no quise hacerte pasar el papelón. Está bien, Agustín, quiero que seas feliz. Conmigo no podrías serlo. Hablé de más, creo, porque en ese momento, el amigo querido se echó a reír con una risita parecida a esos cómicos que vimos hace un momento. Una risita que me hizo pensar en lechuzas o zanates o ratones, todos animalejos de mal agüero. No te preocupes, Fide, ya nos veremos. Entra, entra. Cando debe estar preocupado. No le digas qué pasó. Ya se lo diré yo mañana. Y se fue.

El mañana no llegó. Subí a la vivienda. Cando me esperaba con una taza de chocolate. Sonrió al ofrecérmela. Disuelto en agua, hermanita, como te gusta. Gracias. Tomé la taza. Sorbí apenas un poco. Me eché a llorar ante el estupor de mi hermano. El chocolate tiene esa desventaja, que no te apoya y sí saca tus lágrimas cual una pócima tus malos humores. ¿Qué te hizo Lutzow? ¡Dime! Nada, dije, nada.

Solo me ofreció su corazón, el mismo que me encargué de romper. Nos abrazamos. Bueno, ya está. Lo hecho hecho, dijo queriendo consolarme. Al día siguiente nos levantamos algo tarde con la nueva que nuestro fiel amigo, aprovechando nuestro pesado sueño, se había ido. Dejó apenas una nota. Asuntos urgentes me reclaman en México. Dejo pagados dos meses de alquiler, si se van antes, reclámenlo y ya les diré

donde depositarlo. Abrazos para los dos. Así, simplemente, salió de mi vida Agustín Lutzow.

Soy una cruel mentirosa, pensé mientras arrugaba el papelito. Lo hice creer que me interesaba para que nos protegiera. Cando me miró. Siempre supe que adivinaba mis pensamientos. Salió a dar una vuelta. Extrañaba desde ya a su amigo, el eterno jugador de ajedrez, el narrador de historias maravillosas, el filósofo oportuno, con citas para todo, con poemas envueltos en delirio. Yo lo extrañé también. Sin embargo, el olvido es más rápido cuando llegan noticias de mejor talante. Esa mañana llegó el comunicado en un diario de México, otra de las bondades de Lutzow. Nos dejó una suscripción de *El imparcial*. En el diario se daba cuenta de la salida de Tabasco de los intervencionistas. Sería el glorioso día 27 de febrero de ese mismo año. Como la suscripción hacía un viaje desde México a La Habana, viaje que duraba cuando menos quince días, la noticia llegó el 21 de marzo de 1864, día en que se iniciaba la primavera. Las dos primaveras, la de nuestro estado, la del mundo.

Al tener conocimiento y sentido de que las fuerzas federales, las de ese señor Juárez a quien parecían querer todos, tenían nuevamente el mando de Tabasco, decidimos el retorno. Todo eso hice para no aceptar la propuesta matrimonial del intervencionista Arévalo que aunque me gustaba mucho, no iba a darle mi mano. Qué pensarían las buenas conciencias de Santa Rosalía, de Cunduacán, de todo Tabasco. No supe qué fue del aventurero.

Eso sí, supe que el espurio, apenas tuvo conocimiento de nuestra fuga, se dirigió a Santa Rosalía en unión de su estado mayor. Mi padre, al conocer la marcha del gobernante invasor, temiendo que este procurara vengarse descargando todo el peso de su enojo sobre él, decidió cerrarle las puertas de la finca.

Eduardo lo convenció de que no lo animaba el odio, y abrazándole le dijo: Señor, si sus hijos lo han abandonado aquí tiene usted a otro hijo que le cede toda su protección y ayuda. Se arrodilló ante mi padre y le dio un beso en la mano, que parecía ser como su impronta.

Al llegar a este punto de mi narración, creo que hice mal advirtiendo que me considero mentirosa. De serlo, ¿cómo sabrá quien esto lea si mi dicho es cierto, o no?

Te tengo noticias, avezado lector, creo que no lo sabrás nunca. He mentido en todo, como ya he dado dos ejemplos. Lo peor es que aun me faltan otras mentiras más que voy a contar sin sentirme orgullosa por eso. Las peores de mi existencia. Otras mujeres, muchas amigas mías, se enorgullecen de lo bien que engañaron a maridos, amantes, hijos, conocidos. Yo no. Aunque a estas alturas del partido, no importa. He mentido. Soy una mentirosa de lo peor.

Mucho tiempo después, se casó Cando. Me casé yo también con un señor de apellido Sastré con quien tuve dos hijos, Leonardita, que aun me acompaña en esta enorme casa donde vine a sepultarme, aunque mi esposo decía que a reflexionar sobre mi vida y los hechos extraordinarios que la rodearon y César quien me vendió la casa en una estrategia de compraventa, pues como él era diputado no quería pasar por ganancioso, botarate y malvado, como muchos de sus compañeros del Congreso. La estrategia debía incluir no cobrarme el predio, lo que no sucedió.

Compré, con mi escaso peculio, la casa del Cerro. La llamaron así porque estaba en el cerro de Guadalupe precisamente. La compré y vivimos mi hija y yo aquí buena parte de lo que me restaba de vida. El problema es que el mantenimiento de la casa dejó más deudas, compromisos y cuentas que pagar que no veía amanecer un día sin que una fila de acreedores se estacionase ante el portón de la casa. La fila no merma-ba. Al contrario. La fila engrosaba, se nutría de las malas cuentas de mi esposo primero y después de César. A veces Cándido me apoyaba con algún dinerillo, tampoco él estaba en una muy boyante situación, pero a su muerte, la ayuda dejó de fluir. Mis sobrinos dejaron de verme, porque pensaban –y no estaban equivocados– que nunca dejarían de proteger a la viejita de la casa del Cerro. Tiempos malos, sí, pero que se deslizaron fácilmente porque un suceso salvó la economía.

Vino hace unos días un joven bien portado. Anunció su nombre a Leonardita con todo bombo y platillo. No lo conozco, le dije. Es periodista dice. Hazlo pasar. Y lo hice pasar porque a estas alturas del partido, no tengo mucho en que entretenerme. Entró el joven periodista diciéndome que fundaría pronto un diario, que iba a ser ejemplo de buen periodismo, de buenas notas, de contar bien historias. Sonreí. Venir a

contarle estas fantasías a la más fantasiosa de las mujeres era un poco absurdo, pero lo dejé hablar. ¿Cómo se llamará el diario? Rumbo nuevo, me dijo. Oh, siempre hay que tenerlo. Se confundió. Para eso siempre fui buena, para confundir a los hombres. No pocos en mi vida. Arévalo, Lutzow, mi hermano Cándido, mi esposo, el gobernador rojo.

¿El qué?, preguntó el joven. Un nuevo rumbo, contesté mientras cubría mi sonrisa con el abanico. Ah, dijo nomás. A ver, qué quiere saber. Todo sobre la gesta heroica del Jahuactal, dijo insuflando el pecho. Ay, qué tiempos en que hubo escritores, periodistas, cronistas y poetas en nuestro Tabasco que sabían muy bien su oficio. Poco puedo saber de eso. Recuerde que al darse el enfrentamiento yo no estaba aquí. Cierto, dijo el joven periodista borrando lo escrito. ¿Algo más?, dije, tengo algunas tareas impostergables. Vi que no entendía lo que quería decir la palabra. Bueno, es que... Sí, pensé, es que no sabes qué preguntar. Todos los participantes en El Jahuactal estaban muertos. Muertos y enterrados. Arévalo, los hermanos Bastar Zozaya, el coronel Méndez y su hermano Pedro, Sánchez Magallanes. La única que quedaba soy yo. Yo para decirles a todos quién era quién en el siglo XIX, que parecía tan lejano. Más de ochenta años.

Recordé, mientras veía al joven aquel, sin arrestos, enajenado ante mi figura, somnoliento por las noches sin dormir, hacer esfuerzos por preguntar, aquella vez en que vinieron a verme el gobernador rojo, su secretario, el insufrible Caparroso y Agustín Lutzow. Verlo me hizo retroceder muchos años atrás, cuando me vestí de hombre, corriendo peligros ante el embate de las olas, del naufragio aquel frente a costas panameñas, antes de llegar a Cuba. Aun era guapo. Decían que él y mi hermano Cándido fueron amantes. Sonreía yo ante tamaña desproporción de la envidia. Nunca hubiera aceptado Agustín esos amores procaces. Él me quería, lo supe desde que lo vi jugar ajedrez o hablar de literatura o política con Cando. Aun era guapo, sí. Noté que me veía con ojos amorosos, que guardaron la sombra de la mentira en sus pupilas, la que le dije, la que no se atrevió nunca a reclamarme.

Llegó con el gobernador Garrido. Los acompañaba mi hijo César, que era diputado, ya lo dije creo. Entre los tres, porque Caparroso era nomás el chofer, venían a proponerme un homenaje. Sonreí desde las

arrugas primeras en mi rostro. ¿Homenaje? Aun no estoy muerta, gobernador, aun vivo y viviré muchos años más que muchos de ustedes. El comentario causó cierta tensión que mi hijo, político al fin, trató de obviar. Cuidado con lo que deseas, mamá, dijo, capaz se cumple. Eso espero, contesté ofreciéndoles sendos vasos de agua de matalí. Señora, comenzó otra vez el gobernador, al que no le gustaba lo interrumpieran, su acto fue noble, generoso con la patria. Su negativa a ser esposa del desdichado invasor puso en alto el nombre de las mujeres de nuestro estado, consolidando así ese título de heroína, representante de todas las que cuidan, velan, protegen a la familia tabasqueña. Nuestro homenaje debe ser amplio y correcto, veraz y a la altura de su nombre.

El agua de matalí se había terminado. Pedí nos trajeran otra jarra. Vi detenidamente al gobernador que, después de su discurso vacuo, como el de todos los políticos, hinchaba el pecho cual gallo de pelea sabiéndose vencedor. Heroína, pensé. ¿Por negarle mi mano a un hombre guapo? Me pareció desproporcionado. Y el homenaje estriba en..., pregunté sin preguntar. Bautizaremos una calle del centro con su nombre, señora, dijo Garrido sorbiendo su vaso. Una calle de las principales, de las más transitadas, donde el que pase por ahí, preguntará asombrado el motivo de tal nomenclatura. Entonces propios y extraños, tabasqueños de cepa liberal, responderán al unísono contando su epopeya, símil de las de los grandes héroes de la antigüedad, de nuestra historia o la ajena.

Dudé pensando quién le escribía el guion al dichoso Garrido. Caparroso no. Aunque se las dio de escritor algún tiempo después, no le veía yo en ese momento la capacidad para mover los labios y la mente de su patrón en esa forma. En fin, discurso de políticos, no era para tomarse en serio. Ahí comenzó la locura. Vi mi situación reflejada en esta oportunidad. Mi esposo había fallecido hace un tiempo dejándonos en una pobreza que, de no caer emolumento alguno, pronto sería miseria, creo que ya lo dije. Mi hijo no era el indicado para los negocios que emanasen de la política, ni sería presidente municipal o síndico. Leonardita era aún una niña, no podía pensar en casarla, aun no. la nueva clase política del estado nos había ninguneado de manera tal a los que participamos en aquella invasión de aventureros que nunca pensé que el mismísimo gobernador viniese a meterse en la boca del lobo, nueva

versión de Caperucita. Y roja, por demás. Supe lo que tenía que hacer en ese mismo instante.

Lo siento, señor gobernador– y lo hice para darle un retintín que supe iba a ponerlo de malas– pero no puedo aceptarlo. Vi las caras de todos los presentes. El mismo Lutzow no quiso creer lo que oía. El gobernador comenzó a decir que no debía tener lugar la modestia en esos momentos. No, no. Está confundido, gobernador, no acepto el ofrecimiento porque viene de manos de usted. Frío. Frío en el trópico, me dije riendo bajito. Nadie decía nada. El gobernador entendió. Entre mentirosos sabemos cuándo hay algo más, algo que no acaba de decirse. Señores, dijo, déjennos solos. Caparroso iba a decir algo. Un ademán bastó para detenerlo. Salieron poco a poco. Mi hijo me veía con miedo. Le hice un ademán parecido al de las mamás que arrullan a sus hijos. Salió del mismo modo. El gobernador se sirvió otro vaso de matalí. Me vio con sorna.

Bien, señora, estamos solos. ¿Qué quiere? Que me compre esta casa. Lo dije así, de un madrazo y perdón por la palabrota. Sonrió el hombre. ¿Nada más? Y quiero tanto, otra vez, así de sopetón. Aquí sí enarcó las cejas, emitió un silbido prolongado el que sería llamado el sagitario rojo. Señora, con perdón, pero cuando pide se va usted hasta la cocina. Es el lugar que ustedes los hombres nos dieron a las mujeres históricamente, diría la poetisa Teresa Vera. Usted me compra la casa del Cerro y yo le dejo ponerle mi nombre a la calle. Una mano lava la otra, las dos se lavan la cara. Muy, muy hábil. Ganamos ambos. Sonrió Garrido. ¿Nada más? Y una alcabala –¿aún se dice así?– para César. Está bien, está bien. Dejémoslo así, porque si seguimos platicando, me pedirá que la nombre gobernador. Sonreí asintiendo, lo que hizo que Garrido diese voces llamando a sus acompañantes.

Después de acordar pagos, tiempos y fechas para cambiar la nomenclatura se despidieron todos. Lutzow, Caparroso y César, mi hijo, estaban asombrados. Viendo el azoro, dije, así como que muy política, el gobernador es un gran negociador. Nos vimos. Dos mentirosos forjan una gran mentira, en este caso histórica, con la que mentirá la posteridad. Todo eso recordé mientras veía los esfuerzos del joven periodista por preguntar. Hasta que se le iluminó el coco. ¿Cuándo le pusieron su

nombre a la calle? Hace tanto tiempo, suspiré, que casi no lo recuerdo. Así se acomodó la tercera mentira. La mentira de que la calle tiene el nombre de una heroína. Aún falta la peor, sin embargo.

Una de las exigencias que puse al sagitario rojo fue que viviría en la casa del Cerro hasta mi muerte. La casa era hermosa, un predio de una extensión envidiable. Por las mañanas, al despertar, veía yo animalejos de los que ya no se veían en el campo tabasqueño. Algún mono aullaba por entre los árboles. Una ocasión, creí ver un venado. Otra, una danta. No. No era posible, pero las criaturas aquellas se aparecían cuando recorría la cortina de mi habitación. Vivíamos en un lugar mágico, encantado.

Hasta ahí llegó a verme un emisario del pasado.

## Fidencia vista por una mujer de la época

Resulta un hecho indiscutible que en todo el mundo las mujeres hemos emprendido una cruzada para acabar con la absurda y discriminatoria dicotomía entre géneros obligando a la sociedad a reflexionar sobre el hecho de que nuestra presencia no sólo es necesaria sino imprescindible. Basta revisar brevemente las biografías de algunas distinguidas mujeres que se han atrevido a expresar su pensamiento y emprender acciones

En todo caso nuestra obligación es rendir tributo a estas mujeres talentosas, que son muchas más de las que suponemos, pues en el pasado solían ignorarlas y hasta negar sus aportaciones, con un bien calculado sistema de exclusión. Así, muchas permanecen en el anonimato y otras nos resultan casi desconocidas.

Pero hoy la construcción de la sociedad es tarea de todos y el concepto oscurantista, feudal y excluyente debe pertenecer al pasado, al que nunca debemos volver, ni volveremos.

No sólo se trata de que se reconozcan nuestros derechos en las leyes, sino de que en realidad se cumplan y las oportunidades fluyan igualitariamente. Basta ya de una sociedad machista y autoritaria. Estamos obligadas y obligados a reconstruir la nación con base en una verdadera participación. Y la primera asignatura es que hombres y mujeres en igualdad de condiciones podamos acceder, por ejemplo, a la administración pública, a la investigación científica, o a la vida cultural, es decir con los mismos derechos, oportunidades y opciones.

Va pues, en esta ocasión como trataré de hacerlo en otros momentos, un breve pero revelador apunte biográfico de mujeres sencillas que lucharon por su derecho a ser, pensar, actuar y decidir.

Se trata de Fidencia Fernández Sastré, una distinguida mujer, que además de ser protagonista importante en las proezas históricas de Tabasco, encarna el prototipo de “las chocas” mujeres que aúnan belleza

e inteligencia. Cuando nace en la hacienda de sus padres, una familia acomodada, prevalecían tiempos borrascosos y frecuentemente sucesos violentos marcaban la vida social.

En ese contexto no sólo tuvo que enfrentar situaciones de inestabilidad política y económica, sino superar el modelo tradicional de que las mujeres eran preparadas exclusivamente para el matrimonio y las cuestiones domésticas.

Se sabe que Eduardo González Arévalo, un militar de alta jerarquía conservador e imperialista, pretendió forzarla para contraer nupcias, pero ella se revela y rechaza la oferta matrimonial, dada la ideología y posiciones del pretendiente, muy contrarias a las de ella, pues había sido educada en los valores de la independencia de México y las libertades humanas y sociales, que además siempre apoyó.

A tal grado ratificó sus ideales, que salió huyendo ante el hostigamiento del militar e incluso se disfrazó de hombre para burlar la vigilancia que la mantenía cercada a distancia. Después de escapar, se dirigió hacia Cuba donde vivió un año, tras una larga travesía por el propio estado de Tabasco, el de Chiapas y Centroamérica. Una vez estabilizada la situación en Tabasco y haber sido derrotado González Arévalo por las tropas republicanas, Fidencia regresó a su estado natal.

Antes de morir, a los 93 años, recibió muchos reconocimientos por su valor y patriotismo, además de que su nombre, quedo inscrito en una de las más importantes calles de la capital tabasqueña.

## **Fidencia vista por una mujer de esta época**

TALINA.- ... me voy a casar con ella, y como era el todopoderoso, no había manera de que no se casaran. Mandó hacer una vajilla con el nombre que decía Arévalo y Fidencia. Pues mi bisabuelo Cándido y mi tía bisabuela Fidencia, a medianoche, huyeron a caballo y ella se rapó como hombrecito...

IGNACIO LOZANO.- Para pasar desapercibida...

TALINA.- ...y llegaron a caballo hasta Panamá...



## **Fidencia el mito** (Recuerdos de Agustín Lutzow)

Sí. La recuerdo. Era una moza de formas delicadas, de talento indiscutible, de recio patriotismo. Pero empiezo por donde debería terminar. Estamos aquí porque me preguntas por el nombre de la calle. ¿Es así? Bueno, ahora lo sabrás. La calle de Doña Marina llevaba ese nombre en honor a la Malinche, bautizada así por los españoles. Pero al comienzo de la década de los años 30, cuando las autoridades gubernamentales decidieron realizar una serie de cambios de nombres en algunas calles de la ciudad, vecinos del lugar hicieron una manifestación que salió publicada en el periódico *Redención*, el 14 de febrero de 1931, solicitando que también se modificara el nombre de la calle doña Marina.

El día 27 del mismo mes y año, las autoridades renombraron esa calle, denominándola de Doña Fidencia.

Otros dicen que fue Tomás Garrido quien había comprado una parte de la casa del Cerro a un precio económico a los familiares de doña Fidencia “con la condición de que a ella se le inmortalizaría con el nombre de una calle”, y esa habría sido la verdadera razón del cambio de nomenclatura.

Tomás Garrido compró la quinta ubicada en las afueras de la ciudad. Ésta perteneció a la dama antes mencionada pues se la compró su hijo César Sastré Veraud por doce mil seiscientos cuarenta pesos. Una suma verdaderamente grande aun para esos tiempos. Esto fue allá por el año 1917.

Fidencia Fernández Veraud fue una mujer de grandes atributos, su belleza la hacía muy atractiva. Era oriunda de Cunduacán, de una familia acomodada, propietaria de grandes extensiones de tierra, lo que hizo que se trasladaran a vivir a San Juan en algún momento para gozar de la riqueza y la vida social de la capital.

El país parecía un tablero dividido entre liberales e imperialistas, por lo que el 3 de agosto de 1863, llegó a Tabasco el capitán Eduardo González Arévalo, para posesionarse del estado con sus fuerzas invasoras. En sus recorridos de exploración por esa zona, conoció a Fidencia y quedó impactado por la belleza de esta ilustre tabasqueña, quien contaba con solo 18 floridos años, de quien se enamoró perdidamente.

De pocos años, el capitán Arévalo decidió que antes de un mes tomaría por esposa a tan guapa mujer. Naturalmente sin contar con la expresa aceptación de Fidencia, ni tampoco con la autorización de sus padres. La fortuna de la familia de Fidencia comenzó a mermar porque el jefe de familia no pudo sostener los negocios emprendidos, o las acciones, o los ranchos o vaya a usted a saber qué ocurrió. De ahí se afincó Arévalo para convencer a don Juan de sus pretensiones para con su hija.

Tan seguro estaba González Arévalo que su empresa sentimental sería llevada a feliz término que pidió a Francia telas finas de la mejor calidad, una elegante vajilla y exquisitos licores con lujosas etiquetas que ostentaban los nombres de Eduardo y Fidencia.

Fidencia, temerosa que el invasor llegara a realizar su propósito, tomó una resolución atrevida y desobedeciendo instrucciones de sus padres, esperó el mejor momento no sólo para abandonar el municipio, sino el estado y el país.

Cuento esta breve historia para ilustrar al lector y que tenga conocimiento del motivo por el cual se le cambió de nombre a la mencionada calle. Eran tiempos del gobernador Garrido como ya apunté más arriba. Al señor este, que nunca fue de mi agrado, déjeme decirle, no le agradaban los españoles, menos aún la manera en que conquistaron nuestro país. Del mismo modo, odiaba a los mexicanos que tomaron parte en el hecho. Odiaba finalmente a los imperialistas y franceses que igualmente invadieron el estado. Garrido era una masa de odio, de rencor. Lo cierto es que a doña Marina, antes Malintzin, la vio siempre con odio y mala fe. Por lo mismo, al enterarse de que una calle de Villahermosa, ya no San Juan Bautista para ese tiempo, ostentaba el nombre de la traidora, se puso furioso. Sí, muy colérico era el tal Tomás. Hizo buscar a sus secretarios y achichincles el nombre de una mujer que fuera heroína, dama, señora, veraz y sobre todo, federalista reconocida.

Sus lambisconas huestes no hallaron más que los consabidos de Leona Vicario, de Josefa Ortiz de Domínguez, de una tal Gertrudis Bocanegra, de las poetas Teresa Vera y Dolores Correa. Dicen que el gobernador dijo, dándose de topes contra la pared, que poetas no, que ya estaba harto de todos los poetastros esos, de los Iduarte, de los Casasús, de todos esos mojigatos, tibiosos, maricones que fustigaban a su gobierno desde más allá de las fronteras. Poetisas son estas, señor, le dijo ese que después sería el mayor antigarridista del estado. Heroínas no hay ninguna. Entonces creo que tuve la culpa yo.

Una tarde, invitado a una de las reuniones esas que hacía el señor para charlar sobre los avances de la sociedad tabasqueña, mejor dicho, sobre su gobierno, retrasó mi salida del salón el licenciado Caparroso. Vi cuáles eran las intenciones. El hombre quería platicar conmigo. ¿De qué? Eso no me importaba. Mientras menos cercanía tuviera con el tal, mejor. Caparroso era eficiente en sus labores lambisconas. Me ofreció café, agua de Jamaica, un pozol bien frío, cosa que agradecí porque me estaba calentando de verdad. Entonces, ya apaciguado, se sentó junto a mí el señor ese. De solo recordarlo, me desagrada mucho. Comenzó a platicarme del nombre de la calle, que era muy importante. Ah sí, me escuché decir. Sí, mire. Aquí mi amigo Caparroso se llama Amado en primer nombre. Es lógico porque lo ama todo mundo. Sonreí. Caparroso también sonrió, aunque no le hizo gracia que descubriera su patrón un secreto tan bien guardado. Yo soy Tomás porque hasta que no veo no creo en la política o las buenas intenciones.

El caso es que, amigo Lutzow... Señor Lutzow, dije poniendo énfasis en la palabra “señor”. No éramos iguales, carajo. Este era un aventurero y yo peleé por la emancipación mexicana, cuando las palabras eran firmes. Libertad, igualdad, fraternidad. Este era un polítiquillo de estos de ahora que se ufanaba de moderno y socialista, quién sabe qué sería eso ni con qué se comería, cuando realmente solo vinieron a apoderarse de lo que estaba descompuesto. A nosotros nos interesaba que gobernaran los mejores, los que sí sabían de política. Nunca pensamos en ocupar puestos o prebendas. Por eso no iba a permitirle que me dijera amigo, compañero, camarada, cualquiera de esos nombres espurios, falsamente igualitarios.

Rojo de coraje, el sagitario rojo, como lo llamara Andrés Iduarte, ralentizó su furor para agregar “señor”, con el dejito choco de “pues”, con lo que me avisó que me anduviera con cuidado. ¿Recuerda usted a doña Fidencia Fernández Sastré? Sastré-Veraud, agregué. Me dio un vuelco el corazón. Claro que la recordaba. Me puse pálido. Hice de tripas corazón y dije, licenciado Caparroso, ¿podría obsequiarme con un poco más de agua de Jamaica? No faltaba más. Caparroso acercó la jarra con la señal de sírvase, “señor” Lutzow. El tal Garrido se frotó las manos y se recargó en el respaldo de su silla. Veo que la recuerda.

Sí. Su hermano Cándido y yo fuimos muy amigos. Eso supe. Desgraciado, infeliz, matrero. El retintín de la frase incluía su conocimiento de los chismes que corrieron por aquel tiempo en la lejana Cunduacán. Nunca. Cándido y yo fuimos muy buenos amigos, jugadores empedernidos de ajedrez, lectores voraces de Thoreau. Nunca lo otro. El caso es que sé su cercanía con doña Fidencia. Hay una historia sobre ella, ¿verdad? Cuéntemela. Es *vox populi*, dije apurando la bebida, sirviéndome otro vaso. Caparroso sonreía desde el extremo de la sala. Ah, agregó Garrido, los dirigentes de hombres tenemos la obligación de saberlo de voz autorizada porque aun cuando nos debemos al pueblo, éste a veces no tiene todas las verdades consigo. Por eso le pedí que viniera, “señor” Lutzow.

Las comillas me estaban cansando ya. ¿Qué quiere saber de doña Fidencia? Lo más reciente ya lo sé. Casóse con un señor de apellido rimbombante, tuvo dos hijos. Se instaló en la casa del Cerro, como le llaman desde ahora. Ahí pasa los días, a veces con visitas de aquellos tiempos.

¿Usted la ha visto?, retrucó el licenciado Caparroso ante los movimientos de asentimiento de su patrón. No, la verdad es que no. Nos conocimos desde hace ya tiempo. No creo que me recuerde. Pues deberá acompañarnos, señor Lutzow, agregó el gobernador ya sin comillas. Iremos a visitarla pronto. ¿Puedo saber para qué?, ya estaba yo demasiado ciscado con tanta vuelta.

Garrido sonrió, así como sonreía al tener los triunfos en la mano, como un tigre, como un enorme felino antes de lanzar el zarpazo. Para hacer lo que se hace con todas las mujeres valientes, señor mío. Rendirle homenaje.

## Resabios de un naufragio (Recuerdos de Cándido)

Avistamos costas de Panamá una mañana de mucho frío. Yo, entumecido por las ráfagas de aire marino que aturdían la cubierta del barco, tiritaba a más no poder. Fidencia y Agustín conversaron toda la noche. Los escuchaba entre la duermevela que me provocaba la brisa, más que brisa huracán pues no sólo congelaba mis ateridos huesos, además explotaba mis oídos en un conglomerado de vaivenes que me dieron un poco de miedo. Escuchaba voces entre los silbidos del viento. Voces que me decían lo mal hijo que era yo por abandonar a mis padres siguiendo los caprichitos de mi hermana, que más mandona y molesta no podía ser. Todos los varones se acercaban a mirarla, a cortejarla, a tratar de besar sus manitos llenas de remilgos. Porque eso era mi hermanita, una remilgosa señoritinga coqueteando con cuanto varón se le puso enfrente. Su fijación con el conquistador Arévalo hizo que la sacáramos de la casa de mis padres, porque si no el voluntarioso y guapo Arévalo iba a lograr que se casaran. Y a ella no se le hacía desagradable ni mal partido. Así era Fidencia, una cara para afuera, otra para adentro. La seguí porque desde niños me defendía cuando alguien me llamaba amujerado o maricón. Ella fue siempre buena conmigo, eso ni dudar. Pero de eso a estar aquí, peleando contra los elementos era algo distinto.

Ya había yo desalojado el estómago tres veces, fui a la letrina esa asquerosa de los marineros otras tantas, sólo retuve malamente un poco de agua que me dieron en la oficina –el antro del capitán debía escribir– y ahora, al sufrir el embate de los vientos, entonces me dije que era demasiado sacrificio para no dar su brazo a torcer con Lalo. Lalito, qué joven tan guapo, en verdad. El uniforme lo hacía verse viril y contento. Cuando llegaba al cortejo todas las tardes, Fidencia se escondía tras la puerta, se llevaba un dedo a los labios y me decía, Cándido, ahí

está otra vez el idiota ese. Dile que no estoy. Yo hacía eso mismo, aun cuando el perfume de mi hermanita flotaba por toda la casa. Entonces Lalo no quería irse. Me decía por lo bajo, tocándome una mejilla el muy bribón, Cándido, no seas tontito, tu hermana está aquí porque huelo su perfume, ese de nardos que olí cuando la vi por vez primera. Quedaba extático ante él. Olía sus manos; sudor, caballos, armas. Insistía yo en que no estaba cuando ya ella se paraba frente a él, lo hostigaba, le echaba en cara su uniforme –¡por demás lindo!– diciéndole que apenas él se quitase esa ropa, despojándose de la investidura que le diera el majestá, ella consideraría platicar sobre sus posibles visitas.

Papá nos empujaba, retirándonos de la puerta para hacer pasar al señor gobernador. Desde ese momento, ante las furibundas miradas que papá y mamá Leo dirigían a mi hermana, Lalo tomaba el té, charlaba sobre cómo iba poniendo orden entre los insurrectos. Papá y mamá escuchaban atentos, incluso haciendo énfasis ante las echadas del militar contra los liberales. Fidencia, obligada a estar ahí, no disimulaba su disgusto. Después, el hombre se levantaba, se iba y dejaba un enorme ramo de flores en la entrada de la puerta. Mi madre las colocaba en el florero más hermoso de la casa. Fidencia se encerraba en su cuarto dando un portazo. Mi padre sólo alcanzaba a decir, Qué tonta eres, hija.

Por eso andamos aquí, huidos como zorros del machete o del rifle del cazador, ocultándonos por las mañanas, corriendo o cabalgando en esos caballos de ancas enjutas que sacan ampollas. Qué ocurrencias de esta mujer, por dios. Qué desconcierto cuando me levantó esa noche. Iba vestida de hombre, con el traje que se puso en el último carnaval. Levántate, dijo autoritaria como siempre. Ese baboso del generalito se va a quedar con un palmo de narices. Me hizo vestirme, no con los finos trajes que mamá me confeccionaba con las tías, sino con ropas de campesino, olorosas a sudor y a tierra. ¡No me hagas esto, hermanita!, suplicaba mientras me vestía como otrora vestíamos a sus muñecas. Hasta que me vi al espejo. Entonces salimos de la finca, escondiéndonos por entre las sombras.

Al poco rato, se nos agregó el joven Agustín Lutzow, mi buen amigo. Ya estaba todo planeado. Malvados, pensé, cabrones, aun cuando fuera una palabra demasiado fuerte para un joven de mi clase. Y aquí estamos.

En medio de la nada. Flotando en este barquito, al que su capitán, arrogante, llama embarcación. Al divisar las costas de Panamá, entendí lo lejos que estábamos de casa. De repente, el barco aquel, con todos sus ocupantes, comenzó a moverse violentamente. Un temporal, gritaban los escasos marineros que no se habían ido en el único mugroso chinchorro que tenía el barquichuelo para salvar algunas vidas.

¡Fidencia, gritaba yo como loco, nos han abandonado estos hijos de la...! Entonces no me detuve a pensar si eran palabras adecuadas. ¡Vamos a morir, grité nuevamente! Fidencia y Agustín ya estaban tratando de alcanzarme cuando un nuevo bandazo, imposible definir de donde salían aquellos vaivenes, nos hizo rodar por la cubierta. ¡Saltemos, saltemos!, rogaba cuando un bofetón de mi hermana hizo que me comportase. ¡Por favor, Cándido!, me dijo al dármele. Lutzow hacía lo posible porque nos mantuviéramos a resguardo, pero era inútil. El barquito aquel era una cáscara de nuez, así le dicen en los libros sobre naufragios que leíamos Fidencia y yo. Volteaba a merced de la tempestuosa furia del mar. Alardeaba el capitán, horas antes, que su barco era resistente a cualquier embate. El océano le daba una sonora lección al tarado aquel. Cuando ya desistíamos de salvarnos, el barco saltó desde el mar –sí, aunque crean que exagero– hasta la costa.

Caímos en tierra barco, capitán con los pocos marineros que quedaron a bordo, Lutzow, Fidencia y yo. Apenas vi tierra firme, corrí a besar la arena, llenándome la boca con ella, con la succulenta arena que hizo las veces de tierra firme. El capitán hizo recuento de los daños para después decirnos que le debíamos el pasaje. Ahí sí me salió lo lépero, lo desastrado, lo hijo de Cunduacán, lo Ahualulco pues. Me le fui encima diciéndole que no le íbamos a pagar nada. que eso no era un viaje, que era un homicidio calificado y que ni creyera que una señorita sufriría tamaño ultraje como ese. Claro, al decir señorita me refería a mi hermana, pero el vestido de hombre de Fidencia era tan disimulado que pasaba por un mocito al servicio de los caballeros, Lutzow y yo, al menos ese era el sagaz artificio elaborado por la mente carnavalesca de mi hermana y el desatinado Lutzow. Me detuve. El capitán, claro, junto con esos hombres zotes malencarados que eran sus marineros, se rió de mí como una comadreja. Lutzow tomó la palabra. Hizo un arreglo con el hombre y nos

fuimos, no sin antes recoger nuestras pertenencias que, empapadas, solo servirían como mantelitos o servilletas. Mientras nos retirábamos, escuché como uno de los idiotas esos decía, Adiós, linda flor. Quise regresarme y entablar nueva controversia contra aquellos malandrines. Fidencia me detuvo diciendo que en verdad parecía una linda flor, empapada de rocío. Agustín igual festejó la ocurrencia mientras yo rumiaba por lo bajo que no era un modo muy elegante de concluir una aventura.

## Un caballero de fortuna (D)

Te ves haciendo antesala en el despacho del presidente. Los que estaban ahí te verán raro. Seguro recordarán tus pasos en las huestes invasoras. Por eso no te consideran. Pasan de largo junto a ti viéndote sin verte. Tuviste que perseguir al ujier para que te anunciase. Después de correr mucho tras el hombre, al fin pudiste interceptarlo. –Quiero ver al presidente.

–El presidente está muy ocupado, –dijo fríamente el ujier–, regrese otro día.

Ni mañana, ni pasado mañana. Otro día.

–Esperaré.

–Como guste.

Te sientas entonces. Fue un ir y venir de funcionarios, algunas audiencias que te parecieron eternas. Y el hambre. El hambre acuciosa que te hace derretirte. Nunca había sentido tanto calor en la ciudad de los palacios. Mucho ardor. Quizá por los nuevos tiempos.

Muchos peticionarios, prebendatarios, acreedores, todos eran atendidos por el presidente. Unos, los veías desde tu sillita que guardabas celosamente pues ves a otros pasarse una o dos horas de pie, salían contentos, frotándose las manos. Otros, los veías desde el rincón donde tuviste que resguardarte porque una dama apareció y tú, caballero de gracia te llaman, cedes cortésmente tu asiento, salían ásperos, ceñudos, cariacontecidos. Era la curiosa labor del presidente. Dejar contentos a unos y enojados a otros.

Por fin, cuando ya perdías la esperanza, cuando las luces del día fueron sustituidas por velas o bujías que iluminaron el enorme salón, ves aparecer una cara conocida. Era él. Sí. Lo llamaban el tigre manso por su cualidad fiera y prudente. ¿Te reconocería? Recuerdas que jugaron al tute una noche en que detuvieron las hostilidades; tú en el bando

imperialista, el tigre manso en el bando liberal. Se acercaron con tiento. Se vieron. Se dieron la mano. Pactaron una tregua. Como no tenían sueño, decidieron jugar mientras fumaban un cigarrillo tras otro.

Más allá, la tropa cantaba canciones de esas de rompe y rasga, entre ellas la del casamiento del piojo y la pulga. Acordaron, tú y el tigre manso, que no iban a interpretar las del cancionero de la Intervención o las coplas contra Juárez. Se comportarían como dos caballeros. Así fue. Solamente que ya estaban aburriéndose del *tiro lo tiro lo tiro liro liro...* que repetían los soldados hasta el cansancio acompañados de la guitarra o de la armónica. Al amanecer, se dieron la mano y regresaron a sus respectivos campamentos. Volvieron a darse con todo ese día.

Ver al tigre manso ahí, en mitad de la antesala, te dio una esperanza. Sin embargo, te acercas con mesura. Lo tomas del brazo. El militar se volvió ceñudo. Al verte, esbozó una sonrisa que se desdibujó de inmediato.

—¿Qué hace aquí, Arévalo? ¿No ve que está en la boca del lobo? Hay cuando menos tres aquí que quieren fusilarlo, ensartarlo en sus espadas o nada más pegarle un tiro.

—Soy otro, coronel. —Le dices.

—General, —dijo con retintín el tigre manso, si me hace el favor.

—General, soy otro. He visto la luz, he visto los astros resplandecer bajo el sol de Juárez. Por eso vengo a ponerme a su servicio.

—No es buen momento, —dijo el general atusándose el bigote para simular que la charla era de dos soldados luciendo sus galas. Aunque las tuyas estaban raídas y polvosas. Las del general, lo viste, relucientes, glamorosas.

—Ayúdeme, por esa partida que jugamos en la madrugada.

Siseó el general.

—Repórtese, Arévalo, repórtese. No deben saberlo. Es mal momento.

Ahí dentro, dijo el tigre manso, dirimen el futuro de México. Juárez no quiere dejar la presidencia. Quiere permanecer un tiempo más.

—Se lo merece, —aduces— no tuvo tiempo de gobernar por la Intervención.

—Lerdo y el gabinete están en desacuerdo. Lerdo quiere ser presidente. Hay que convocar a elecciones. Juárez se resiste. No se confunda. Es el hombre más honesto de nuestro país.

—Es hombre igualmente. No es ningún misterio. Pero quiere lo que

todos, el poder. –Concluye el tigre manso su breve cátedra sobre política contemporánea.

–Estoy aquí desde muy temprano, general. Ayúdeme.

Ves cómo te ve. Permítame, te dice. Pide entrar. El secretario pide comprensión. El tigre manso deja de serlo para ser el tigre feroz. El secretario abre la puerta del despacho. Oyes como lo recibe el presidente y el gabinete en pleno. Pasa otra media hora. Piensas que te ha dejado a tu suerte. Seguro ya se olvidó de ti porque el aroma de habanos y una botella de coñac que entra un joven, ¿no es ese que se fue contigo a la aventura de Tabasco?, le indican que habrán llegado a un acuerdo.

Al salir, después de dejar la botella, el joven te hace una seña. No lo puedes creer. Corres antes que se arrepienta el presidente. Al entrar, no distingues bien porque el humo de los habanos es denso, penetrante, ves al general murmurar algo al oído del presidente. Los demás te ven malencarados. Ahí están, todos los proceres de los que hablará la Historia, te dices, aunque no los conoces a todos.

Guillermo Prieto, sí. Lerdo, el rival. Ocampo, Zarco, Zamacona, Manuel Doblado. Todos pronto serán nombre de calles, aunque esto no lo sabes. No está Ignacio Ramírez que ya es embajador en Londres. Masones todos del rito escocés. Como el exemperador. Quitas ese pensamiento de tu mente. No debes recordar tu pasado imperialista. Ves que el general te hace una seña. Te acercas hasta donde está el presidente. Te arrodillas cuando estás frente a él, lo que provoca la risa de los otros. No la de Juárez que permanece serio. Tiene rostro de ídolo, piensas. Quitas otra vez de tu mente tal pensamiento. Juárez te ve sereno.

–Accedo a recibirte –te dice– porque mi amigo el general tiene buen concepto de ti. Dice que quieres servir a mi gobierno. Y yo me pregunto por qué.

–He visto la luz. –Dices provocando una mirada asesina en el rostro del tigre manso.

–Seguramente era una vela, –rio Guillermo Prieto con esa sonrisa picarona con la que escribía sus epigramas.

Rieron los demás. Juárez no.

–Si no me dice algo más coherente, le pediré que se retire, señor Arévalo. Notas que te quita el grado militar. Te pones nervioso.

–Tengo hambre, señor.

La verdad, así escueta, te quita rango, honor, acciones, medallas. Te ve el presidente. Callan los ministros. El general mueve la cabeza, esta vez reprobatorio. Juárez te sonrío, nadie puede creerlo. El hombre de menos sonrisas, de menos sentido del humor, sonrío. –¿Ve que cuando decimos la verdad es mejor? Eso puedo creerlo. Lo otro, lo de las luces, los milagros, las epifanías se las dejaremos a gente más, o menos, informada. ¿Qué hacemos con él, señores?

Derdo se queda callado. Es Manuel Doblado quien dice que hay que enviarlo a Yucatán. Hay mucho insurrecto e imperialistas disimulados por allá. Sonríen todos. Hasta el general. Dura prueba te ponen. Ir a Yucatán para aplacar a tus antiguos correligionarios.

–Ya está. –Dice el presidente levantándose de su asiento. – ¿Usted tiene alguna objeción, señor Arévalo?

–Habrá que darle un grado, señor presidente –dice el tigre manso.

–Bien. Desde hoy será el comandante Eduardo González Arévalo. No se asombre, quienes gobernamos debemos saber muchas cosas. Saldrá mañana por la mañana a la península. Doblado le dará sus cartas credenciales. Y por favor, –agrega Juárez–, denle un taco a este hombre.

Sientes que se ilumina el cielo. El joven entra al llamado. Te lleva a la cocina. Ahí sacias el hambre. Palacio nacional tiene todos los elementos modernos para el asombro. Cocina, recámaras, salones de recepción. Hasta un baño, uno de esos que hizo alguien allá en Europa y que el moderno presidente no deja de tener, más para demostrar su actitud progresista que por higiene como tal. Esa palabra no es moda aún. Ya lo será, te dices sorbiendo el vino que pone en tu vaso el jovencito aquel del salón de recepciones.

Una vez concluido el yantar, respiras satisfecho. Quieres salir por la puerta delantera. El joven te dice que no. Sales por la de la cocina a la noche estrecha. Caminas un rato aspirando el aire nocturno. Lo ves ahí recostado frente a esos aparatos que adornan el centro de la ciudad. Farol, les llaman. Es aquel que iba en el barco, antes, cuando avistaron Frontera. Otra muestra del progreso instaurado por el presidente.

–Arévalo, Arévalo, ¿has vuelto a jurar lealtad?

–Soy soldado– respondes.

–Eres un idiota. Allá en Yucatán te matarán las balas de los otros sabiéndote enemigo. O de los que están a tu lado sabiéndote traidor.

–Correré el riesgo.

–Allá tú.

Se va ese que le habla desde la luz como antes le habló en el barco. Porque es verdad. Viste la luz. La luz de la libertad. Te acomodas el cuello del traje arropándote. Hace frío.

Tienes trabajo, tienes mando nuevamente. Eres caballero de fortuna, imposible no saberlo o negarlo. Suspiras. No eres un héroe. Siempre estás a punto de serlo.



## ***¡Agua de quinta vendo!*** **(Historia de José Panurgo)**

Después de dar referencia sobre el nombre de esa calle en sus dos versiones, como doña Marina que se llamó así durante mucho tiempo hasta que le dieron el nombre de mi amada, la simpár Fidencia, empezaré este tramo final de mi historia, contando lo que en la época referida existía, no fielmente, sino, conforme voy recordando, lo más apegado a la verdad.

En la acera de la izquierda de Sur a Norte, como es costumbre, en la esquina con Ignacio Zaragoza, en cierta ocasión estuvo un consultorio médico y luego una farmacia; más adelante, casas de familias que desconozco. Tres casas antes de la esquina con la calle Simón Sarlat Nova, estaba el domicilio de don Alonsito García, originario de Nacajuca, y que todas las tardes sacaba dos mecedoras, para ponerlas en la banqueta, una de cada lado de la puerta de entrada, para tomar el aire fresco de la tarde y distraerse platicando con su señora esposa.

Seguidamente se encontraba una casa de huéspedes de una señora de buen ver, que tenía muy buen gusto para su arreglo personal. La fachada de la casa estaba recubierta con azulejos de un color verde atractivo, de buen gusto; después de este domicilio, estaba la casa de los hermanos Naguat, que contaba con tres miembros, de carácter generoso y buen trato, entre ellos dos mujeres, una era maestra de primaria, la otra se dedicaba a los quehaceres domésticos, y por su parte el hermano de ambas se dedicaba al corte y confección de ropa para caballeros, quien por sus actividades profesionales, ocupaba la pieza delantera de la casa, donde tenía su máquina de coser y una mesa amplia para hacer los trazos correspondientes, planchar las piezas ya terminadas para su entrega a la clientela, además, en una parte de la mesa, contaba un maniquí de medio cuerpo, para exhibir las prendas en espera de ser entregadas. Hay que hacer notar, que las tres personas contaban con una estatura de aproximadamente un metro y medio.

En la esquina con la calle Simón Sarlat, el hijo, el que fue gobernador, no el médico, el que me reconfortó después de que me cayera encima la cabeza de aquel gobernador espurio, se encontraba la casa habitación de don Juanito Marcín, quien se desempeñaba como administrador del ingenio Dos Patrias, ubicado en el municipio de Tacotalpa, propiedad del licenciado Federico Jiménez Paoli, Pico Jiménez, radicado en la Ciudad de México y que también contaba con una casa en la calle Sáenz, casi esquina con Reforma, donde se ubicaban sus oficinas, siendo el jefe de esas instalaciones precisamente don Juanito Marcín. De la cuadra de Sarlat a Méndez, no doy ninguna referencia, por desconocer quienes habitaban en esos domicilios.

Ahora bien, en la siguiente cuadra, de Méndez a Sánchez Magallanes, después de la esquina, estaba la casa de Chente Zapata Tosca, domicilio que contaba con una banqueta como de medio metro de alto, con el fin de que no entrara el agua de la creciente. Chente, era hijo de don Víctor Zapata Frías, dueño de una tienda en Martínez de Escobar y Madero, dedicado al comercio de granos de la región, de nombre Estación de la Chontalpa. Además, Chente acostumbraba a sacar una mecedora a la banqueta de su casa para recrearse, saludar a los amigos y también se dedicaba a las reseñas del beisbol, como cronista. De Chente Zapata seguía la casa de Héctor Alamilla, quien llegó de Comalcalco, y se casó con una hija de la familia Franco Torres, vecindada en la avenida 27 de febrero, cerca de Cruz Verde. Héctor se dedicó muchos años a preparar jugos de frutas en el mercado Gregorio Méndez, y al puesto donde los preparaba le puso por nombre El Juguito. Del mercado se mudó a la calle Aldama, cerca del taller de sastrería El Maestro, precisamente del maestro Macdonal.

Toda esa calle la recorrí vendiendo agua de quinta. Cuando terminó la expulsión de los imperialistas de este estado nuestro, el 27 de febrero de 1864, me dediqué a otros menesteres. Todo estaba en paz. Nada debíamos hacer ya los soldados. La paz correspondía ahora a los políticos. Y los políticos hicieron la paz a su manera. En fin. Muchas cosas ocurrieron después de dejar en aquel barco a Fidencia, a Cándido y a Lutzow. Entre otras me casé. Ya conté cómo conocí a la madre de mis hijos. Ahora debo contar cómo encontré nuevamente al amor de mi vida, a la excelsamente bella y simpar Fidencia.

Cuando se fue de Tabasco González Arévalo quise intimar, ya con todas las de la ley, con mi amada. Pero ella se casó pronto con un señor de apellido Sastré con quien tuvo dos hijos. Sólo pude atisbar el cortejo nupcial por entre algunos invitados. No creo me reconociera. Así que igualmente, por aquello de la edad, contraí matrimonio con una mujer de fino talle, admirable figura y poco ingenio. Y disculpe el lector que falsee las cosas, pero ella puede leer este texto. Tuvimos tres hijos. Ellos a su vez, se casaron y tuvieron hijos. Uno de mis hijos no pudo resistir los embates matrimoniales. Huyó del matrimonio con desolado ánimo. Por lo mismo, criamos a su hijo menor. El nieto era un exagerado patón pero simpático. Además, fue invaluable su ayuda en mi ocupación final, la de vendedor de agua de quinta.

El agua en San Juan, –en ese momento ya había recuperado el nombre de Villahermosa, gracias al general Múgica quien le dio su nombre original, enviando al santo decapitado a beber del agua del Grijalva cuán espléndida no era– era muy mala. Quizá por la cercana aguada fluvial, quizá porque los conocimientos de higiene y salubridad llegaron poco después, el caso es que la gente prefería pagar al aguador. Este personaje traía agua desde las lejanas quintas a las afueras de la ciudad. Una lata, envase original de gasolina era la unidad de venta, vertida en la tinaja del comprador, costaba diez centavos. Los pozos tenían dos o tres metros de profundidad. Los aguadores nos surtíamos en los ubicados en el Macayal. Al agotarse estos, cosa que pensamos nunca ocurriría, tuvimos que buscar otro suministro.

Al comenzar estas reflexiones, notará el lector que comencé por definir la calle doña Marina, que después recibiría el nombre de mi amada doña Fidencia. Y es que las casualidades, así como los ángeles, existen. Pocos años atrás, la finca del cerro fue vendida por el entonces político, creo que síndico o diputado, César Sastré Veraud. Fue una buena noticia porque el tal don César era bastante cicatero. No soltaba prenda ni para sí. Mi nieto se informó de inmediato quién era el nuevo propietario señalándome la casa. Hacia allá nos fuimos. Toqué con todo comediamento. Una chamaca muy bella, eso sí, abrió la puerta. Pedí que me dejara ver al dueño. La chamaca me hizo esperar un momento. Entonces, cuando el dueño, la dueña más bien, apareció en el marco de la puerta,

me dio un vuelco el corazón, latió más de prisa, se formó una orquesta desdeñosa con uno y otro trancazo a las arterias. No caí desmayado en ese instante porque templé mi ánimo en las muchas batallas en el estado. Pero de no ser así, la sola presencia de aquella mujer hubiera bastado para hacerme caer a sus pies.

Era ella, la simpár Fidencia. Me dijo con un amable “buenos días” que qué deseaba. Tartamudeé como solo lo hacen los pasmados y los idiotas. Ante tal azoro, la mujer se sonrió y preguntó a mi nieto si era real que querían verla por alguna causa. El muchacho se expresó mucho mejor, en verdad. Expuso nuestros motivos para llegar hasta ahí, acceder al pozo y sustraer agua de quinta para vender. A cambio ella debía decirnos cuánto sería el importe por pagar. Sonrió mi amada como solo sonríen los zorzales al cantar. Preguntó por mi nombre, por el de mi nieto, por el de la familia. Después dijo que tomásemos el agua y que en pago le diésemos una lata de galletas cada semana. ¿Así nomás?, preguntó mi muchacho. Cocoteé al grosero reprimiéndolo por su actitud poco elegante. Realmente, era una ganga pues, aunque no lo crean, la lata de galletas de soda costaba menos en ese tiempo que el agua.

Discúlpelo, pasa demasiado tiempo con este viejo y sus caballos. Mulas, se atrevió a decir el chamaco. ¡Qué juventud, de verdad! Ella sonrió otra vez. Recordaba la sonrisa. Era como una de esas mañanas dentro de la tersura del día. Ah, no podía atreverme a decir nada. Estaba mi nieto ahí. Seguramente, porque al jovencito no se le cocinaba nada, se lo diría a su abuela, haciéndome la vida de cuadritos. Por otro lado, mis ánimos militares, los de la estrategia, los de la enseñanza en el frente, me impulsaban a hablarle, a decirle, Señora, os he amado desde que me visteis llorar en la escarpa aquella tarde. Espero lo recordéis porque ha sido una de las más hermosas imágenes de mi vida. Os ofrezco la bondad de mis brazos y la certeza de mi trabajo. Señora, el ferido en punta por vuestros amores, pide el amor que se prolongará para siempre en nuestros ánimos.

El lenguaje que imaginaba era dictado por las lecturas aquellas del barón Waldeck. Con ello, cayeron rendidas Dulcinea, Laura, Eloísa, Julieta, así caería rendida Fidencia. Habría que deshacerse de mi nieto a quien quería yo mucho pero que ahora era un estorbo, una jodida mosca

que por más que la espantase me impedía comer con toda propiedad. Lo mandé a sacar el agua. Mi nieto hizo lo propio y yo me quedé ahí con la simpar Fidencia. Comencé a hablar de los costos de la extracción del agua. Ella reafirmó que no, no era necesario. A usted puedo darle el agua. Me ha parecido usted un buen hombre. ¿Me recuerda?, le dije. Ella me vio. Hizo un escrutinio de rostro, facciones, y entornó los ojos hacia la derecha, señal de que estaba recordando. No, dijo. Creo que no.

¿Nos conocemos?, me dijo. Temblé. Si le decía que sí, entonces no habría vuelta atrás. Abandonaría a mi mujer, a mi nieto, a la familia ganada, levantada con tantos sacrificios. No, no podía hacerlo. Cuánto quise que llegara este momento. Cuánto pedí a dios que me hiciera encontrar a Fidencia, tenerla ante mí, bailar con ella las mil danzas que bailara con Arévalo – que por cierto murió en Yucatán, peleando del lado de los liberales a los que persiguió con tanta saña – para demostrarle que yo igualmente era el más ducho danzante de aquellas tierras. Ahora, al tenerla frente a mí, no pude menos que ser un idiota, un lelo que no pude decirle que recordase. Que hiciese memoria, que recordase aquel baile exhaustivo en plaza de Armas con el traidor. Que recordara que cayó de espaldas porque rodó cuando no vio unos dulces de esos redondos, que comíamos los jóvenes de ese tiempo. Ella comenzó a verme más con recelo que con beneplácito. Ya no me veía con ojos de aprobación. No, no recuerdo. Disculpe, agregó, creo que no estoy para escuchar más nada, lo siento. Además, debo ver que hace la muchacha esta que siempre aprovecha para flojear. Disculpe. Y cerró la puerta.

Mi nieto volvió ya llenas las latas con el agua. ¿Nos vamos?, preguntó. ¿Qué tienes, abuelo? Parece que estuviste llorando. Nada, dije, nada. Una basurita en el ojo. ¿Te sopló? ¡Déjame en paz, carajo! Se quedó muy callado, cosa rara en él. Después arreó las mulas que iniciaron un cendencioso portantillo bajando por el caminito hacia Villahermosa. En el trayecto, pensé en los renglones de don Arcadio Zentella donde la llama bella, simpática y preciosa. De grande seguía siéndolo. Era mujer de gobernadores o de ricos. Nunca de un exsoldado vendedor de agua de quinta por mucho que la amase.



## La última mentira

Así fue. Lo dejé irse. Claro que lo recordé. Era el niño aquel que lloraba. Era el que se sentía desgraciado, al que le di un beso y me vio como se ve a las diosas. Sí. ¿Qué quiere decir esto?, me dije cuando escuché que se iba con su nieto, yo ahí cobardemente, parapetada tras la puerta. ¿Debía haberle dicho que sí, que lo recordaba, que nunca se borró de mi mente? ¿Que lo vi cuando huíamos Lutzow, Cando y yo de las garras de aquel otro al que no mentí, pero sí dejé que se la creyera? Todo eso pensaban mientras lo escuché alejarse.

A lo mejor era este hombrecito, este vendedor de agua de quinta, el que podría haberme hecho feliz, el que me hubiera hecho el amor mientras yo bailaba con Arévalo, me aferraba a Lutzow más porque me salvarse que por verdadero amor, mientras dejaba que le pusieran mi nombre a una calle haciéndome pasar por heroína. Ay, qué sensación tan extraña la que me aferró a partir de ese momento. Hoy que me encuentro a las puertas de la muerte, creo que no habrá nada que reconforte mis extravíos, mis mentiras. Qué raro es el destino, pareciera que todo anda muy muy claro cuando en realidad, es más espeso, más extraño, más increíble. Este hombrecito que me vio con ojos de amor desde esa edad de niños, esa edad cuando ya había leído muchas obras fantásticas que me hicieron creerme esa mujer de la novela del caballero loco o esa otra, la amante de Abelardo o la novia de Romeo, soy muy mala para los nombres, esas que fueron amada aun cuando no las encuentras en ninguna de las páginas de esas lecturas propias de literatos.

Estuve mucho tiempo ahí, recargada en la puerta aun cuando ya hacía tiempo que se marcharon. Leonardita fue hasta mí preguntándome si me sentía bien. Estaba asustada. Sí, hija, estoy bien. ¿Qué ha pasado?, preguntó. Ay, hijita, acaba de irse el Amor. No comprendo. No, claro, eres aun muy niña. Pronto verás que el Amor aparece en el momento

menos indicado de tu vida. Si no sabes reconocerlo, lo perderás para siempre. Si lo reconoces, es probable que sufras demasiado. Ese es el niño Amor, cité, quien lo padeció, lo sabe. Y me solté a reír, a reír como una loca ante el estupor de mi muchachita. No me hagas caso, hijita, dije después de hipar dos o tres veces para tomar aire. Tu mamá ya no es la misma que cuando huyó para ratificar una mentira. ¿Me vas a contar esa historia otra vez?, preguntó Leonardita. Si eso te hace feliz, mami, cuéntamela.

Sonreí otra vez. Ese es el niño Amor, murmuré otra vez. Me puse a contar esa historia otra vez. Como se deben contar las grandes mentiras. Hasta convertirlas en realidad.

## Dramatis Personae

### *En la realidad*

**Fidencia Fernández Sastré-Veraud** vio la luz primera, en la ciudad de Cunduacán el día 2 de noviembre de 1884, vástago del matrimonio formado por los señores Juan Fernández Veraud y Leonarda Sastré. Creció la niña en la agreste heredad de sus progenitores, sintiendo el aroma de los cedros florecidos o mirando merecerse cadenciosas las grises espigas de los cañales de la finca “Santa Rosalía”, ubicada en el territorio Cardenense. El 3 de agosto de 1863, Eduardo González Arévalo, que se había posesionado de Tabasco, con sus fuerzas intervencionistas el 18 de junio anterior, tuvo oportunidad de conocer a la hermosa Fidencia. Sorprendido por la espléndida belleza de 18 años floridos, decidió que antes de un mes tomaría por esposa a tan guapa mujer. Dueña de la casa del Cerro de Guadalupe, después la casa de gobierno en Villahermosa Tabasco, de 1917 a 1931.

**Cándido Fernández Sastré Veraud**, su hermano.

**Leonarda y Juan**, padres de Fidencia y Cándido.

**Eduardo González Arévalo** (5 de enero de 1832, Granada, España - 6 de mayo de 1867, Mérida, Yucatán) Fue un militar español que nació en Granada en el año de 1832 y se nacionalizó mexicano en 1865. De perfil Conservador, fue simpatizante del Segundo Imperio Mexicano y apoyó la Segunda intervención francesa en México. Participó durante la Intervención francesa en Tabasco y al ocupar la ciudad de San Juan Bautista de Tabasco se autonombró Gobernador del estado mexicano de Tabasco, siendo ratificado después por la Regencia del Imperio. González Arévalo participó en la Intervención francesa en Tabasco, cuando

zarpó de la isla del Carmen (que se había unido a los intervencionistas), con los buques de guerra La Corina y La Diana con la intención de someter la rebelión en Palizada e invadir Jonuta. Una vez establecidas en Palizada, las tropas del imperio encabezadas por Arévalo recibieron más refuerzos y ante la negativa del gobernador tabasqueño Victorio Victorino Dueñas de unirse a los intervencionistas, Arévalo inició el ataque a la población de Jonuta, iniciando así la invasión de Tabasco. Una vez iniciada la invasión a Tabasco, Arévalo ordenó la toma del puerto de Frontera, Tabasco. Así, el 15 de marzo de 1863, los partidarios del imperio, apoyados por los buques de guerra Darién y El Conservador, tomaron el puerto de Frontera, desde donde iniciaron un bloqueo naval y comenzaron a planear su avance a la capital del estado San Juan Bautista.

**Arcadio Zentella Priego** (1844 – 1920), fue un poeta, escritor y periodista mexicano, nacido en Cunduacán, Tabasco y fallecido en Mérida, Yucatán. Cobró notoriedad siendo estudiante en Yucatán, cuando uno de sus discursos provocó el enojo del gobernador imperial del estado, Felipe Navarrete, quien lo expulsó de la entidad junto con todos los demás estudiantes tabasqueños que a la sazón ahí vivían. Con Manuel Sánchez Mármol y Justo Santa Anna, fundó el periódico llamado El Radical en Cunduacán, desde cuyas páginas combatieron al imperio. También fue desterrado de su estado y tuvo que irse a la Ciudad de México en donde, siguiendo con su actividad periodística, colaboró con el Correo del Comercio y La Revista. Más tarde, ya durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, fue administrador de aduanas en Piedras Negras, Coahuila, en Frontera, Tabasco y en San Francisco de Campeche.

**Manuel Sánchez Mármol** (1839 - 1912) fue un escritor, periodista, abogado y político tabasqueño, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Desde joven se interesó por la actividad periodística, junto con un condiscípulo suyo, redactó dos periódicos manuscritos: El Rayo y El Investigador, hacia 1854. Durante el periodo de la Intervención francesa en Tabasco, Sánchez Mármol defendió la causa liberal por medio de sus comentarios en los semanarios políticos El Disidente y El Águila Azteca, este último fundado por él mismo. Fundó asimismo el periódico

El Radical con Arcadio Zentella Priego, una vez que éste fue expulsado de Yucatán, regresó a Cunduacán a seguir trabajando en favor de la república. También colaboró en El Repertorio Pintoresco de Crescencio Carrillo y Ancona, y en El Federalista y El Siglo XIX de la Ciudad de México.

**Bernardo del Águila Figueroa.** (1892 – 1974). Durante la gestión gubernamental del maestro Francisco J. Santamaría, se reintegra a Tabasco, colaborando con el brillante lexicógrafo. Tuvo a su cargo la presidencia de la Junta de Conciliación y Arbitraje y posteriormente pasó a ser magistrado del Tribunal Superior de Justicia. De vuelta a la ciudad de México, laboró hasta el final de su existencia en la Secretaría de Educación Pública.

**Diógenes López Reyes,** (1889 – 1964). Inició la Historia de Tabasco en 1949 y la concluyó el año de su fallecimiento. Fue presidente municipal de Centro, así como director del Instituto Juárez. Delegado por Tabasco al Primer Congreso Nacional de Historia para el estudio de la guerra de Intervención en 1962.

**Rafael Domínguez Gamas,** (1883 - 1959) fue un maestro normalista, periodista, abogado, escritor y académico mexicano. Autor del libro de memorias, *Tierra mía* (1949).

**Manuel Merino Zapata,** poeta nacido en Tacotalpa, Tabasco, el 16 de agosto 1852-1918.

**Benito Pablo Juárez García** (1806 – 1872) vivió una época crucial en la formación del Estado mexicano, considerada por muchos historiadores como la consolidación de la nación como república. Juárez marcó un partaguas en la historia nacional y fue protagonista de primer nivel de esta época. A pesar de tratarse de un presidente sin antecedentes militares, fue una figura clave tanto en la Guerra de Reforma como en la segunda intervención francesa. Su biografía durante los años que ocupó la presidencia es una parte sobresaliente de la historia de México.

**Fernando Maximiliano José María de Habsburgo-Lorena** (1832-1867) fue un noble, político y militar austriaco-mexicano. Nació con el título de archiduque de Austria como Fernando Maximiliano de Austria, sin embargo, renunció a dicho título para ser emperador de México bajo el nombre de Maximiliano I. Su reinado fue el único del Segundo Imperio Mexicano, paralelo al gobierno encabezado por Benito Juárez. Además, dentro de la historiografía mexicana es conocido como Maximiliano de Habsburgo.

**François Achille Bazaine** (1811 - 1888), mariscal de Francia. Sirvió en la Guerra de Argelia, en la Guerra de Crimea y en la Segunda Intervención Francesa en México. Sin embargo, es más conocido por su fracaso como comandante en jefe del ejército del Rin y por haber contribuido a la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870.

**Jean Frédéric Maximilien de Waldeck** (16 o 17 de marzo de 1766 – 1875) fue un anticuario, cartógrafo, artista, retratista y autor de cuadros históricos, así como explorador francés. Vivió más de 109 años.

**Francisco Leonardo Joseph María de Jesús Sentmanat y Zayas** (1802 - 1844) fue un militar cubano, que en 1840 viajó al estado de Tabasco, México, en donde participó en varias sublevaciones con la finalidad de restablecer el federalismo en el estado.

El presidente Antonio López de Santa Anna le dio el nombramiento de coronel de infantería permanente y lo designó Gobernador Propietario del Departamento de Tabasco en 1842.

**Victorio Victorino Dueñas Outrani** (1821 - 1885). Político mexicano que nació el 23 de mayo de 1821 en la ciudad de San Juan Bautista, hoy Villahermosa, capital del estado de Tabasco. Fue gobernador del estado en cinco ocasiones, en su cuarto período, tuvo que hacer frente al ejército francés durante la intervención francesa en Tabasco en 1863.

**Simón Sarlat García Montero** (1800 - 1877). Fue un farmacéutico, médico y político mexicano Se unió a un movimiento armado en el estado

de Tabasco que lo llevó a ocupar el cargo de gobernador por designación presidencial. Se casó con María de Jesús Nova. Su hijo Simón Sarlat Nova sería más tarde once veces gobernador de Tabasco, tres de las cuales fueron por elección Constitucional.

**Gregorio Méndez Magaña** (1836 - 1887) Fue un militar tabasqueño, jefe del ejército Liberal Tabasqueño, luchó contra la Intervención francesa en Tabasco de 1863 a 1866, logrando expulsar a los invasores. También ocupó varios cargos no solo en su natal Tabasco donde llegó a ser gobernador, sino en otras entidades del país.

**Pedro Méndez Magaña**, hermano del anterior. Participó igualmente en la batalla de El Jahuactal.

**Tomás Garrido Canabal** (1890 - 1943) fue un político, militar y revolucionario. Gobernador de Tabasco en tres ocasiones en periodos interrumpidos entre 1919 y 1934. También fue gobernador interino de Yucatán durante un mes y trece días, del 13 de mayo al 26 de junio de 1920. Si bien organizó reformas dirigidas al mejoramiento de las condiciones de vida de la sociedad, es más conocido por haber dirigido una política autoritaria basada en el anticatolicismo y de medidas radicales para extirpar la influencia de la iglesia de la sociedad mexicana de principios del siglo XX.

**Amado Alfonso Caparrosa**, secretario particular del gobernador Garrido Canabal.

### *En la ficción*

**José Panurgo**. Hombre del pueblo, enamorado de Fidencia y soldado del ejército liberal. Él interrumpe el cortejo que el aventurero Arévalo hace a la joven Fidencia, ayuda a ésta y a su hermano Cándido a escapar. Conoce al joven alemán August (Agustín) Lutzow quien le explica la posibilidad de crear una república utópica, donde todo sea de todos. Finalmente, después de la huida de Fidencia, José Panurgo se casa, es testigo de la gesta heroica de El Jahuactal para terminar sus días vendiendo agua de quinta. Ahí vuelve a encontrar al amor de su juventud.

|El cañón, la calle y las mentiras

**Brunilda**, su esposa, encontrada en un armario.

**Abraham**, un muchacho sonso.

**Diario, Semanario y Anuario**, hijos de Brunilda y Panurgo.

**El nieto de Panurgo y Brunilda**, un chico patón y jocosos, a su manera, ayuda al abuelo en la distribución de agua de quinta.

**Leonardita**, hija de Fidencia.

**Longino Díaz**. Socialité.

**Tomás Marín**, prefecto político.

**Daficién**, imagen ensoñada de Fidencia a la que conocerá después González Arévalo.

**Jacinto López y Nazario**, soldados.

**La mujer del coronel Pedro Méndez**, la dueña del armario.

### ***En el limbo***

No se sabe con certeza la existencia del alemán August (Agustín) Lut-zow, aunque reseña don Bernardo del Águila que se unió a la huida de Fidencia al llegar ésta a Huimanguillo con su hermano Cándido. Su empeño en conformar una sociedad utópica quizá parte de su conocimiento de la sociedad que intentó crear junto al lago Walden en Massachusetts el filósofo Henry David Thoreau.

En su famoso ensayo *Walden*, este casi desconocido filósofo norteamericano, analiza la posibilidad de poner en práctica uno de los conceptos principales de su ideología: la idea de que el gobierno no debe tener más poder que el que los ciudadanos estén dispuestos a concederle, llegando a tal punto que propone la abolición de todo gobierno.

## PESQUISAS

1) Manuel Sánchez Mármol, *Antón Pérez* (novela), Instituto Estatal de Cultura, ediciones. 1990. 200 páginas.

2) Arcadio Zentella Priego, *De lo que me acuerdo*, ediciones CRISOL y CONACULTA, sin página legal ni fecha de impresión, solo fecha de proemio, 1997. Cunduacán, Tab. 162 páginas.

3) Bernardo del Águila, *La intervención y el imperio en Tabasco*, IEC, Gob. Del Edo. De Tabasco, CONACULTA, 1997. 220 páginas.

4) *Quinta Grijalva, cien años de historia*. Ediciones del Gobierno del Estado de Tabasco, 1998. Edición especial. Autores Soledad Arellano Quintanar y R. A. R. Proyecto y coordinación general, Margarita Roviro de B. 224 páginas.

5) Alejandro Aguirre A., *La expulsión de los españoles en Tabasco: 1827 - 1834*. 2010. Biblioteca Tabasqueña del Bicentenario. Ediciones del Gobierno del Estado de Tabasco, IEC, CONACULTA. 87 páginas.

6) Jesús Ezequiel De Dios, *Semblanzas*. Edición de autor, 1984. 144 páginas.

7) Ma. Eugenia Arias G; Ana Lau J. y Ximena Sepúlveda O; (compiladoras). *Tabasco. Textos de su historia en dos volúmenes*. Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora y Gobierno del Estado de Tabasco, 1985. Vol. II, pag. 100.

8) Diógenes López Reyes, *El Jahuactal y el Principal*. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2013.

9) *27 de febrero de 1864. Poemas y textos alusivos*. Gobierno del estado de Tabasco, 2014. Edición Conmemorativa.

10) Página de Martha Chapa:  
<http://www.retosfemeninos.com/profiles/blogs/fidencia-fernandez-sastre>

11) Página de Antonio Vidal Cruz:  
<http://columnastabasco.blogspot.mx/2010/04/villahermosa-anti->

gua-antonio-vidal-cruz.html

12) Página Tabasco, tierra de dos culturas:

<http://tabascoexoticatierra.blogspot.mx/>

13) Retrato de Fidencia Fernández Sastré-Veraud: Foto de Enrique Nogueiras Bueno.

<https://detabascosoy.com/dona-fidencia/>

14) Entrevista con Talina Fernández en el programa DPC de Imagen TV, con Ignacio Lozano.

<https://www.youtube.com/watch?v=YEXB6Z8ryvk>





Lic. Guillermo Narváz Osorio  
*Rector*

Dr. Luis Manuel Hernández Govea  
*Secretario de Servicios Académicos*

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel  
*Director de Difusión Cultural*

Mtro. Fredys Pérez Ruiz  
*Jefe del Departamento Editorial Cultural*

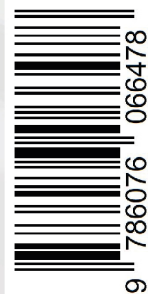


Esta obra se terminó de editar el 19 de octubre de 2023 en Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



**UNIVERSIDAD JUÁREZ  
AUTÓNOMA DE TABASCO**

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



**C O L E C C I Ó N**

**MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL**

*Narrativa y Estudios Literarios*